

Con sabor a turrón

GEMA SAMARO

CON SABOR A TURRÓN

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, diciembre, 2025
©Todos los derechos reservados.
Diseño y composición de portada: AIRG
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Los personajes y situaciones descritos en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

ÍNDICE

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA
REDES SOCIALES

Sinopsis

Después de años arreglándole la vida a todo el mundo, Paula decidió arreglar la suya.

Empezó por tirar el árbol de Navidad por la ventana.

No fue un arrebato: fue una declaración de principios.

El día que su jefe le pidió que decorara el árbol de Navidad de la oficina, además de cerrar tres campañas, coordinar al equipo y preparar la cena corporativa, **Paula arrojó el árbol por la ventana y dimitió con estilo.**

Su plan es refugiarse en la casa rural que tiene su tía en la sierra, pero a su tía le toca un viaje al Caribe y Paula se queda con las llaves y los huéspedes.

Entre ellos, **Diego**, un chef famoso, guapo, carismático y polémico, que huye del foco mediático tras un escándalo en directo.

Aparece a pasar las Navidades con una gorra que no se quita, convencido de que nadie lo reconocerá, pero es tan famoso que **hasta el gato del bar del pueblo sabe quién es.**

Y Paula, por supuesto, también lo sabe. Solo que decide seguirle el juego, porque pocas cosas le divierten más que ver a un egocéntrico creyendo que pasa desapercibido.

Los demás huéspedes lo reconocen, pero hacen como si no. Cuchichean, observan, conspiran y se mueren por un autógrafo.

Todos menos Paula, la única que lo trata como a un mortal. Y, justo por eso, él empieza a bajar la guardia.

Pero Diego no es el único que guarda un secreto. Todos los huéspedes esconden algo… una historia que aún no se atreven a decir en voz alta.

Entre tostadas quemadas, una señal de internet desastrosa y un fuego que tarda tres horas en prender, **todos descubrirán que el**

amor, como el buen turrón, solo sabe bien cuando es de verdad.

Una comedia romántica navideña llena de humor, ternura y segundas oportunidades, para reír y recordar que, incluso en las noches más frías, **siempre hay una luz encendida esperando a quien se atreve a creer.**

Capítulo 1

La mañana del viernes diecinueve de diciembre amaneció de un gris topo de lo más elegante y sofisticado.

El gris ideal para lucir en un abrigo de corte recto, pero no para estar encerrada en un despachito enano con vistas a un patio con humedades con forma de nubes tristes, olor a ambientador barato y café recalentado.

Era un gris con un matiz de rosa y amarillo, con un punto de luz y de alegría, que daba ganas de enroscarse la bufanda y perderse en algún mercadillo navideño de Salzburgo.

Pero ella estaba en Madrid.

En su oficina de la calle Hermosilla, sentada en una mesa llena de papeles, con tres campañas por cerrar, un wasap urgente de su jefe, un correo para el Departamento de Recursos Humanos, del que ella también se encargaba desde hacía meses, y la lista de la compra para la merienda corporativa del lunes porque, según su jefe, no había nadie como ella eligiendo minichapatas, inglesitos y empanadas de la pastelería Mallorca.

Hizo un par de respiraciones profundas mientras las luces del techo parpadeaban y el murmullo del equipo flotaba en el aire como un zumbido que le daba un sueño tremendo.

Estaba agotada.

Llevaba meses haciendo el trabajo de cinco personas y viviendo con la sensación permanente de que su vida estaba como la pantalla de su ordenador: llena de pestañas abiertas que jamás se cerraban.

Resopló.

El Papá Noel desteñido que colgaba de una estantería metálica la miró con empatía, como si fuera el único de la empresa que la entendía.

Le sonrió con complicidad y, de pronto, unos nudillos regordetes golpearon la puerta.

Solo podía ser él.

Su jefe.

Nadie más golpeaba así con esa insistencia machacona, como si tocara un timbal en si bemol: toc, toc, toooooooooooooooc.

El sonido tenía la misma cadencia que su nombre en su cabeza: An-to-niooooooooo.

La puerta se abrió sin que ella tuviera que decir nada.

Entró un hombre de cincuenta años, medio calvo, de metro y medio, con toneladas de ego y cero conciencia espacial.

—¿Tienes un minuto? —preguntó, sin mirarla, a la vez que hablaba por teléfono con alguien que, sin duda, era mucho más importante que Paula.

Ella lo observó mientras él hacía un gesto vago señalando un rincón.

Siguió la dirección de su dedo y allí estaba: el árbol de Navidad que ella había comprado a primeros de mes, aún envuelto en plástico, apoyado contra la pared.

Junto a él, una caja con bolas de colores y espumillón, que llevaban mil años en la empresa.

Antonio colgó, suspiró como si viniera de resolver un asunto trascendental para los destinos del universo y dijo:

—A ver, Rodríguez, necesitamos más espíritu navideño. En la oficina solo hay unas cuantas bolas colgadas de la planta de plástico de la recepción, que están desparejadas y algunas hasta rotas. Y este papá Noel que parece un suicida al borde del precipicio. ¡Aquí hace falta alegría! Así que ya sabes…

—¿Qué sé, Antonio? —replicó ella, sabiendo perfectamente por dónde iba.

—Joder, Rodríguez, que esto da pena verlo. ¡Pon el puñetero árbol de una vez para que esto no parezca un tanatorio!

Paula parpadeó despacio.

—Estoy cerrando tres campañas. No me da la vida.

Antonio revisó un mensaje en el móvil y contestó sin levantar la vista:

—Seguro que sí. Tampoco te estoy pidiendo que me montes el árbol del Rockefeller Center. No te va a quitar apenas unos minutos y, además de las campañas, prepara el *briefing* de la cuenta nueva, coordina al equipo de la campaña de los champús de café y hazme

un pedido de churros en San Onofre para la merendola del lunes. Tengo antojo de churros.

—Pero hay más gente en la oficina a la que seguro que se le da mejor que a mí lo de las bolas. Más que nada, por lo bien que se las tocan.

—Ja, ja, ja. Qué graciosa. Pero de verdad que no hay nadie tan resolutiva como tú. —El jefe hizo un gesto paternal, ese que ella detestaba—. Y, cuando acabes con el árbol, también gestióname la baja de Marta. Está esperando mellizos.

Paula pensó que Marta, como no hacía ni el huevo, le daba tiempo hasta de esperar mellizos.

Ella, en cambio, llegaba tan cansada a casa que no tenía ya ni ganas ni de hacerlo.

Y no podía seguir así.

Ya no.

Se lo repitió en silencio, sintiendo cómo la rabia le subía despacio, como un calor desde la boca del estómago. Y preguntó poniéndose muy seria:

—Y hablando de Recursos Humanos… ¿Cuándo se supone que llega el nuevo?

—¿Nuevo? —inquirió el jefe como si Paula hubiera dicho una estupidez—. ¿Para qué necesitamos a alguien nuevo cuando tú te manejas tan bien con los temas de personal?

—No es mi trabajo. Soy publicista —respondió forzando la sonrisa.

—Tú eres todo lo que te propongas. No te limites con una etiqueta. En mi equipo solo quiero a gente versátil y abierta —habló el jefe abriendo los brazos.

—Mi trabajo no es pedir chapatitas de salmón —ironizó ella.

—Son tiempos difíciles. Hay que arrimar el hombro. Todos lo hacemos.

—¿Ah, sí? —replicó Paula, con sorna, arqueando una ceja.

El jefe la miró con cara de que no le hiciera perder más tiempo, porque sabía que ella siempre acababa pringando. Y luego asintió con la cabeza y le dijo:

—Quiero ver ese árbol montado antes de las once de la mañana. No es tan complicado. A las doce llegan los clientes de la cuenta

Pelusín, «el peluche que te abraza», y quiero dar vidilla a la ofi. Vamos, no seas perezosa…

Perezosa.

¿Su jefe acababa de llamarla perezosa?

A Paula ese adjetivo le revolvió de tal manera que sintió como un clic, como un chasquido interno parecido al de cuando se estira demasiado la goma y al final se rompe.

Había aguantado noches sin dormir, broncas de clientes, reuniones eternas, se había comido los marrones de todo el mundo, había conseguido las cuentas más jugosas… y hasta se había preocupado de que nunca faltara papel higiénico en el baño.

¿Y todavía tenía que soportar que su jefe la llamara perezosa?

Es más, si alguien tenía derecho a la pereza en esa jodida oficina, aunque fuera un minuto, era ella.

Y sintió que ya no había vuelta atrás. Paula lo tuvo tan claro en ese justo instante que sonrió de oreja a oreja y masculló:

—Tú lo has querido. Voy a por el árbol.

—Perfecto —murmuró él, sin percatarse de lo que estaba pasando.

Paula se levantó, se fue a por el árbol que pesaba un montón y tenía la base torcida, como si él también estuviera agotado, lo cargó en brazos y lo llevó hasta la ventana.

Antonio la observó con curiosidad y preguntó con el ceño fruncido:

—¿Qué haces, Rodríguez?

—Cumplir tus órdenes. Montar el árbol.

Y, sin más, ella lo montó literalmente sobre el alféizar, asomó la cabeza, comprobó que no había nadie debajo y lo empujó.

¡Plas!

El golpe seco contra el suelo resonó hasta el séptimo piso.

Después, solo se escuchó el silencio.

Paula miró hacia abajo.

El árbol, espachurrado contra el suelo, parecía la metáfora perfecta de su año laboral. Y respiró de verdad por primera vez en mucho tiempo.

—Rodríguez —balbuceó el jefe, lívido—. Creo que… tú no estás bien. No estás nada bien.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡Fíjate si estoy bien, que mira lo que hago!

Paula se quitó la acreditación que le colgaba del cuello de una cinta azul raída y la dejó sobre la mesa sintiendo un alivio tremendo.

—Te noto muy tensa —dijo el jefe, apretándose el puente de la nariz—. Y sé cómo arreglar esto. Cógete unas vacaciones.

—¿La semanita de vacaciones que no hay manera de cogerme porque siempre me dices que no es el momento? Pues ya es tarde. No —replicó Paula con una sonrisa liberadora que esbozó feliz.

—Estamos hasta arriba, pero nos apañaremos. Vete unos días a la playa y vuelve con las pilas cargadas. Solo necesitas un descanso —insistió el jefe, tratando de sonar comprensivo.

—Lo que necesito es otra vida —sentenció Paula, saboreando cada palabra— lejos de esta oficina de mierda.

—¿Estás presentando tu renuncia? No puedes irte así y dejarnos con todo el fregado —habló Antonio, convencido de que no iba a irse, de que no lo decía en serio.

—Claro que puedo —respondió Paula, con toda la determinación del mundo en la mirada.

—Paula…

—Ocúpate tú de todo. No es tan complicado —dijo mordaz, devolviéndole sus propias palabras con una sonrisita dulce—. Y si te agobias mucho, abrázate a Pelusín.

Paula se puso el abrigo, la bufanda, se colgó el bolso y salió del despacho, atravesó la oficina sin mirar atrás y nadie se atrevió a detenerla.

El resto del equipo, paralizado con el estruendo del árbol, no dijo ni mu, tan solo se escuchó el eco del taconeo sobre el suelo de vinilo.

Por primera vez, nadie le pidió nada.

Ya en el ascensor, Paula sonrió sintiendo que se había quitado como cien kilos de encima.

Se miró en el espejo y, sin pensarlo, gritó de felicidad. Había hecho algo impulsivo y glorioso.

¡A la porra con todo!

Por fin. Había hecho lo que llevaba meses deseando y que había postergado por puro miedo.

Pero ya no tenía miedo a nada.

Porque, cuando el cretino de su jefe la llamó perezosa, supo que no encontraría jamás un trabajo peor que ese.

Y, con la certeza de que había hecho lo correcto, salió a la calle temblando de adrenalina, del frío de diciembre y de la sensación de libertad recién estrenada…

Capítulo 2

La calle olía a humo de coches, perfume caro, y a las castañas asadas del puesto de la esquina. El tráfico rugía y las luces navideñas colgaban sobre la calle Velázquez esperando el momento de volver a pasar a la acción.

Paula caminó hacia el metro, con el abrigo abierto y los guantes en los bolsillos.

El aire le cortaba la piel, pero a cada paso el frío le despejaba la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo, no le importaba llegar tarde a ningún sitio.

Sonrió, y justo entonces alguien la saludó:

—¿Paula? ¿Qué haces tú por aquí caminando sin cara de agobio?

Era Toni. Su ex. Y su compañero de trabajo. El jefe de contabilidad y el tío que se tomaba tres cuartos de hora de descanso para desayunar como si trabajara en otra provincia.

Un lujo que ella nunca pudo permitirse: tenía tanto trabajo que hacía ayunos involuntarios casi a diario.

—Me he hartado —confesó Paula, encogiéndose de hombros.

—Por fin —habló Toni, con una sonrisa cómplice—. Y no será porque no te lo tenga dicho: no va a pasar nada si te tomas unos minutos para tomar un café.

—No he salido a tomarme un café.

—¿Una escapadita a comprarte un vestidito de lentejuelas para Nochevieja? —inquirió, convencido de que la había pillado en un renuncio.

—No —respondió Paula, segura de que era la única de la empresa que jamás se escapaba ni para comprarse un pintalabios de los que te prometen cambiarte la vida y solo te secan los labios.

—Tía, no pasa nada. Todos lo hacemos.

—¿Tú ya tienes tu vestido de lentejuelas? —bromeó Paula.

—Me encanta que te hayas unido a nuestro equipo de los escapistas —dijo Toni, guiñándole el ojo.

—Huyo —insistió ella.

—Querrás decir por hoy. Supongo que has fingido que te duele algo y te tomas el día libre.

—Supones mal —repuso Paula, que negó con la cabeza.

—Ya sé que tú… —masculló Toni, arqueando una ceja.

—No he faltado al trabajo ni un solo día —terminó la frase por él.

—Tienes un sentido de la responsabilidad…

—Que hace que todo el mundo abuse de mí —le cortó Paula, para no hacerlo más largo—. Pero acabo de lanzar el árbol de Navidad por la ventana y me siento de maravilla —confesó con una sonrisa de orgullo.

—Ja, ja, ja. ¡Qué bueno! Aunque estaría bien que lo hicieras.

—Lo he hecho —aseguró Paula, muy seria.

—¡Anda ya! —replicó Toni, batiendo las manos.

—En serio. Antonio me pidió que decorara el árbol de Navidad. Le he dicho que estaba hasta arriba de trabajo y me ha llamado perezosa. Me ha sentado tan mal que he cogido el árbol y lo he arrojado por la ventana. Después, me he quitado la acreditación y le he comunicado que me piro.

Toni la miró boquiabierto, como si no supiera si reír o pedirle un análisis psicológico urgente:

—Pero ¿y ese arrebato?

Paula había aprendido por educación, por costumbre y hasta por pura inercia a sostenerlo todo. Lo hacía tan bien que nadie se lo cuestionaba hasta ese día, en que había sido más consciente que nunca de que estar para todo el mundo la había dejado sin sitio para sí misma.

—Ya te lo he dicho. Estoy harta —le explicó, bajando el tono—. Me he echado a la espalda mi trabajo y el de media empresa. He estado pendiente de todo el mundo: de mi jefe, de mis clientes, de mis compañeros. Soy la responsable profesional y emocional de la jodida empresa. Y me he cansado de cuidar de todos, de salvar campañas, de arreglarle la vida a medio mundo, mientras la mía se cae a pedazos. Me voy.

—¿Adónde? —preguntó Toni, con un hilo de voz, como si esperara que dijera «al baño y vuelvo».

—Cualquier sitio va a ser mejor que seguir en la empresa.

—Pero a ti te gusta…

—¿El qué? —quiso saber Paula, cruzándose de brazos y temiéndose lo que le iba a decir.

—Estar ahí. Escuchar. Apoyar…

—Llegar la primera y marcharme la última, mientras escucho vuestras miserias cotidianas.

—Cuando te las cuentan pones cara de que te gusta escucharlas.

—Porque soy una pringada.

—Tienes empatía. Y te gusta ayudar a los demás.

—Pringar. Dilo. La palabra es esa. ¿Cómo me pasé los tres años de relación? Pringando. Yo cargaba con todo, y cuando digo todo es que hasta me encargaba de buscarte unos calcetines que no hicieran marca.

—Pensaba que te gustaba comprar…

—Y limpiar el váter, planchar, buscar restaurantes coquetos, acordarme de que faltaba leche… Todo eso me encantaba… —ironizó ella, abriendo los brazos—. Y luego, cuando yo iba a ti con un problema… zas… te quedabas frito a los dos segundos.

—Pero esos dos segundos te escuchaba con suma atención —replicó él, con media sonrisa.

—Sí, claro. Atención plena, pero en versión sopa. Gracias —respondió Paula sin que hubiera rencor en sus palabras, pues aquello lo tenía más que superado.

—Me gané a pulso que me mandaras a paseo.

Paula pensó que la relación con Toni siempre había sido tibia, de esas que no duelen, pero que pesan, en las que hay cariño, pero nula chispa.

Y así estuvieron tres años juntos en un noviazgo que nunca ardió demasiado. Empezó a fuego lento y se apagó igual, sin estruendo, como una vela que se queda sin cera.

Paula siempre pensó que Toni era un buen tipo, y lo era, por eso decidió intentarlo con él, a pesar de que nunca consiguió que se le acelerara el pulso a su lado.

Pero después de un par de novios malotes y canallitas, pensó que lo mejor era pasarse de la montaña rusa al tiovivo y fue un completo error.

Él se dejaba querer con la misma pasividad con la que mantenía los libros contables, sin prisa y sin pasión ninguna.

Ella lo sostenía todo: la casa, las ganas, las conversaciones. Y él se limitaba a estar, cómodo, agradecido, pero sin moverse un milímetro.

Y como pasa con lo que ni quema ni enfría, lo suyo terminó diluyéndose en la rutina, la pereza y el sopor amable de los amores tibios.

Ella fue la que rompió, sin dramas ni portazos.

Él se lo tomó con esa serenidad que siempre tuvo, convencido de que acabarían como amigos, y acertó: a los tres días ya se hablaban con la complicidad de los que se conocen de memoria.

Porque, en el fondo, lo suyo jamás pasó de ahí: de una amistad con citas, besos sin fuego y planes que daban más fatiga que ilusión.

Y aquella mañana, después de que Toni reconociera que se había ganado a pulso que ella le dejara, Paula sonrió como diciéndole que, pese a todo, iba a estar siempre para lo que necesitara. Y él, igual.

—Siempre me vas a tener para lo que quieras —le recordó Toni—. Me importas, Paula. No quiero que la cagues. Piensa bien lo que vas a hacer. Tienes un trabajo estable, seguridad, un sueldo que te permite pagar las facturas.

—Ya lo he pensado —respondió ella con una sonrisa tranquila—. ¿Y sabes qué? Ahora voy a pensar en mí.

—Fuera hace mucho frío.

—¿Y? —replicó Paula, alzando las cejas—. No creo que más que en la ofi donde estaba congelada.

—Entonces, ¿es una decisión tomada?

—Por supuesto que sí —asintió Paula, feliz.

—Vamos a estar jodidos sin ti.

—¡Y yo voy a estar en la gloria sin vosotros! —soltó ella, con una carcajada.

Ambos se rieron y se despidieron. Paula continuó caminando hacia el metro. Toni la miró alejarse entre la multitud, decidida y con el viento revolviéndole el abrigo, hasta que se hizo pequeñita.

Pequeñita físicamente, pensó, porque como ser humano esa chica no podía ser más grande.

Paula se subió al metro casi flotando. El vagón iba medio vacío y se dejó caer en un asiento del fondo, se quitó el abrigo y lo dejó sobre el regazo.

Miró su reflejo en la ventanilla y comprobó, sorprendida, que no se le borraba la sonrisa de los labios.

Su vida, pensó, ya no era una campaña mal diseñada ni un anuncio con un mensaje confuso. Era una hoja en blanco. Y, por primera vez, no le daba miedo.

Lo tenía tan claro que, en cuanto salió a la calle, lo primero que hizo fue llamar a un número que se sabía de memoria:

—¡Pauli!

La voz de su tía Lola sonó al otro lado, cálida, cariñosa, como un abrazo apretado.

—Tía, necesito un cambio de aires. Urgente.

La tía Lola tenía una casa rural en Miraflores, un pueblo de la sierra de Madrid, y a Paula le pareció el sitio perfecto desde donde empezar otra vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lola, expectante.

—He tirado el árbol de Navidad del curro por la ventana. Y yo he ido detrás, simbólicamente.

—Jo, jo, jo. ¿Otra vez el jefe ese?

—Tenías que haberle visto la cara cuando se escuchó el plas en todo el barrio de Salamanca.

Lola soltó una carcajada y le dijo a su sobrina, celebrando lo que había hecho:

—Sabía que ese hombre acabaría sacándote de tus casillas. Ven para acá, cielo. Aquí hay aire puro, silencio, chimenea, leña, mantas con pelotillas…

—¿No te molesta si paso ahí unos días?

—Molesta, dice… ¡Será un regalo! La habitación azul te está esperando.

Paula sonrió aliviada, porque era justo lo que estaba buscando y, además, en la habitación azul que daba a la encina:

—Necesito eso. Respirar, desconectar y pensar.

—Y comer —añadió su tía—. Que estás en los huesos. Te haré buenos pucheros y guisos de chuparse los dedos.

—¿Te importa si mañana mismo me planto allí?

—¡Mejor vente ya mismo!

Paula colgó. Pasó por delante de una tienda de ropa y sonó un villancico.

Se miró en el reflejo del escaparate y vio que en su rostro había cansancio y calma.

Sonrió y pensó que quizá aquel impulso loco era, en realidad, el primer acto sensato que había tenido en años.

No tenía trabajo.

No tenía plan.

Pero, por primera vez, tenía algo parecido a la libertad…

Capítulo 3

La mañana siguiente amaneció del mismo gris que el del papel aluminio. Paula echó un vistazo por la ventana y la ciudad le pareció un bocadillo recién envuelto.

Y ella, el relleno.

Un relleno parecido a una loncha de pavo que sabe raro.

Porque se sentía justo así: mustia, fría y al borde de caducar.

La calma después de la tormenta era extraña. No se arrepentía, pero tenía ese vértigo que dejan las decisiones que cambian algo de verdad.

Se había dormido a las tantas, dando vueltas entre frases que podría haberle soltado a su jefe y una mezcla de ansiedad y alivio que la tuvo en bucle hasta que la venció el sueño.

A las once de la mañana por fin se levantó con el pijama de pingüinos, los pelos revueltos y las ojeras de haber ganado una batalla sin saber todavía muy bien cómo.

Se fue al cuarto de baño, tras hacer pis y lavarse las manos y los dientes, comprobó en el móvil si había alguna reacción de sus compañeros al lanzamiento del árbol.

Y no.

No había ningún mensaje, ni ninguna llamada perdida.

Casi que mejor, pensó.

Dejó el móvil sobre un taburete, se quitó la ropa despacio, se metió en la ducha y se puso a cantar una canción que le nació de muy dentro:

—¡*Libre soy, libre soooooooooooooy*!

Cantó a grito pelado, sin venir a cuento.

Sintió el agua caliente sobre su cabeza y de su interior brotó una sonrisa enorme.

Porque a lo mejor no era una loncha de pavo a punto de caducar, sino un buen jamón de bellota.

Y se tronchó de risa.

La que había liado.

Salió de la ducha, se puso un albornoz y una toalla en la cabeza y se fue a la cocina.

Abrió el armario y cogió su taza de la suerte que ya no tenía ni asa y la llenó de agua. La metió en el microondas y mientras se calentaba se fijó en que en el fregadero estaba hasta arriba de platos sin fregar.

Llegaba tan cansada a casa que no tenía ni ganas de lavar la cucharilla del yogur.

Ya solo comerse un yogur le parecía una proeza…

Qué mierda de vida, murmuró justo cuando sonó el ding del microondas.

Lo abrió, agarró la taza y se quemó como siempre.

Cabrona, refunfuñó. Metió con cuidado el sobre de té verde y sonó después otro ding.

Pero esta vez era el de la puerta de su casa. Paula no esperaba a nadie, así que ni se molestó en ir a ver quién era.

Sin embargo, el timbre volvió a sonar con una insistencia tal que lo que pensó era que le había hecho una gotera a la vecina de abajo.

Porque al universo le encantaba compensar los momentos de euforia con toques de putaditas domésticas. Era como si le gustara llevar la contabilidad al céntimo: si vivía un momento de subidón, detrás venía la mancha de tomate en la camisa favorita.

Corrió a ver si había un escape de agua y… estaba todo en orden, menos el timbre que sonaba como si alguien tuviera el dedo pegado.

Suspiró, pestañeó deprisa y supuso que solo podía ser el cartero con el aviso de una multa o una notificación para mesa electoral.

Aunque no había elecciones a la vista y ella cumplía con las normas de tráfico como si fueran mandatos divinos, no pisaba una línea continua ni se saltaba un semáforo en ámbar ni aunque la persiguiera un dinosaurio.

Dio un sorbo a su té humeante, se ajustó bien el cinturón del albornoz porque no era plan de quedarse en bolas ante lo que fuera que le trajera el destino, abrió la puerta y por poco no le atropelló una maleta roja del tamaño de un armario ropero. Detrás, envuelta en una bufanda kilométrica y el perfume de Insolence de Guerlain, su tía Lola sonreía como si le acabara de tocar la lotería.

—¡Sorpresaaaaaaaaaa! —canturreó.

—¿Tía Lola? ¿Qué haces aquí? ¿No tenías que estar en la sierra preparándome el guiso con el que iba a chuparme los dedos?

La tía Lola era una mujer de setenta años que aparentaba diez menos.

Hacía yoga con vídeos de YouTube, caminaba dos horas por el bosque y juraba que eso y un vasito de calimocho a la hora de la comida era el secreto de su juventud eterna.

Paula la admiraba muchísimo, porque tenía más energía que ella y una sabiduría de esas que daban ganas de estamparse sus frases en las camisetas.

Esa mañana se plantó en su casa, con la media melena rubia platino recién salida de la peluquería, y maquillada como si acabara de pasarse por el stand de una marca cosmética y le hubieran aplicado todos los productos, y le soltó eufórica:

—¡Ay, hija! ¡Siéntate, que no te lo vas a creer!

La tía Lola le plantó un beso en la mejilla con tanto ímpetu que a Paula por poco no se le cayó la toalla de la cabeza, luego, la apartó a un lado, avanzó con su abrigo fucsia largo hasta los pies y se coló en la casa como un vendaval.

Paula se colocó bien la toalla en la cabeza y siguió a su tía hasta el salón con una intriga tremenda:

—¡Cuenta, cuenta…!

La tía, sin soltar el maletón, sonrió más todavía y replicó agitando tanto la cabeza que los pendientes de flecos plateados hicieron un clin-clin-clin que se escuchó en el piso de abajo.

—¡Me ha tocado un crucero!

Paula abrió mucho los ojos y repuso convencida de que no había escuchado bien:

—¿Un qué?

—Un crucero, cariño, ¡por el Caribe! Dieciséis días, camarote con terraza, pensión completa y cóctel de bienvenida. Sueños del Caribe, se llama. ¿Verdad que solo el nombre hace soñar con pasiones y aventuras?

Paula parpadeó y luego supuso que aquello solo podía significar una cosa: que había entendido mal.

—¿Cómo que te ha tocado un crucero? Es coña, ¿no?

—¡No, tesoro! ¡Me ha tocado en el supermercado! ¿Te acuerdas de esas papeletas que daban si gastabas más de cincuenta euros? —Paula asintió, estupefacta—. Pues yo siempre las relleno, nunca se sabe. Y mira, ¡me ha tocado! Salgo mañana por la tarde.

—¿Ya? ¿Mañana mismo? —inquirió Paula, alucinada.

—Sí, claro —habló Lola, con un entusiasmo que llenaba la habitación—. Si no, tenía que pagar un plus de temporada y ya sabes que tu tía no tira el dinero. Además, me dejan elegir camarote con terraza si embarco mañana mismo.

Lola se quitó el abrigo, se echó en el sofá y Paula exclamó llevándose las manos a la cara:

—Tía, ¡esto es… increíble!

—Lo sé. —Lola se puso un poco más seria y añadió—: Pero escúchame bien, vas a tener que hacerme un favor.

—Ay, madre —murmuró Paula, dando un par de pasos hacia atrás.

—Nada grave. Solo que te quedes tú al frente de la casa rural mientras estoy en alta mar. Solo serán unos días… hasta después de Reyes.

Paula se sentó a su lado, tras tragar saliva del agobio que le entró:

—¡Son un montón de días! ¡Y lo que necesito es desconectar!

—Y lo vas a hacer. Allí vas a respirar, pensar, dormir sin el ruido del tráfico. ¡Te va a sentar de maravilla! —aseguró la tía con una sonrisa gigante.

Luego, abrió el bolso, sacó un manojo de llaves y un sobre que le pasó a su sobrina:

—Mira, aquí tienes todo. Luis se encarga del mantenimiento, es un encanto. Ramiro va cada mañana a limpiar baños, a cambiar toallas y sábanas cuando toque y una vez a la semana hace una limpieza profunda. Las camas se las hace cada huésped y en las zonas comunes cada uno recoge lo suyo. Solo tienes que preparar los desayunos de nueve a once de la mañana, nosotros no damos comidas ni cenas. Pero la cocina está siempre abierta por si los clientes quieren prepararse cualquier cosa. Y luego tienen que dejarlo todo como se lo encontraron, por supuesto. Y lo otro de lo que tienes que encargarte es de atender el mostrador por si alguien

llama a la campanita. De diez a una, nada más. El resto del día, lo tienes libre.

—¿Cuántos huéspedes son? —preguntó Paula, suspirando.

—Nada… Esto va a ser pan comido… Una influencer de viajes, un padre con su hija, encantadores. Una pareja mayor, Paco y Milagros, y una pareja de chicas majísimas… ¡Ah! Y un chico nuevo que acaba de reservar anoche. En cuanto me enteré de que tenía que irme de crucero, puse mi habitación disponible y al momento la reservó… Diego, algo. Lo tengo en la aplicación, tú no te preocupes por nada.

Sin embargo, Paula se preocupó por todo y dijo frunciendo el ceño:

—Tía, yo no tengo ni idea de llevar una casa rural.

—¡Ay, hija, que no es el Ritz! Por supuesto que sabes preparar un desayuno con café, zumo, tostadas, aceite de oliva, mermelada casera y fruta. Lo demás se apaña solo. Y si pasa algo, llamas a Luis. Él es un manitas, y si no sabe arreglarlo, llama a alguien que sí.

Paula la escuchaba, mitad divertida, mitad resignada. Lola estaba tan emocionada que era imposible pincharle el globo.

—Ya…

—Y en cuanto al papeleo —añadió la tía—, he hablado con el gestor para que te haga un contrato temporal por estos días. ¡Así todo legalito!

Paula pensó que menudo marrón le había caído y murmuró:

—Tía, de verdad, yo solo quería descansar un poco.

—Y vas a descansar, cielo. Es un sitio ideal para reencontrarte contigo misma.

—Claro, claro… ¡Rodeada de un montón de huéspedes!

—Ya verás cómo sí. Además, ¿quién sabe? —repuso Lola, frotándose las manos—. ¡Igual conoces a alguien!

Paula dio un respingo y replicó con un mosqueo tremendo:

—¿Me estás preparando una encerrona romántica rural?

—Ja, ja, ja. No, mujer. Tranquila.

—Es que voy buscando eso: tranquilidad.

—Pero a saber con lo que te encuentras. Porque la vida es así, cuando no quieres que pase nada, pasa de repente de todo —le recordó Lola, moviendo los dedos llenos de anillos.

—A mí no me va a pasar nada de nada —zanjó Paula, cruzándose de brazos.

—Pues mírame a mí… —Lola se levantó y empezó a pasear por el salón haciendo aspavientos con las manos como si estuviera interpretando un monólogo en el teatro—. Yo estaba convencida de que me iba a pasar las Navidades en Miraflores y mira… para el Caribe que me marcho. De pronto la vida me permite cumplir mi gran sueño. Desde que vi *La extraña pasajera,* siempre soñé con que me pasara algo como a Bette Davis. Una mujer elegante, un barco, un hombre misterioso… y una historia que te cambia la vida.

—Tía, en esa película él estaba casado —apuntó Paula, porque para ella aquello tampoco era tan idílico como su tía lo estaba contando.

—Bueno, cariño, si el mío también lo está, que se apañe él con su conciencia. Como decía Bette: «No pidamos la luna, ya tenemos las estrellas».

Paula se echó a reír.

—¡Eres la pera, tía!

—Voy a vivir una gran aventura. Y a ti también te espera algo buenísimo. Me lo dijo la abuela —confesó Lola, sentándose otra vez al lado de Paula.

—¿En serio? —preguntó Paula intrigadísima.

—Me dijo que te va a venir muy bien tomarte un respiro.

—Estas cosas ya sabes que…

—Me lo dijo muy clarito —asintió Lola, rotunda.

Paula la miró en silencio. Desde que su abuela había muerto hacía dos años, Lola aseguraba que seguía conectada con ella. A Paula ese tema le daba un poco de yuyu, pero a su tía le daba igual y le contaba con pelos y señales todas y cada una de sus experiencias paranormales:

—Anoche me quedé un poco traspuesta frente a la chimenea —contó la tía— y la sentí perfectamente. Luego, escuché su voz que me decía: «Lola, vete, vive, lánzate a la vida. Que la niña Pauli se encargue de todo y que se lance a la vida también…».

Paula soltó una carcajada porque lo cierto era que esas frases las podía haber dicho perfectamente su abuela y replicó:

—Adonde tengo pensando lanzarme es a dormir a la cama, porque tengo un montón de sueño atrasado.

—Yo voy a lanzarme al Caribe, con todas mis ganas de no dormir ni una sola noche sola.

Lola abrió la maleta para enseñarle varios bikinis de triángulos diminutos.

—Qué chiquititos son… —comentó Paula, tronchada.

—Una monada. ¡No me digas que no son para encontrar a un caballero empotrador entre un cóctel y otro! —replicó guardando los tangas.

—A mí estos tangas que se te meten por culo me parecen muy incómodos y luego me salen unas rozaduras que…

—No seas aguafiestas. ¡A mí si me sale algo será de tanto triscar! —exclamó la tía agitando un tanga al aire.

Paula se dejó caer en el sofá, riendo y le dijo a su tía, pues no le quedaba otra:

—Vale. Me encargaré de la casa rural.

—¡Sabía que dirías que sí! —exclamó Lola, que del abrazo tan fuerte que le dio, le arrancó la toalla de la cabeza.

Se despidieron y la tía se fue dejando tras de sí olor a violetas y el sonido de las ruedas del maletón por el pasillo.

Paula se quedó sola, sobre el sofá estaban las llaves, el contrato y una nota en el sobre que decía en letra redonda: «Confía. La vida siempre sabe a dónde te lleva. P. D.: En el armario de la entrada tienes un gorro de lana por si nieva».

Paula sonrió. Afuera, la ciudad seguía gris. Pero dentro, por primera vez en mucho tiempo, sintió que algo se movía.

Y sin saber cómo, se sorprendió diciendo mientras apretaba el sobre como si fuera un amuleto:

—*No pidamos la luna*, ¿eh? *Ya tenemos las estrellas*…

Capítulo 4

La campana de recepción sonó por tercera vez. Paula levantó la vista del tutorial de YouTube titulado «Cómo encender una chimenea en cinco minutos, aunque seas muy torpe» y suspiró.

Llevaba toda la mañana intentando que el fuego prendiera, pero la chimenea tenía personalidad propia.

Luis, el de mantenimiento, se lo había explicado por teléfono bien clarito:

—Es un poco lenta, tiene su tempo. Y se anima con el fuelle. ¿No hay uno por ahí?

—No. Lo he estado buscando y no hay ninguno.

—Boni, el del bar, tiene uno buenísimo. A ver si lo encuentra…

—Ya —musitó Paula, que lo conocía y sabía lo que le costaba a ese hombre encontrar algo.

—Voy a llamarlo. En cuanto sepa algo, te digo…

De momento, eran las doce de la mañana y no había fuego.

Paula dejó el móvil sobre la mesilla, salió de su habitación y atravesó el pasillo con el pelo recogido en una coleta alta, las manos aún manchadas con un poco de hollín y una bufanda de cuadros enroscada al cuello.

En recepción, un hombre muy alto esperaba apoyado en el mostrador.

Treinta y dos años, moreno, ojos oscuros, nariz recta, mandíbula cuadrada, boca perfecta…

Llevaba una gorra calada hasta las cejas, un jersey grueso de cuello vuelto y unos vaqueros que parecían hechos a medida.

Tenía los hombros anchos, un culazo perfecto, las manos grandes y esa actitud de quien está acostumbrado a que el mundo se rinda a sus pies.

—¿Es usted la encargada? —preguntó en cuanto Paula se colocó tras el mostrador, sin saludar ni hacer el esfuerzo mínimo de sonreír.

—Depende —respondió Paula, con una sonrisa enorme—. Si lo que me va a pedir es muy complicado, igual me hago la muerta. Lo hago muy bien.

Él no le rio la gracia. Al contrario, apretó fuerte las mandíbulas y soltó:

—¿No tiene miedo a que le ponga una reseña de una estrella en Ruralísimo?

—Ninguno. Porque se va a ir de aquí poniéndome cinco —respondió ella, tan pancha.

—¿Es la encargada, entonces? —supuso él.

—La sustituta temporal.

—¿Y dónde está su jefa?

—En el Caribe —contestó Paula, sin dejar de sonreír.

—No me gusta que me tomen el pelo en mi propia cara —refunfuñó Diego, ofendidísimo.

—Estoy diciéndole la verdad. La jefa es mi tía. Y le ha tocado un crucero por el Caribe. Coco-locos incluidos.

Diego dudó de si aquello era verdad o de si esa chica estaba haciendo el payaso, hasta que de pronto le rugieron las tripas de forma traicionera:

—Quiero desayunar —le exigió, porque no probaba bocado desde la noche antes.

—Los desayunos terminan a las once —le recordó Paula, señalándole el cartelito que estaba pegado sobre el mostrador de la recepción.

—Tengo hambre.

Lo dijo de un modo como si quisiera comérsela entera.

Cosa que tampoco le hubiera importado, pensó Paula. Porque el tío estaba buenísimo… nivel… pecado capital.

—En la cocina hay de todo. Puede hacerse lo que quiera —ofreció Paula indicándole con la cabeza dónde estaba la cocina.

Él la analizó de arriba abajo, con gesto de sospecha profesional:

—¿Me ha reconocido?

Paula casi se ríe. Porque claro que le había reconocido desde que lo vio de espaldas. Y luego estaba la voz… tan profunda, tan *sexy*, tan de chef cabronazo.

Pero prefirió fingir una ignorancia absoluta, bordando el papelón:

—¿Perdón? —inquirió ella, como si no entendiera a cuento de qué venía esa pregunta.

—Suele pasar. Me confunden con un chef famoso —contó él, tocándose la gorra—. Diego Márquez. Pero no soy él. No tengo ni idea de cocina. No sé ni hacerme un huevo —mintió él, descaradamente.

Paula se mordió los labios para no soltar una carcajada y pensó que cómo podía ser tan cretino de creer que iba a pasar desapercibido con esa voz, esa mandíbula y esa mirada inconfundible.

La del mismísimo Diego Márquez, el chef más deseado, más polémico y más viral del país.

El que el viernes había abandonado su propio programa en pleno directo después del incidente con las natillas.

Incidente que ya tenía nombre en las redes sociales: #Natillasgate.

Todo empezó cuando una azafata apareció en el plató con unas natillas de turrón que llevaban su nombre y su cara en grande junto a la frase: «Receta original del chef Diego Márquez».

Diego se quedó patidifuso, como si acabara de enterarse de la existencia de esas natillas, las probó, hizo un silencio mortal con la mirada perdida y las escupió en el fregadero.

—¿Pero qué mierda es esta? —gritó con el micro abierto—. ¡Esto no sabe a turrón… sabe a rayos y a cartón mojado! —añadió para rematar.

Después dejó la cucharilla sobre la encimera, se quitó el delantal y dijo:

—Hasta aquí.

La azafata casi se desmayó, el equipo se quedó en shock y Diego se limitó a quitarse el delantal, dejarlo doblado con una dignidad exquisita y decir a la cámara:

—No sigo, señores. Volveré cuando la comida sea de verdad.

Y se fue sin mirar atrás. En directo.

El video superaba ya los cuatro millones de reproducciones. Miles de memes. Y todo el mundo opinaba: tertulianos, cocineros, tuiteros con avatar en forma de cuchillo y tenedor…

Y él desaparecido del mapa.

Pero allí estaba, delante de ella, fingiendo ser un turista cualquiera con gorra.

Y Paula decidió jugar.

—No tengo ni idea de quién me habla —dijo, muy convencida—. ¿Un cocinero dice?

—Sí, Diego Márquez. ¿No le conoce?

A Paula le caía fatal. Veía siempre su programa con el volumen apagado, porque era hipnótico verle cocinar, pero no soportaba las cosas que decía. Le parecía un vanidoso, un engreído, un estirado, un prepotente… y cuando hacía de jurado en otro programa era ya la cosa más asquerosa del mundo. Puaj, pensó. No podía con él. Claro que lo que le respondió fue:

—No. Ni idea.

—¿No sabe que le trajeron unas natillas industriales con su nombre y las escupió en prime time? ¿En qué planeta vive? —inquirió él, sorprendido de que no supiera quién era.

—En este. Llevo en este planeta treinta años que cumplí en mayo —respondió ella, divertida.

Y sonó tan convincente que él esbozó media sonrisa porque le venía de maravilla que la recepcionista no supiera quién era.

—Genial.

Era justo lo que necesitaba. Anonimato total. Después del natillazo, había llamado a su familia y a sus amigos para comunicarles que se iba a Corea a desconectar a un retiro gastronómico espiritual. Después había apagado el teléfono móvil, que no pensaba encender hasta después de Reyes.

Pero no estaba en Corea. A última hora le había dado una pereza enorme y se había decidido por una casa rural perdida en mitad de la sierra. La primera que encontró libre para pasar las fiestas sin preguntas, sin prensa y sin nadie recordándole que era un puñetero meme nacional.

Lo único que quería era estar tranquilo, dormir, olvidar el mundo y desayunar pan de pueblo con aceite de oliva del bueno.

Si bien Paula echó un vistazo a su ordenador solo para tocarle un poco las narices y le dijo:

—Y además usted no puede ser ese cocinero famoso porque en la ficha pone que se llama Diego Martiniano Márquez.

Diego pensó que siempre había detestado que le hubieran colocado de segundo nombre Martiniano como su abuelo, pero en ese momento le vino de maravilla llamarse así y replicó:

—Exacto. Martiniano es mi… apellido… No tengo nada que ver con Diego Márquez. El gran chef. Con dos estrellas Michelin.

—Ni idea. No veo mucho la tele —mintió Paula, otra vez.

—¿Y tampoco baja a Madrid a comer de vez en cuando a buen restaurante?

—Trabajo tanto que no tengo tiempo ni de fo…

—Fo ¿qué? —replicó él con los ojos muy abiertos.

—*Forofear*… —improvisó ella.

—¿Esa palabra existe? —preguntó él, risueño.

Paula pensó que el cocinero tenía una mirada muy especial, intensa y salvaje, y que hacerlo con alguien con una mirada así tenía que ser…

—Nada —se dijo a sí misma.

—¿Cómo que nada?

—Ni idea. No sé si existe o si no existe la palabra, Martiniano.

—De cualquier modo, no parece que este sitio sea tan estresante como para que no tenga tiempo ni para…

—Para nada. Y yo no trabajo aquí. Soy publicista. Trabajo en una agencia. Mejor dicho, trabajaba. El viernes lancé un árbol de Navidad por la ventana y me fui. Hice como el cocinero con las natillas…

—¿No dice que no sabe quién es? —preguntó Diego.

—Me he enterado por lo que acaba de contarme, Martiniano.

Casi nadie sabía que ese era su segundo nombre, él lo encontraba horrible, pero esa mañana en los labios de esa chica le pareció que tenía carácter… y que gracias a él estaba a salvo.

—Me gusta que me llames por el apellido. Pero puedes tutearme —le pidió.

—A mí me puedes tutear también. Soy Paula. Paula Rodríguez. Y temporalmente la responsable de la Casa Rural de La Encina. ¿Te preparo un café, Martiniano?

—Pensaba que no había desayunos.

—Puedo hacer excepciones con los desconocidos con gorra.

Él esbozó algo parecido a una sonrisa. Apenas. Pero suficiente para que Paula se dijera a sí misma mientras se peleaba con la cafetera que tenía detrás del mostrador: «no, no, no me gusta. A pesar del cuerpazo, de los labios gruesos, los dientes perfectos y los hoyitos que se le marcan en las mejillas. No, de ninguna manera. Y mira que huele bien y que tiene un pelazo fantástico. Pero no… O sea que no… No me mola para nada…».

Y el café que se negaba a salir.

—¿Todo bien? —preguntó él, sin quitarle ojo de encima.

La cafetera agonizaba y Paula intentó resucitarla dándole unos golpecitos mientras murmuraba:

—No me hagas esto. Ahora no. ¡No vayas hacia la luz! ¡Quédate conmigo!

Diego la observaba intentando no partirse de risa.

Esa chica era un auténtico desastre.

Acababa de tirar tres carpetas de un manotazo y el sello con la encina estampada había salido disparado tres segundos después.

Sin embargo, se sorprendió a sí mismo preguntándose que cómo podía tener las manos tan torpes y los ojos tan bonitos.

Eran grandes, de color avellana y con el brillo perfecto para desarmar a cualquiera… menos a él.

Que no estaba en la casita rural para quedarse colgado de los ojos de la recepcionista más inepta que había conocido en la vida.

Medía uno setenta, tenía una media melena castaña lisa por los hombros, las cejas gruesas, la nariz un poco puntiaguda, la boca carnosa y el cuerpo bonito.

Podía ser perfectamente su tipo…

Pero es que ni loco tendría algo con ella en ese momento de su vida, pensó a punto de arrojarse sobre la cafetera y hacerse el café él mismo:

—Deberías revisar la presión del filtro, Paula Rodríguez.

Se moría por uno.

Paula le miró desafiante y, con una sonrisita de lo más mordaz, replicó:

—¿No decías que no tenías ni idea de cocina?

—Pero sí de cafeteras.

—Ah, claro. Las cafeteras no siempre están en… las cocinas.

Él se mordió la lengua. Esa chica no le tenía miedo. Eso era nuevo y le gustó. Muchísimo, además.

Instantes después, el café al fin salió y Paula lo dejó sobre el mostrador:

—Aquí tienes. No prometo milagros, ni espuma con dibujito en forma de corazón.

—Mejor que no. Me haces un favor. Con que tenga cafeína, me vale —dijo él, dándole el primer sorbo.

—Con tal de que no lo escupas… como el cocinero ese taaan famoso.

Él fingió no escucharlo y se limitó a decir:

—Está bueno. —Pues, para su sorpresa, estaba delicioso. Luego, miró alrededor y le preguntó porque le venía genial que no hubiera nadie más por allí—: ¿Este sitio suele estar tan muerto? ¿Y el resto de huéspedes?

—Han salido a dar una vuelta. Han estado esperando a que encendiera la chimenea para estar un ratito en el salón, pero no hay manera.

—¿Qué le pasa? —quiso saber Diego, con la vista puesta en el tronco que ni siquiera humeaba.

—Que va lenta —contestó Paula—. Luis, el de mantenimiento, dice que sin un fuelle esto no arranca.

—¿Y no tienes?

Paula levantó la vista al techo como pidiendo paciencia al universo.

—Bonifacio, el del bar Solana, tiene uno buenísimo que no usa. Pero encontrar cosas en la trastienda de su bar es como intentar encontrar al hombre de tu vida en un after o en una casa rural…

Diego sonrió, cruzándose de brazos y añadió con guasa:

—Quién sabe…

Capítulo 5

Paula lo miró divertida con una sonrisa que usaba como escudo cuando no quería complicarse la vida y le dijo con un convencimiento absoluto:

—Yo sé que no. No estoy para líos.

—Ni yo. He venido a pasar las Navidades a la casa rural para desconectar de todo —respondió Diego, apoyándose en el mostrador con una hartura que parecía venirle de muy adentro.

—Ah, pues como yo. Necesito, por una vez, ser mi prioridad.

—Necesito olvidarme de todo… incluso de mí. Aunque sea por unos días.

A Paula le sorprendió el tono sincero. No era lo que esperaba de un tío escondido tras una gorra y una actitud de «no me mires».

—Yo no quiero pensar en nada más que en el aquí y el ahora —confesó ella—. Y ahora lo único que me preocupa es encontrar un fuelle. Luis me ha dicho que en cuanto Bonifacio lo localice, me va a llamar. Pero puede ser en cinco minutos o en el mes de marzo. Es que también es muy inventor y usa los objetos para las cosas más peregrinas.

—Pero ¿hay más sitios donde conseguir un fuelle o es que Bonifacio… te pone? —preguntó él, con una curiosidad que jamás hubiera admitido.

—¿A mí?

—Ajá.

—Es un señor de setenta años de metro y medio al que le faltan mogollón de dientes —le informó Paula.

—Te gustan con dientes —bromeó él.

—A ser posible, sí. Con muchos dientes… No que sea una piraña, entiéndeme.

—Perfectamente. Y ya que no estás especialmente interesada en este… Bonifacio…

—Ni en este Bonifacio ni en nadie —se apresuró a puntualizar ella, a toda velocidad.

—Vale. Me ha quedado claro. ¿Qué tal si nos metemos en Amazon y buscamos un fuelle? Fijo que mañana lo tenemos aquí y…

Diego no pudo terminar la frase porque sonó el teléfono del mostrador:

Riiiiiiing. Riiiiiing.

Paula dio un brinco y casi tiró el cartelito de «Bienvenidos». Cogió el teléfono y Diego escuchó atento a lo que decía:

—¡Luis! Dime… —Pausa—. ¡Bieeeeeeeeeeeen! ¡Ya tenemos fuelle! —exclamó mirando a Diego y haciendo la V con los dedos. Después, otra pausa—. No sé de qué perchero me hablas… ¿Cómo? Ah, que mi tía se lo pidió en primavera. Vaya… ¿Pesa un quintal, dices? ¿Y eso cuánto es? ¡Treinta y cinco kilos! Madre… Uf… Bueno, ya que lo ha encontrado, lo recojo también.

Paula se despidió, colgó y se frotó la frente.

—Ya tienes fuelle —dijo él, con una sonrisa llena de dientes que Paula encontró irresistible.

O casi. Porque ella no iba a caer…

—Y también tengo un perchero que no sé cómo voy a traer —informó, encogiéndose de hombros—. Pero tengo que hacerlo antes de que se vuelva a perder en ese bosque de objetos que Boni tiene en la trastienda.

Diego cogió el abrigo que había dejado sobre el sofá y dijo con naturalidad mientras se lo ponía:

—¡Voy contigo!

Total, no tenía nada mejor que hacer, pensó. Y porque algo en ella le daba una curiosidad tremenda, aunque no sabía decir en concreto qué.

Y Paula, alucinada con que quisiera acompañarla, abrió los ojos como platos.

—¿Cómo que vienes conmigo? No hace falta, de verdad.

—Es para hacer un poco de trabajo de fuerza. Y también me viene bien tener un sitio donde dejar el abrigo.

Paula se quedó un segundo en silencio, sorprendida por su tono tranquilo, casi amable.

—Bueno, si quieres venir, vale —replicó intentando sonar neutral. Pero no le salió ni de lejos.

—Vayamos ya, antes de que Bonifacio decida usar el fuelle de pisapapeles y lo perdamos otra vez.

Paula soltó una risa nerviosa. Luego, fue a por su abrigo, juntos salieron al frío y, sin pretenderlo, empezaron a caminar al mismo paso.

A Paula le pareció rarísimo no sentirse incómoda. Más bien lo contrario.

Si se lo hubieran dicho el día antes, ni lo habría creído. Pero ahí estaba, con él, cruzando medio pueblo hasta que entraron en La Solana, que olía a leña, café y chorizo frito.

Vicenta, la mujer de Boni, servía chatos de vino a un grupo de parroquianos, mientras el gato Natillas dormía sobre el radiador.

Cuando Paula entró, todos la saludaron. Diego la siguió con la gorra puesta y el silencio cayó como un telón de terciopelo pesado.

Hasta Natillas, un gato de color vainilla, enorme y rechoncho, abrió un ojo. Solo uno, pero suficiente para hacerse una composición de lugar.

Uno de los clientes era Sebastián, el carpintero, que murmuró:

—Si ese no es Diego Márquez, me trago el dominó entero.

Paula, que le escuchó perfectamente, sonrió, negó con la cabeza y replicó:

—¡No, hombre, no! ¡Qué va! Él es uno de mis huéspedes y se llama Diego Martiniano.

Y lo dijo tan seria que hasta el gato alzó la cabeza.

—Sí, yo no soy el famoso chef…

—De estrella Michelin —apuntó otro cliente.

—Dos. Tiene dos estrellas —puntualizó Diego, alzando la barbilla.

Paula estuvo a punto de soltar una carcajada a la vez que pensaba que ese tío tenía el ego de una catedral.

—Y un mal genio… —añadió otra clienta.

—Carácter. Tiene carácter, más bien —precisó Vicenta, mirándole con rendida admiración.

—Gracias, señora Vicenta —habló Diego, llevándose la mano al pecho.

—No hay de qué. Me gusta ese cocinero. Me gustan los tipos duros. Como John Wayne y como mi Bonifacio… Por fuera parecen recios como olmos, pero por dentro son como el flan del Chino Mandarín.

—No soy de flan de sobre… —repuso Diego, poniendo cara de asco—. Soy más de flan casero.

—Ya. Nada de sobres. Todo natural —zanjó Vicenta, al tiempo que todos pensaban en el episodio de las natillas con sabor a rayos.

Bonifacio contrarió el gesto, estrujó la gamuza que tenía en las manos y masculló:

—Mariano, dice que se llama…

—Martiniano —le corrigió Paula—. Se dedica a… —Paula se quedó callada unos instantes y soltó la primera estupidez que le vino a la cabeza—: Es comercial… de boniatos.

—Me fascinan —replicó él.

Paula lo miró de reojo, aguantando la risa, y Bonifacio, que se negaba a usar el audífono porque le parecía muy incómodo, replicó:

—¿Bonitos o boniatos?

Vicenta, que en cuanto había escuchado la palabra boniato se había ido a la despensa, regresó con una cesta de mimbre:

—Boniatos. Justo tengo unos de la huerta. Riquísimos.

Diego sonrió con un punto de ironía y comentó mirando los boniatos como si estuviera diseñando un plato digno de un chef de dos estrellas Michelin.

—Perfecto. No hay nada como un boniato para empezar el día.

—¿Ha dicho que está empezando el día? —repitió Bonifacio, convencido de que había escuchado mal.

—Es que se ha levantado tarde. Está de vacaciones —explicó Paula.

—¡Ponle un café con porras! ¡Invita la casa! —ordenó Vicenta a su marido a gritos.

—Pero a ver cómo me las pone. Solo si no están grasientas —saltó Diego, sin pensar, a gritos también, y con el tono de jurado televisivo.

Todos se rieron.

Él se mordió la lengua, pero ya era tarde. La voz, el gesto, la forma de mirar las porras… no dejaba lugar a dudas. Todos lo sabían. Hasta el gato Natillas lo miró muy fijamente como diciendo: «te he calado…». Porque en el bar se veía su programa de cocina a diario y conocía su voz como si fuera la de alguien de su familia.

Aun así, todos fingieron no reconocerlo.

—¡Relájese Martiniano! Usted como si estuviera en su casa —vociferó Bonifacio poniéndole el café y las porras.

Diego se lanzó por ellas y todos se quedaron mirándole esperando el veredicto.

—¿Y?

—A ver… crujido bueno… aroma bien… —Luego dio otro mordisco, tragó y dijo—: Textura correcta, fritura homogénea, azúcar bien repartido… aceite limpio, buena miga… Sorprendente para un bar de pueblo…

Dos parroquianos rompieron a aplaudir.

—¡Venga, dígalo, rey! —canturreó Vicenta, pletórica—. Está de pase directo a la final…

Y tras decir esto, se llevó la mano a la boca y la cerró de golpe.

Sin embargo, Diego, convencido de que se estaban tragando que era un hombre gris de vacaciones, añadió:

—Bueno, es solo mi humilde opinión. Yo de lo que sé es de boniatos.

—¡Claro, claro! —exclamaron todos.

Y mientras Martiniano seguía engullendo porras, Bonifacio le entregó el fuelle a Paula y Vicenta salió de la despensa con otra cesta:

—¡Mire qué hermosura! —le dijo a Diego mostrándole la cesta—. ¡Recién cogidos de esta mañana! ¿Qué le parecen? Usted, como experto en boniatos seguro que sabe valorar estos níscalos.

A Diego se le abrieron los ojos como faros de coche y, salivando de solo pensar en el platazo que podía hacer con ellos, replicó:

—Con eso haría un guisadillo de carne con níscalos que te mueres… Yo no… —rectificó rápido—. O sea… Mi abuela… Mi abuela es la que lo hace. Yo soy un cero a la izquierda en la cocina.

—Claro, claro —asintieron todos.

—Miau —maulló el gato, disimulando también.

Paula se agachó para hacerle un cariñito al gato y musitó:

—¡Ay, mi Natillas! ¡Qué bonito es!

Y Diego, en cuanto escuchó el nombre del gato, se revolvió entero y gruñó:

—No me jodas que el gato se llama… Natillas.

—Pero a secas. Ni de vainilla… ni de turrón —puntualizó el carpintero, como el que no quiere la cosa.

Luego, intervino Vicenta para aconsejarle…

—Vaya donde Niceto, que tiene una carne estupenda para el guiso. La carnicería está aquí a la vuelta. Después, llame a su abuela para que le dé la receta por teléfono… Y se hace el guisito tan ricamente…

Diego asintió sin parar de comer porras y luego, tras tragar, le dijo a Vicenta:

—Es una idea estupenda. No tengo ni idea de cocina, repito. Pero mi abuela es muy buena dando órdenes. Mi abuelo Martiniano la llama… la Coronela.

—¿Tu abuelo entonces se llama Martiniano Martiniano? —inquirió Paula, risueña.

—Ajá. Martiniano al cuadrado. Un nombre precioso —respondió Diego, defendiendo esa mentira ridícula con toda la dignidad del mundo.

—Precioso —repitió ella, mordiéndose la mejilla para no reírse.

Vicenta, haciendo el mismo esfuerzo que todos para no troncharse, metió los boniatos y los níscalos en dos bolsas y se las entregó a Paula. A Diego le pasó el perchero y los empujó hacia la puerta antes de que alguno explotara de risa.

A Niceto, el carnicero, por poco no le dio algo en cuanto le vio entrar con el perchero a cuestas. Pero Paula se apresuró a decirle que era su huésped, Martiniano, un comercial de boniatos que iba a hacer un guiso de carne con níscalos con la receta de su abuela.

Ni Niceto ni las tres señoras que estaban en la carnicería se lo creyeron, pero fingieron que sí.

Y luego, con la excusa de que le encantaba retratar a sus clientes, se hicieron todos una selfi de grupo que, a los tres minutos, circulaba por los grupos de WhatsApp de medio pueblo.

Alguien le puso marcos navideños. Otro, un gif de purpurina. En fin, que se fue de madre enseguida, pero con la frase debajo que decía: « Se llama Martiniano. Todo el mundo chitón».

Y ya de vuelta a la casa rural, el fuego seguía sin encender.

Paula bufó, añadió un tronco y se arrodilló frente a la chimenea.

—Lenta, dice Luis… No hay Dios que la prenda.

Diego, que venía de dejar las cosas en la cocina, se colocó a su lado y le pidió:

—Aparta, por favor.

—¿Qué haces?

—Encender el fuego.

—¿Y tú qué sabes de fuegos?

—Sé encender el fuego —dijo él, mirándola, con esa voz grave tan *sexy* que provocó que a ella se le acelerara el pulso.

Paula pensó que el muy cabrón iba a tener razón.

Se echó a un lado. Y él, en un par de movimientos, lo hizo. Las llamas prendieron y ella se quedó mirando el fuego, como hechizada.

—¿Sé o no sé de fuegos? —preguntó, satisfecho.

—Mogollón.

—De paso, vamos a aprovecharlo para hacer una cosita…

Fue a la cocina, regresó con un par de boniatos, los puso sobre la parrilla y, con un gesto profesional, lo fue girando.

—Jo, eso tiene que estar… —comentó Paula, relamiéndose.

—Ya que tenemos el fuego, que sirva para algo más que calentar.

Ella se cruzó de brazos.

—¡Boniatos a la brasa!

—Mi especialidad como comercial…

Los dos se rieron y luego ella dijo…

—He dicho que eras comercial porque…

—He venido a desconectar —le interrumpió él—. Da igual lo que sea…

—Con el fuego eres bueno…

—Soy bueno con lo que hago.

—Y modesto —añadió ella, muerta de risa.

Cuando el boniato empezó a dorarse, Diego lo partió y le ofreció un trozo.

—Prueba.

Ella lo hizo. Cogió el trozo. Y al hacerlo, sus dedos se rozaron. Fue un instante lo suficientemente largo como para que los dos sintieran

una especie de soplido en la nuca, que les bajó por la espalda.

Luego, ella probó el boniato. Y cerró los ojos porque aquello no podía estar más bueno. Dulce, tibio y absolutamente perfecto.

Cuando los abrió, se encontraron.

Se miraron. Por un momento, la casa se quedó casi en silencio, no se escuchaba más que el crepitar del fuego.

Y con el olor a madera y la sensación de que la primera chispa estaba encendida… y no solo en la chimenea, Paula abrió la boca para decir algo, pero no salió nada. Tampoco hacía falta…

Capítulo 6

El fuego por fin estaba prendido y Paula se dejó caer en el sofá con el jersey oliendo a humo y una sonrisa victoriosa.

Diego seguía frente a la chimenea, en cuclillas, girando el boniato que había puesto a asar con gesto concentrado.

—¡Esto va de maravilla!

—Ya me contarás el truco —dijo Paula.

—Muy sencillo. Solo hay que respirar al ritmo del fuego —explicó él, con tono de quien enseña.

—¡Eres un maestro zen del fuego… además de comercial de boniatos! —exclamó Paula, riéndose.

—De verdad que no tiene mucho misterio. Pásame otro boniato.

Paula se agachó a por uno, pero se le escurrió y cayó en la cesta. Lo cogió al fin y replicó, tirándoselo como si fuera una pelota:

—Misterio no sé. Pero exige una forma física que lo flipas. Todavía me tiemblan las piernas de las sentadillas profundas que he tenido que hacer.

—¿Te tiemblan las piernas o a las manos?

—¡Qué graciosillo! —ironizó Paula.

—Las manos torpes son un arte en sí mismo.

Paula le lanzó una mirada por encima del sofá y murmuró:

—Mira que eres…

—Encantador —completó él, mientras colocaba bien sobre la parrilla el boniato.

—Iba a decir insoportable.

—Y tú muy fácil de provocar.

Ambos sonrieron, sin querer admitir que disfrutaban de aquel tira y afloja absurdo.

Luego, Paula fue a decir algo, pero el timbre de la puerta de entrada la interrumpió.

Se levantó, miró por la ventana y comentó al tiempo que se alisaba el jersey:

—Ya vienen los huéspedes. Todos dijeron que estarían de vuelta a las dos y media…

Diego se puso de pie también y preguntó desconcertado:

—¿Qué hago?

—¿A qué te refieres? ¿A los boniatos?

—Me refiero a qué hago yo. ¿Me escondo?

—Por mí, como si te metes en la chimenea —bromeó ella.

—No, gracias. Lo que pasa es que no me apetece que me confundan otra vez con el cocinero ese. Lo detesto.

—Y yo —asintió Paula, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Detestas que me confundan? ¡Qué empática! —exclamó él, agradecido.

Sin embargo, a Paula le faltó tiempo para matizar:

—Detesto al cocinero.

—¿No decías que no sabías quién es?

—Cuando estabas en la carnicería hablando con unos y con otros, me han mandado unos videos de ese tipo.

—¿Y? —inquirió Diego, expectante.

—Se parece a ti. Es un cretino.

Diego la miró desconcertado y, cuando estaba a punto de abrir el pico, Paula se dirigió a la puerta.

Abrió, entró una ráfaga de aire frío y, con ella, Yoyo, una influencer de viajes, de cincuenta años, que venía con un gorro de pompón, unas gafas de sol gigantes a modo de diadema, una bufanda-manta, el móvil en una mano y un pan debajo del brazo.

—¡Tenías razón, Paula! ¡El pueblo no puede ser más cuqui! He hecho unas fotos preciosas del mercado y mira lo que he pillado: ¡el pan candeal tamaño pandero XXL! —dijo mostrándoselo—. ¿Y eso que hay en el fuego? ¿Qué es?

—Boniato asado —respondió Diego, que se inclinó para coger uno con las pinzas, lo colocó sobre un platillo y se lo ofreció.

Yoyo se fijó en el tío que estaba junto a la chimenea y que se parecía tanto al cocinero de la tele que, mientras se acercaba a él, murmuró nerviosa…

—Bonito…

—Bonito no, boniato. A no ser que el que le parezca bonito sea yo… —comentó Diego, mordaz.

Yoyo se quedó boquiabierta y preguntó a la vez que cogía el plato:

—¿Usted es…?

—Diego Martiniano —contestó él antes de que terminara la frase —. Comercial de boniatos. Pruebe. Le he dado un giro profesional y muy aromático.

—¿Trabaja los domingos también vendiendo boniatos? —replicó ella, desconcertada.

—Tutéame, por favor. No, no estoy aquí en calidad de comercial, sino de huésped. Voy a pasar aquí las Navidades…

—¡Como yo! —exclamó Yoyo—. Soy…

—Sé quién eres. YoyoViajera. Seguía tu cuenta hasta que… — Diego dejó la frase en el aire con cuidado.

Yoyo tragó saliva. No porque le molestara, sino porque cada vez que tenía esa conversación se emocionaba:

—Hasta que desaparecí —acabó ella la frase con una sonrisa triste —. Tenía mi cuenta de viajes. Viajaba. Grababa. Probaba cosas raras. Me perdía por el mundo… y lo mejor de todo era que siempre llamaba a mi madre para contárselo. Ella era el éxito de mi cuenta. Salía en mis videos, en mis reels… La gente la adoraba, la querían más que a mí —reconoció con una sonrisa emocionada—. Pero el año pasado falleció. Justo antes de la Navidad. Y mi cuenta de YoyoViajera dejó de tener sentido sin ella. Dejé de viajar. Dejé de grabar. Dejé de todo. No me salía coger un avión —contó tocándose el gorro, como si necesitara sujetarse—. ¿Para qué quería viajar a Vietnam si no estaba mi madre para escuchar que me acababa de comer un saltamontes en su salsa? Y aquí estoy. En una casa rural intentando volver a respirar profundo.

Diego la escuchó sin interrumpir, con una atención que a Paula le sorprendió muchísimo.

No parecía un cabronazo.

Parecía alguien con corazón. Y más cuando añadió, bajando la voz:

—Lamento lo de tu madre. Yo también la adoraba a través de tus reels. Y en parte te entiendo… porque yo también estoy aquí… no sé… digamos que intentando coger aire otra vez.

Yoyo soltó el aire, miró al cocinero al que había visto escupir las natillas en un video que le había mandado una amiga y añadió:

—Digamos que en versión reparación…

—Exactamente… —asintió Diego.

Entonces aparecieron Sergio, un profesor de matemáticas de cuarenta y dos años, moreno, atractivo y con gafas redondas de montura dorada y su hija Luna, una niña de nueve años, rubia, de coleta rebelde y sonrisa traviesa.

Luna en cuanto entró se percató de la presencia del cocinero y salió disparada hacia él con la mochila botándole a la espalda y saludándole pletórica con la mano:

—¡Holaaaaaaaaa! ¡Dios, Dios, Dios! ¡Eres mi héroe! ¡Yo tampoco me habría comido unas natillas que sabían a rayos y cartón mojado! ¿Me puedo hacer una foto contigo?

Paula contuvo la risa. Diego negó con la cabeza y respondió exageradamente borde, porque en el fondo estaba encantado con que le hubiera reconocido:

—No.

—¿Una firmita? —suplicó la niña, juntando las manos.

—Me confundes con otro, señorita. Yo vendo boniatos… no natillas.

—Ah —dijo Luna, sin creerle—. Pues tienes la misma voz.

—Mi nombre es Diego Martiniano —se presentó tendiéndole la mano—. Y no tengo nada que ver con el cocinero de las natillas que saben a rayos…

—Y a cartón mojado. Eso también lo dijiste… —aseguró Luna, tras estrecharle la mano.

—Luna que ya te ha dicho que no es él. Soy Sergio, el padre de Luna, vamos a pasar las Navidades en la casa rural —se presentó, tendiéndole la mano.

—Yo también —anunció Diego, dándole un fuerte apretón de manos.

—¡Genial! —exclamó la niña, eufórica—. ¡Así me enseñas a hacer pizza!

—Luna… —le pidió el padre, sin saber dónde meterse.

—No pasa nada —dijo Diego, encantado con su pequeña fan.

—Yo te enseño a hacer pizzas —intervino Yoyo para que salieran del brete—. Lo aprendí en uno de mis muchos viajes a Italia.

—¿En serio? —inquirió Luna, mirándola maravillada.

—Por supuesto que sí —respondió Yoyo, chocándole con la mano.

Sergio le agradeció la invitación con una sonrisa que a Yoyo le pareció de lo más bonita.

—¿Y chocolate caliente sabes hacer? —preguntó la niña, rascándose la cabeza.

—También —asintió Yoyo.

—Es que papá me ha comprado chocolate y se lo ha bebido él.

—Solo la mitad… —reconoció Sergio, entre risas.

A Yoyo le pareció que Sergio no podía ser más mono y justo en ese momento… entraron otras dos huéspedes.

—¡Hola, hola! —saludaron María y Daniela con las mejillas rojas por el frío.

Eran dos amigas de Madrid, de treinta años, que trabajaban en el mismo hospital como enfermeras.

María era alta, delgada y de larga melena pelirroja y Daniela era robusta, de metro sesenta y de pelo castaño al uno.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal todo? —quiso saber Paula.

—Muy bien. Hemos ido hasta el mirador. Estaba el valle nevado. ¡Qué paz! —exclamó Daniela, dejando el abrigo en el perchero.

—Mi pueblo es muy bonito —dijo María, presumiendo de pueblo.

—¿Eres de aquí? —preguntó Luna, curiosa.

—Sí —respondió María, mientras Daniela le quitaba una plumita del abrigo que se le había quedado sobre el hombro—. Mis padres viven en el pueblo. Pero como está la casa llena de familiares nosotras nos hospedamos en la casa rural. ¡Se está de maravilla! Y luego aquí no funciona internet… ¡Esto es la gloria!

—Funciona en una baldosa mágica que hay en el cuarto de baño azul —les informó Luna, orgullosa de su hallazgo.

—¿Ah, sí? ¿Hay algo de conexión? —inquirió Diego, porque prefería estar desconectado del todo.

—Sí. Si necesitas escribir un wasap a los de tu trabajo en los boniatos… Ya sabes…

Las dos amigas se fijaron entonces en ese tipo que supuestamente trabajaba con boniatos que estaba junto a la chimenea. Tenía las manos en los bolsillos y la gorra calada hasta las

cejas. Lo miraron con sorpresa y disimulo. También sabían quién eran. Pero no dijeron nada.

—Es Diego Martiniano. Es un huésped de la casa que se va a quedar también hasta después de Reyes —les informó Paula.

Las chicas se presentaron… y los últimos en llegar fueron Milagros y Paco, una pareja de setenta y cinco años que iban agarrados del brazo como si llevaran juntos toda la vida.

Ambos iban en chándal y llevaban el mismo plumífero y las mismas zapatillas.

—¡Hemos ido a ver el belén del pueblo! —contó Milagros—. Tienen hasta un pastor con móvil.

—Modernidades—rezongó Paco.

—¡Hala, yo quiero verlo! —exclamó Luna, alucinada.

—¡Y yo! —dijo Yoyo, con las mismas ganas.

—Pero para mi gusto falta lo más bonito —comentó Paco—: el río de papel Albal… —Y solo entonces se percató de que en la casa había alguien a quien no había visto en el desayuno—; Arrea… pero si es…

—No. No soy ese —se apresuró a decir Diego.

—Es otro —dijo la niña, haciéndole a Diego un gesto con las cejas de complicidad—. Es Diego Marciano.

—¿Diego Marciano? —replicó Paco a punto de soltar la carcajada.

—Diego Martiniano —aclaró el cocinero presentándose—. Y pienso como usted. ¡Lo mejor de un buen belén es el río de papel aluminio!

—Encantada —dijo Milagros, que le agarró por los hombros y le plantó dos besos en las mejillas de lo más efusivos—. ¡Qué ilusión más grande!

—No es el cocinero de tele… —soltó Paco.

—Soy Diego Martiniano. Comercial de boniatos —afirmó sonriendo a la señora.

—Soy Milagros y él es Paco. Madre mía. No sabe lo que admiro yo al cocinero al que se parece…

—Se lo agradezco, aunque no sea él —farfulló Diego, agradecido.

—Mejor que no sea él, porque cualquiera cocina con él delante… —bromeó Paula.

—Ja, ja, ja. Pero, por favor, tutéeme —le pidió Diego, a la otra fan que le había salido.

—Lo mismo —dijo Milagros, retocándose el moño cardado con la mano.

—Bueno, pues ya estamos todos —habló Paula—, os recuerdo que la cocina está abierta para todos…

—¡No, para todos, no! —saltó Diego, dando un respingo.

—¿Qué dices? —repuso Paula, frunciendo el ceño.

—No hace falta que entremos todos. Con uno es suficiente. Y resulta que tenemos níscalos y carne para hacer un guiso espectacular con el que podemos comer los nueve —respondió Diego, ansioso por zamparse el guiso.

—Pero tú no sabes cocinar —le recordó Paula, con retintín.

—Pero mi abuela sí —dijo con los ojos chispeantes.

—¿Y dónde está tu abuela? —preguntó Paco, a punto de partirse de risa.

—¿La Coronela? ¡En su casa! Le hago un momento una videollamada desde la loseta del baño para que me dé la receta y me voy derecho a la cocina a hacer el guiso. ¡Solucionado!

—¡Siiiiiiiiií! ¡Qué divertido! —exclamó Luna.

La carcajada fue general. Todos lo habían reconocido y todos decidieron seguirle el juego.

—¿En el baño azul dices que está la loseta mágica? —quiso saber Diego.

—Sí, en la cuarta loseta desde la derecha —indicó la niña.

—¡Bueno es saberlo! ¡Yo no pienso pisar esa baldosa! —comentó Paco, entre risas.

Diego se fue al baño, se encerró cinco minutos y salió después con cara de que le habían dado la fórmula de la Coca-Cola.

—¡Ya lo tengo! Lo mío son los boniatos. Pero lo voy a intentar. ¿No os importa que me meta yo solo en la cocina?

—No, qué vaaaaaaaaaaa —gritaron todos al unísono, disfrutando de lo lindo del teatrillo.

Capítulo 7

Diego se movía entre los fogones con la seguridad de quien pertenece a una cocina. A la media hora, el olor llenaba la casa.

Paula asomaba de vez en cuando la cabeza desde la puerta, intentando mantener una distancia prudente y un aire de indiferencia. Como si estuviera viendo cocinar a un comercial de boniatos siguiendo como puede la receta de su abuela y no al chef genial.

Pero cada vez que él movía la cacerola con ese gesto concentrado, a Paula le entraba una cosilla por dentro.

Nada visible, pero que estaba ahí.

Y no podía dejar de mirarlo.

Era algo hipnótico.

Le pasaba igual que cuando le veía en la tele, solo que en directo era mucho mejor.

Su presencia era poderosa, tenía un magnetismo brutal y olía…

Joder, pensó, olía como su guiso.

Y en una de esas veces en que estaba ahí mirándole fascinada, Diego murmuró entre dientes:

—Oye…

—¿Sí? ¿Necesitas ayuda? —replicó ella, poniéndose rígida porque el chef imponía muchísimo.

Y también porque le había visto montar unos pollos antológicos en los concursos de cocina.

—Solo si sabes picar cebolla sin llorar —contestó Diego, mordaz.

—Sé marcharme de trabajos horribles sin llorar. Lanzo árboles…

Diego sonrió mientras removía el guiso. El vapor subía, cálido y envolvente y Paula se acercó a la encimera, con los brazos cruzados y un mechón de pelo cayéndole sobre la frente.

—En eso coincidimos —admitió él, sin mirarla directamente, pero sintiéndola cerca—. ¿Y qué pasó para que acabaras lanzando el árbol? —preguntó, clavando los ojos en la cazuela, como si así le diera espacio a explayarse.

Hubo un silencio pequeño, que rompió el borboteo del guiso. Paula soltó el aire y se abrió tras echarse el mechón detrás de la

oreja:

—Estaba harta —empezó Paula—. Harta de hacer lo mío, lo de los demás, lo que nadie quería hacer y encima sonreír. Era viernes. Yo tenía tres campañas, marrones varios y mi jefe me trajo el árbol para que lo montara. Le dije que estaba hasta arriba de trabajo y me soltó que no fuera perezosa.

—¿Perezosa? —repitió Diego, que levantó la cabeza, escandalizado.

—Sí. Esa fue la palabra. Llevaba aguantando carros y carretas, pero ese «perezosa» no imaginas cómo me tocó las narices.

—Te tocó el botón rojo —sentenció él.

—Exacto. A veces basta con una palabra para que saques lo que llevas un montón de tiempo callando. Lo miré, eché un vistazo al árbol y por primera vez hice lo que me apetecía. Lo agarré, abrí la ventana y ¡zas! Lo lancé, puse mi acreditación sobre la mesa y me fui.

Diego dejó la cuchara en el borde de la cacerola, la observó un segundo y preguntó:

—¿Y por qué haces eso? ¿Por qué cargas siempre con todo lo que no es tuyo?

Paula no contestó al instante. Decidió abrir el frigorífico y preparar unas ensaladas.

Cuando acabó, las dejó sobre la encimera y, entonces, fue cuando respondió a la pregunta de Diego…

—Antes me has preguntado que por qué cargo con todo. La respuesta es porque lo he hecho toda la vida —contestó al fin—. Soy hija única. Mis padres son de los que no paran nunca. Tienen una cerrajería y van a trabajar, aunque se estén muriendo, tiran para adelante siempre y sin mirar atrás. En mi casa ni se llora ni nadie se queja.

—Solo se resuelve —terminó él la frase por ella.

Además, la miró con una intensidad que, a Paula, se le encendieron las mejillas.

—Sí —se rio ella, con una mezcla de ternura y agotamiento—. Se resuelve. Esa es justo la palabra. Y claro, cuando eres la hija de dos

resolutivos profesionales, ¿qué haces tú? Pues resuelves. Ayudas. Empujas. Te adelantas. Sostienes… todo el rato.

—Y a todo el mundo —supuso Diego con la vista de nuevo en el guiso.

Paula asintió, sorprendida de que la hubiera leído con tanta facilidad:

—A tu jefe, a tu novio, a tu madre… y a cualquiera que pase por ahí. Incluso cuando no lo piden. Soy la que coge lo que cae. La que lo arregla. La que tira del carro, la que se preocupa siempre de todos, menos de mí.

—¿Y ahora? —preguntó él, removiendo los níscalos despacio con la cuchara de madera.

Paula lo miró, con la luz del fuego reflejándose en los ojos y respondió:

—Ahora toca aprender a ponerme en primer lugar. Para eso estoy aquí, para dejar de sostener a todo el mundo y, por una vez, sostenerme a mí.

Diego dejó la cuchara y se apoyó en la encimera, muy cerca, pero sin invadir el espacio de ella.

Paula sintió un cosquilleo ridículo en la nuca y él también, que después dijo:

—Hiciste bien en lanzar ese árbol.

Paula se mordió la comisura, notó la mano de él muy cerca de la suya y el olor tan rico del guiso y se puso algo nerviosa…

—Ya.

Diego volvió al plato, pero su voz se suavizó cuando le pidió señalando un bote de tomate artesanal:

—¿Me puedes abrir ese bote?

Paula cogió el bote y, mientras intentaba abrirlo, le contó:

—Son de tomate artesanal, elaborados aquí en el pueblo. Son buenísimos.

Intentó girar la tapa, pero aquello era imposible. No cedía y Diego la observó con una ceja levantada hasta que exclamó:

—¡Déjamelo!

—Puedo —dijo ella, automáticamente.

—Claro que puedes, pero no hace falta que siempre puedas tú sola.

Paula se quedó con el bote en la mano, inmóvil y sin saber qué hacer. Siempre reaccionaba de la misma forma: «yo me encargo». Porque si no lo hacía ella… ¿quién?

Respiró hondo, hasta que supo lo que iba a hacer. Por primera vez en mucho tiempo, dejó que alguien se encargara. Literal y metafóricamente.

Diego cogió el bote. Lo abrió sin esfuerzo y la tapa hizo clac con una facilidad pasmosa.

Paula bufó y confesó abriéndose más todavía al cocinero al que supuestamente detestaba:

—No estoy acostumbrada a esto. Desde pequeña me educaron en el: «venga, tú puedes…». Tengo una foto con apenas tres años levantando un saco de patatas.

—Habría que verte —murmuró él, mirándola como si la imaginara perfectamente.

Paula rio.

—No te imagines un saco de veinte kilos. Aunque con los años… ¡los he acabado cogiendo hasta de cincuenta! Siempre he podido con el peso de todo el mundo, porque si no… tengo la horrible sensación de que todo se va a acabar cayendo.

—Pero nunca se cae —afirmó él, convencido.

Ella lo miró alucinada con que estuviera teniendo esa conversación tan intensa con él y replicó:

—¿Tú crees?

—Creo que lo importante es otra cosa.

—¿Y qué es, según tú, lo importante?

Diego vertió lentamente el bote de tomate al tiempo que decía:

—¿Quién te sostiene a ti, Paula?

Ella se quedó en silencio mientras pensaba que ese tío la había calado de verdad.

Lo que todos sus ex no habían pillado en la vida, él lo había captado al vuelo… ¡y a la vez que hacía unos níscalos!

Fantástico, pensó.

Porque sí, ese era su principal temor. Ella estaba para todos, pero ¿realmente había alguien para ella?

El olor del guiso llenó la cocina, el fuego crepitó y el vapor subió tibio.

Paula respiró hondo y respondió con total sinceridad:

—Intento hacerlo todo yo, así nadie me falla.

Diego cogió un poco del guiso con una cuchara y le dijo tendiéndosela:

—Pero así tampoco dejas que nadie te cuide. Prueba.

—¿Esto se consideraría dejarse cuidar? —preguntó ella, risueña, cogiendo la cuchara.

—Es un comienzo.

Paula probó la salsa y se le cerraron los ojos de lo bueno que estaba.

—¡Ostras!

—¿Está bueno? —quiso saber Diego, con una seguridad con la que escondía lo tenso que estaba por dentro.

—¿Bueno? ¡Está que te cagas! ¿Seguro que no cocinas? —bromeó ella.

—No me pidas que te lo jure por mis boniatos —ironizó él.

—Entonces el mérito es de la Coronela, que es buenísima dictando recetas.

Diego sonrió, satisfecho. Y después, mientras ella aún saboreaba la salsa, él sintió algo raro.

Una especie de punzada.

Pequeña, sutil, pero que la sintió a la perfección.

Y para nada estaba tenso porque tuviera miedo a ser descubierto. Era porque esa chica no se parecía a nadie.

Tenía algo.

Algo que no le pasaba con ninguna desde hacía mucho.

Algo que le tocaba justo en el sitio donde él llevaba años sin dejar que nadie tocara.

Paula no tenía ni idea, pero él la miró durante unos segundos: tenía las mejillas sonrosadas por el calor del guiso, el pelo un poco revuelto y esa forma suya de morderse la comisura y pensó que esa chica era otra cosa.

Especial, sin intentar serlo. Y quizá por eso mismo lo era.

Paula apartó la mirada y la dirigió al guiso, como si necesitara desesperadamente su atención.

Pero lo cierto fue que no pudo soportar durante un segundo más la forma en que Diego la estaba mirando.

Era demasiado intensa. Demasiado honesta. Demasiado… peligrosa.

Porque por un pequeño instante, Paula sintió algo que no había experimentado nunca: que tal vez alguien podía sostener un poco del peso.

Aunque solo fuera abriendo un bote.

O cargando con un perchero.

O quedándose ahí, escuchándola nada más.

Sin interrumpir, con atención plena.

Sin pedirle nada. Sin exigirle nada. Solo estando.

Y aunque solo fuera ese rato…

Diego apagó el fuego en ese mismo momento, pues el guiso había llegado al punto perfecto.

—Listo —dijo, sin mirarla todavía.

Ella respiró hondo.

—¿Ya?

Él asintió, pero no fue el gesto lo que la descolocó.

Fue su voz.

La forma en que bajó el tono, como si lo que acababa de decir no tuviera nada que ver con el guiso.

Diego la miró y esbozó una sonrisa ladeada que Paula pensó que era de esas matadoras, de las que te ponen el mundo del revés.

—Vamos a llevarlo a la mesa antes de que se enfríe —habló Diego, aclarándose la garganta como si él también se hubiera quedado un poco tocado con la sonrisa de ella.

Paula cogió las ensaladas y, mientras salían de la cocina, tuvo una certeza tan absurda como inesperada: el guiso no era lo único que quemaba…

Capítulo 8

Era extraño y bonito a la vez, pensó Paula. Pero la mesa larga, los platos humeantes, las copas tinteneando y las luces del árbol, que había puesto su tía, crearon una atmósfera casi familiar.

—¡Bendigamos la mesa! —propuso Milagros—. Si no tenéis inconveniente…

Ninguno lo tuvo. Luego, Luna pidió alzando el vaso de agua y a grito pelado:

—¡Y ahora brindemos por las Navidades más bonitas del mundo!

Diego pensó que esa mañana, cuando había despertado en la casa rural, estaba convencido de que iban a ser las Navidades más tristes de su vida, pero mientras brindaba con toda esa gente que eran casi desconocidos y después de que Paula le mirara con una sonrisa gigante, empezó a pensar que quizá aún había esperanza para él.

Después, todos se sirvieron y comenzó el desfile de «mmmm» y «madre mía, qué bueno está esto» alrededor de la mesa.

—El pan, brutal —dijo Daniela, cortando un trocito y llevándolo directamente a la boca de su amiga.

—¡Es un sueño de pan! —exclamó María, que rozó casi sin querer la mano de Daniela.

—La ensalada está buenísima —opinó Sergio, sin parar de comer.

—La he hecho Paula y estás en lo cierto. Está muy equilibrada —comentó Diego con ese tonito de experto cabronazo que se le escapaba sin querer—. El corte de la cebolla es fino, el tomate está en su punto y el aliño… correcto, ligero, sin matar el sabor.

Todos le miraron con los ojos como platos, esperando un remate en plan de juez de MasterChef y Luna soltó, porque ya no aguantaba más:

—¿Y?

Diego fingió modestia de comercial de boniatos y respondió tras probar otro poco de ensalada:

—Pues eso. Está buena. Mucho.

Paula se lo agradeció con una sonrisa y fue la primera en probar el guiso. Se quedó quieta, con la cuchara en el aire, como extasiada, y

exclamó:

—Ay, ay, ay.

—¿Qué? —preguntó Diego, con una seguridad que apenas ocultaba su ansiedad.

—Está… —Ella cerró los ojos.

—¡Joder! ¿Cómo? —inquirió Diego, sin poder disimular su impaciencia.

—¡Está para casarse con él! —canturreó Paula, tras probar otro poco más.

—¿Con el guiso o conmigo? —saltó Diego, que no pudo evitarlo.

—Con el guiso, por supuesto —bromeó Paula—. ¡Qué delicioso, Dios mío!

Las carcajadas llenaron la mesa, incluso Diego se tronchó de risa. Y enseguida los demás hincaron la cuchara y empezaron las alabanzas:

—La carne está tiernísima. Perfecta para mí que tengo seis dientes… —comentó Paco, con su sonrisa mellada.

—Está con los implantes —les contó Milagros.

—Me los está poniendo un dentista cojonudo de Albacete —habló Paco, a la vez que se servía un poco más de agua.

—¿Sois de Albacete? —preguntó Paula, por tenerlos ubicados en el mapa.

—Vivo en Gijón —respondió Milagros, mojando el pan en la salsa del guiso.

—¿Y vais al dentista a Albacete? —inquirió Diego, extrañado.

—Él sí. Yo lo tengo en Gijón —contestó Milagros sin darle la más mínima importancia—. Y que sepas que estos son los mejores níscalos que me he zampado en la vida, Diego Ma… Martiniano…

Luna, con la boca pringada de salsa, alzó la cuchara y sentenció solemnemente:

—¡Esto solo puede cocinarlo un superchef!

—Pero como no lo soy —se defendió Diego, con un gesto exagerado.

—Claro, claro. Y te creo… más o menos —replicó Luna, moviendo una mano de un lado para otro.

Paula se atragantó de la risa. Sergio miró a su hija rogándole que no siguiera por ahí y además añadió:

—Diego es un…

—Ya —interrumpió Luna—. Bueno, pues como no es cocinero, será que esto está tan rico… de casualidad.

—He tenido buena materia prima, y luego todo el mérito es de mi abuela —explicó Diego, tratando de sonar lo más humilde posible.

—¡Las abuelas son muy listas! —asintió Luna—. La mía dice que una buena comida une a la gente.

—Así es. Cuando algo está así de rico, la gente se hace compañía —dijo Milagros.

Luna miró a su padre, luego a Yoyo y le preguntó como si aquello tuviera mucha lógica:

—Yoyo…

—¿Sí, cielo? —replicó ella, sonriente.

—¿Tú tienes novio, Yoyo?

La influencer casi se clavó el tenedor en la mano:

—¿Qué? ¿Yo? ¿Novio? —balbuceó—. ¡No! ¿Por qué iba a tener yo un novio?

Luna señaló a Yoyo, luego a su padre, luego a Yoyo otra vez, como si trazara un dibujo invisible en el aire. Después encogió los hombros:

—Por si acaso. Es que este guiso huele a Navidad. Y en Navidad pasan cosas.

La mesa entera soltó una carcajada. Sergio se hundió en la silla. Yoyo se puso a juego con los tomates de la ensalada y Milagros habló cantarina, batiendo las manos:

—Es verdad. En Navidad siempre pasan cosas…

—A mí padre le viene bien que le pasen cositas… —soltó Luna tras beber agua—. Como que, por ejemplo, estemos aquí, hablando con gente de cosas que no sean las matemáticas.

—Luna, yo no solo hablo de matemáticas… —masculló Sergio, muerto de la vergüenza y ajustándose las gafas con el dedo índice.

—No pasa nada. ¡Yo te quiero igual! —exclamó Luna, haciendo un corazón con las manos.

—¡Qué monos el papá y la nena! —comentó Milagros, emocionada. Y luego bajó la voz, como si no quisiera molestar con la pregunta—: ¿Y la mamá?

—No está aquí —respondió Luna, limpiándose la boca con la servilleta.

—¿Está en el cielo? —preguntó Milagros con penita.

—Solo cuando vuela en avión —respondió Luna, divertida.

—Soy divorciado —intervino Sergio, para aclarar su estado civil.

Pero su hija no estaba por la labor de dar por zanjado el tema:

—Mi madre está en Helsinki con su marido nuevo y el bebé que han tenido. Es muy rico. Pero yo prefiero quedarme con papá. No quiero que se pase la Navidad mirando los imanes del frigorífico con cara triste.

La mesa se quedó en silencio unos segundos. Luego, Yoyo apoyó una mano en la espalda de Sergio, que estaba pidiendo a gritos que le dieran de una vez el superpoder de hacerse invisible.

—Yo también miro mucho mis imanes del frigo —reconoció Yoyo —. Tengo un montón de todas partes del mundo. A veces me da un bajonazo y quiero tirarlos, pero no me atrevo.

Sergio la miró un instante y sonrió. Paula captó esa mirada. Ahí había química, pensó. De la buena, de la evidente, de la que te hace sonreír sin saber por qué.

—Tienes que sacar esos imanes para dejar sitio a los nuevos —le recomendó Daniela, limpiando a María un churrete de salsa en la barbilla.

—Sí —asintió Milagros—. Con el amor pasa igual. Hay que dejar atrás a *los perlas* y…

—No tengo que sacar a nadie de mi corazón —explicó Yoyo, llevándose la mano al pecho—. Llevo cinco años sin pareja y estoy muy a gusto así. Prefiero estar sola que compartiendo la vida con cualquier idiota. A mí edad es complicado encontrar pareja. Los buenos están todos cogidos, los que están solteros es porque tienen algo, o son rarísimos o no se despegan de la madre ni para hacer… popó, los divorciados o viven obsesionados por dar por saco a la ex o siguen colgados de ella.

—Mi padre no es así. Y mi abuela hace popó sola. ¡Menuda es ella! —exclamó Luna al tiempo que todos estallaban en risas.

—Tu padre es más joven que yo —le recordó Yoyo.

—No tanto… Tiene cuarenta y dos y siete meses. Ya no es tan joven. Y no es nada idiota. Es un cerebrito —afirmó Luna, mirando orgullosa a su padre.

—Porque tu padre es la excepción que confirma la regla —concluyó Yoyo después de comerse un trozo de carne.

—¿Y vosotros? ¿Qué tal con el amor? —preguntó Milagros al resto.

Paco resopló, apoyando los codos en la mesa.

—Milagros es una enamorada del amor —dijo él, con una mezcla de cariño y resignación—. Como tengáis pareja, a poco que os descuidéis os monta la boda en Navidad.

—¡Yo no tengo nada de nada! —exclamó Paula, cerrada en banda.

—Yo tuve un novio muchos años, un chico de aquí del pueblo, pero ya no… —contó María.

—¿Qué pasó? —preguntó Milagros, con una curiosidad tremenda.

—Lo dejé una semana antes de la boda. No sentía lo que tenía que sentir por él. Fue duro, pero no podía ir en contra de mi corazón. Pasó hace dos años. Y ahora… estamos muy liadas —se apresuró a decir María.

—¿Cómo que liadas? —inquirió Milagros, mirando a las amigas con el ceño fruncido.

—Con el trabajo —aseguró María, ladeando la cabeza a la izquierda—. El trabajo en un hospital es muy exigente. Mucho estrés, muchas guardias…

—Pero tanto trajín da muchas ganas de desfogarse… —susurró Milagros, muy bajito, para que la niña no la escuchara.

—No —dijeron ambas, mordisqueándose el labio inferior.

—¿Estáis seguras? —insistió Milagros, escaneándolas con la mirada.

—¡Ni caso! —les pidió Paco, chasqueando la lengua—. Milagros ve romances por todas partes. Ve a dos personas hablando y ya se está imaginando el nieto.

Milagros le dio un golpecito cariñoso en el brazo a Paco para que parara:

—Paco, ¡no exageres!

—¿Exagerar yo? ¡Si le pasaste la página de alianzas a una pareja del bus que acababa de conocerse!

—Había *feeling* —sentenció rotunda—. ¡No estaban juntos, pero te digo yo que esos dos lo van a estar!

—Si fuera por ti, emparejabas a todos antes de que terminemos el guiso —replicó Paco, trinchando uno de los últimos níscalos que le quedaban en el plato.

—¡No estaría nada mal! —afirmó Milagros, agitando los dedos al aire, como si estuviera esperando que le cayera purpurina del cielo —. ¡Y la Navidad es taaaaaaaaaaan romántica! ¿Verdad, chicas? —preguntó buscando compinches.

Sin embargo, Paula fue la primera en descolgarse:

—Yo ya no estoy para mariposas —comentó ella, resignada.

—Pues a mi edad, ni te cuento —confesó Paco, divertido—. Con que me calienten los pies y no ronquen mucho, me sobra.

—¡Y que no me entere yo que vas buscando mariposas! —le advirtió Milagros, risueña.

—¿Para qué voy a buscarlas, si tengo algo más bonito que es el amor!

Milagros le agarró por la barbilla, le dio un beso en la frente y musitó:

—Mi Paco. Tú sí que eres bonito.

—¿Y lleváis mucho tiempo juntos? ¿Tenéis muchos nietos? —quiso saber María, con curiosidad.

—Llevamos un tiempín. Y sí, tenemos familia. Están por ahí, ocupadísimos —respondió Milagros.

—Y sin meterse en lo nuestro, que es lo mejor que pueden hacer —refunfuñó Paco.

—¡Paco! —protestó Milagros, dándole un toque.

—Que nos dejen tranquilos —refunfuñó él—. Ellos con sus cosas y nosotros con las nuestras.

—Bueno, pues ya solo falta que se pronuncie el chef —habló Milagros—. O sea… Martiniano Diego.

—Es al revés. Diego Martiniano. Y ¿sobre qué me tengo que pronunciar? —preguntó Diego, haciéndose el tonto.

—¿Cómo te va en el amor? ¿Estás enamorado? —inquirió, Milagros con la mirada chisporroteante.

—¡Por favor, Milagros! ¡No me ofendas! —farfulló Diego, agitando la copa al aire.

—A ver, solo era una preguntita —murmuró Milagros, levantando las manos.

—Y yo te respondo. Hace mucho que dejé de fiarme de los enamoramientos. Es pura química, un truco del cuerpo para reproducirse y que solo te lleva a pifiarla —aclaró Diego con total frialdad.

—Coincido —apuntó Paula—. Cuando siento mariposas, me pongo en guardia. Porque sé que es mi cuerpo advirtiéndome de que el sistema inmune del chico por el que me siento atraída es distinto al mío y que puede haber compatibilidad genética.

—¡Ay, por favor! ¡Qué turra científica! —protestó Milagros.

—Es la pura realidad —precisó Paula—. La gente se enamora de personas con MHC distinto al suyo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Milagros, perpleja.

—El complejo mayor de histocompatibilidad. La diversidad genética garantiza una descendencia más fuerte —respondió Sergio, muy serio.

—¿Veis? ¡Mi padre es un cerebrín total! —exclamó la niña, divertida.

—Me estáis mareando con tanta ciencia… —habló Milagros, abanicándose con la servilleta—. Es todo mucho más sencillo. Te enamoras y…

—Te enamoras, se desactiva la corteza prefrontal y pierdes objetividad —le interrumpió Diego, sin disimular que respiraba por la herida—. Te quedas medio atontado, hasta que tres años después se te pasa el cuelgue y ves la verdad: que estás con una tía siesa a la que además le huelen los pies.

—A las princesas no les huelen los pies —le recordó Luna, tronchada.

—Es que cuando te enamoras —explicó Diego—, te convences de que estás con una princesa. Es después, cuando se pasa el flechazo, cuando descubres quién es de verdad.

—¿Una bruja a la que le canta el pozo? —saltó Luna, entre risas.

—Algo parecido —asintió Diego.

La mesa se rio. Y entonces Diego miró a Paula con complicidad y afirmó:

—Me alegro de que seamos dos escépticos.

—Dos que ya se vacunaron —zanjó Paula.

Sin embargo, Milagros, que no dejaba de mirarlos, dijo con los ojos brillantes:

—¿Y yo que escucho desde aquí cómo el corazón os late más deprisa de lo razonable?

—Ni caso —bufó Paco.

—Sería un milagro —musitó Paula.

—A veces los milagros comienzan con un guiso de níscalos y carne —canturreó Milagros.

—Desde luego que es un milagro que yo haya podido hacer el guiso —ironizó Diego.

Paula escondió una sonrisa en la copa.

El silencio que siguió fue breve, lleno de sonrisas pequeñas y miradas largas, de gente que fingía no saber quién era Diego y que, aún fingiendo, intuían muy bien que justo ahí estaba empezando algo…

Capítulo 9

Dos días más tarde… exactamente un día antes de la Nochebuena, la casa rural respiraba paz después de la cena.

Fuera olía a humo de chimenea y a pino, dentro, a algo muy parecido a hogar, aunque apenas se conocían desde hacía pocos días.

El fuego de la chimenea chisporroteaba y en el comedor aún quedaban tazas vacías, un par de copas de vino y las risas que habían flotado durante la cena.

Paula y Diego estaban acabando de recoger la mesa cuando, desde el pasillo, la voz de Paco retumbó como un trueno:

—¡Que sí, hijo, que estoy bien! —bramaba mientras hacía una videollamada desde la loseta mágica del cuarto de baño azul—. ¡Estoy de maravilla con los amigos estos! ¿La Nochebuena? ¡Con ellos! ¡Aquí, en la casa rural, me lo paso cojonudamente! ¡Yo también te voy a echar mucho de menos! ¿Aburrido aquí? ¡Qué va! Si cantaremos villancicos, iremos a misa del gallo y luego a jugar al bingo. No te preocupes por mí. Paquito… ¡no insistas! ¿Quieres que me coja un tren mañana a primera hora, que no deben quedar ni billetes, y me plante en Albacete a cenar con la familia? ¡Que no hace falta! ¿Cómo que vas a venir tú aquí? Que no, Paquito, ¡que no! ¡Si la casa rural está llena! ¡Y no, no vas a dormir conmigo, que tengo habitación individual y no cabe ni una pulga! ¡Hala! ¡Quédate tranquilo! ¡Y ya brindaré yo por ti desde aquí! Venga… deja de darme la brasa, Paquito, que eres muy brasas.

Las carcajadas del resto se escucharon desde el salón.

—Pobre Paco, me da que van a mandarle a los GEO para sacarlo de aquí —comentó Diego, entre risas.

Poco después, desde el otro baño, se escuchó a Milagros hablar a gritos, porque la cobertura del teléfono iba a pedales:

—Sí, Claudia, sí, la abuelita está muy bien. Dile a tu mamá que no hace falta que os vengáis mañana desde Gijón. Estoy aquí muy bien, en la casita rural de chocolate, con mis amigas… ¿Cómo? ¿Qué? ¡Se escucha fatal! Ah, eres tú. Mila, hija… Que no… Que ya se lo he dicho a la niña… ¡Disfrutad mucho que yo estoy de lujo! Ya, ya… ya

sé que son fechas de estar en familia… Pero a mí me gusta más estar a mi aire. Y luego el veinticinco marcháis a la nieve una semana. ¿Qué pinto yo allí? Estoy mejor aquí con mis amigas. Cuelgo… cuelgo, que no escucho nada…

Paula y Diego se miraron y, ya en la cocina, comentaron en voz muy baja:

—Estos son amantes —supuso él.

—Ja, ja, ja, ja.

—Ya me extrañaba a mí que, viviendo en Gijón, se estuviera poniendo la piñata en Albacete. Cada uno vive en un sitio… con su familia —dedujo Diego.

—Creo que son viudos… o divorciados.

—Paco ha mentido descaradamente. Dice que no le cabe una pulga en la habitación y está durmiendo con Milagros.

—Calla, baja la voz, que te van a oír —susurró Paula, entre risas.

—¿Por qué le ha mentido a Paquito? Y la otra le ha dicho a su familia que está con amigas…

—Debe ser una pareja clandestina —concluyó Paula—. Pero no amantes. Creo que sus familias no saben que están juntos. Es bonito que estén aquí, se ve que se quieren mucho. Y ella es tan romántica… Pero también es triste que tengan que vivir su historia a escondidas.

—¿Triste? —replicó Diego, alucinado—. Están de fábula lejos de la familia. Imagina si se descubriera el pastel… Ahí todos opinando: «¿Mamá qué haces con un señor con seis dientes?». «Se está poniendo los implantes… en Albacete». «¿En Albacete? ¿Qué haces con uno de Albacete con la de señores con dentaduras implantadas que hay en Gijón?». «Aunque mejor estás sola… No vaya a ser que te dé por casarte y el piso bueno de Gijón se lo queden esos de Albacete…» —farfulló Diego, tronchado.

—Por favor… ¡Calla! Se van a mosquear de tantas risas…

—Estos ya están en la cama —replicó Diego, burlón— haciéndose cariñitos con los pies perfectos, gracias al callista de toda la vida.

—Martiniano, para… que me hago pis.

Después de recoger la cocina, volvieron al salón.

En la alfombra, sentadas frente al fuego, María y Daniela hablaban en voz baja.

Tenían las piernas cruzadas, las cabezas casi tocándose y, cada tanto, se rozaban las manos como si se estuvieran muriendo por entrelazarlas.

Diego fingía no mirar, pero Paula sí lo hacía porque encontraba que había algo muy tierno en la amistad de esas dos chicas.

En un rincón, Yoyo, Luna y Sergio jugaban al Dobble:

—¡Zanahoria! —gritó Luna, tirando la carta.

—¡Iglú! —chilló Yoyo.

—¡No hay iglú! ¡Tramposa! ¡Es un reloj! —dijo Sergio, poniendo la mano sobre la de Yoyo para evitar que arrojara la carta.

Pero al rozarse las pieles, ambos se miraron y saltaron tantas chispas que la niña estalló muerta de risa:

—¡Papá, a las chicas no nos gusta que nos llamen tramposas! ¡Aunque lo seamos…!

—¡Luna! —exclamó Sergio, todavía temblando por dentro al sentir el roce de la piel de Yoyo.

Era tan suave, pensó.

Y Yoyo, que estaba sintiendo lo mismo que él, se justificó entre risas:

—Es que tengo presbicia. Ya tengo unos años. Necesito mis gafas…

—No te preocupes. Papá ya llevaba gafas en su bautizo… ¡No se va a asustar de que te las pongas!

—¡Luna! ¿Qué inventas? —replicó Sergio—. Y es tardísimo… En nada nos vamos a la cama.

—¡Una partida más, por fa, por fa! —suplicó la niña.

Cinco partidas más después, se retiraron a sus habitaciones… Las chicas también se fueron y Paula y Diego se quedaron solos en el sofá frente al fuego.

—Suelo venir mucho a la casa rural de mi tía, pero esta vez la noto diferente… Más especial, más bonita, con más encanto… No sé. Supongo que porque es Navidad —dijo Paula, con una taza de té caliente entre las manos.

—Pero si lo piensas bien es triste —añadió él, mirando las brasas y con la gorra aún puesta—. Todos tenemos a alguien lejos.

Paula se acomodó en el sofá, con los pies bajo las mantas y confesó:

—Echo de menos a mi familia, pero necesitaba esto.

—¿Estar sentada frente al fuego con un tío que vende boniatos y que no para de refunfuñar?

—Eso es lo peor —bromeó Paula—. Pero también tengo tiempo para pensar, para dedicármelo a mí.

—Yo me siento como en una película de misterio.

—Ja, ja, ja.

—En serio —insistió Diego—, todo el mundo oculta algo.

—No seré yo.

—Tú y la niña sois las únicas que no escondéis nada. Pero estas dos están liadas, ¿no?

—Tienen una amistad muy bonita —opinó Paula.

—Ya, pero yo no miro a la boca de mi mejor amigo, ni le limpio las manchas de la barbilla, ni le quito pelusas de la chaqueta, ni me muerdo las comisuras porque me muero por darle un beso en todos los morros.

Paula, que en ese instante se estaba mordiendo las comisuras, aclaró a toda prisa:

—A ver, no te confundas. Me estoy mordiendo la comisura, pero no quiero comerte…

—El boniato. —Terminó la frase él, divertido.

—Pues no. Pero me parece que María fue muy valiente por lo que hizo.

—¿Dejar al novio plantado? ¡Menuda putada!

—¿Te parecería mejor que se hubiera casado sin sentir lo que hay que sentir?

—¿Y se da cuenta a una semana de la boda? —repuso él, incrédulo.

—Hay decisiones que cuesta muchísimo tomar… Con Toni, mi ex, a pesar de que tenía claro que lo nuestro no funcionaba, me costó un mundo decírselo. Además, era mi compañero de trabajo, tenía que

verlo cada día, pero no me quedó otra que romper. Era bueno, tranquilo, educado, simpático…

—Un copito de avena empapado de leche —concluyó Diego, mordaz.

—Quise convencerme de que lo que teníamos era estabilidad, pero era…

—Un mueble. Vamos… un puto aburrimiento.

—¿Me vas a contar mi propia historia? —refunfuñó Paula, tras tomarse la taza de té y dejarla sobre la mesita.

—Es que me lo veo venir, según me cuentas, aquello tuvo que ser agotador.

—Cuidando, aguantando, sosteniendo… —admitió Paula—. Fue un error. Pero es que después de tener unas cuantas relaciones fallidas, Toni me pareció lo mejor.

—O sea que lo que de verdad te gusta son los chunguitos —dedujo él.

—Ya solo el grupo musical —repuso ella, risueña—. No quiero más chungos en mi vida. Es que he elegido a cada uno…

—Dame ejemplos.

—Tíos que no quieren nada serio, que de momento no tienen trabajo ni casa, que jamás dicen te quiero, que te sueltan que la fidelidad está sobrevalorada, que cuando estás de bajón te dicen que lo sienten, pero que no tienen el cuerpo para escuchar cosas deprimentes… Y yo, en vez de salir corriendo, pensaba: «dame tiempo». Estaba convencida de que cambiarían porque mi cerebro tiene una capacidad asombrosa de inventar versiones mejoradas de los hombres.

Diego, que la escuchaba con atención, se imaginó cómo terminaba aquello y replicó:

—Y te enamorabas de esa versión hasta que el sistema colapsaba.

—Me juré que no habría más balas perdidas en mi vida —confesó Paula—. Con Toni creí que había encontrado al chico perfecto, pero no… Lo bueno es que así aprendí que el amor no me puede dar ansiedad, ni miedo, ni aburrimiento, ni necesita que vaya tapando huecos con mis fantasías. Al menos ahora sé lo que no quiero.

Diego apoyó el codo en el respaldo y le preguntó:

—¿Y quién no ha elegido mal en su vida? Estuve años con una periodista gastronómica. Inteligente y ambiciosa. La conocí al principio de mi carrera con los… boniatos. Nos admirábamos y nos apoyábamos mutuamente. Con el tiempo se convirtió en mi representante: gestionaba mis redes, las entrevistas, mi imagen… Solo hablábamos de trabajo, a todas horas. No me dejaba desconectar ni en el váter. Tenía tanta presión que acabé sintiéndome una versión manipulada de lo que otros esperaban de mí.

—Suena agobiante.

Diego resopló, se apretó el puente de la nariz y confesó:

—Mucho. Me agoté. Noelia no lo entendió y nuestra relación se enfrió tanto que decidí dejarlo todo. Ella se enfadó mucho, no me lo perdonó y se vengó poniéndome verde por ahí… Eso me dejó muy expuesto y muy tocado.

—Imagino que lo vivirías como una traición.

—Fue muy duro. Tanto que lo dejamos hace dos años y no he vuelto a estar con nadie.

Paula sabía de lo que estaba hablando porque había visto los programas donde la ex había contado que Diego era un desagradecido, un egoísta y un narcisista.

Pero se quedó callada. El fuego se consumía despacio y la luz anaranjada suavizaba los rasgos.

Tal vez por eso Paula pensó que Diego no se parecía en nada al retrato que su ex hizo de él.

Al contrario…

Hasta parecía un buen tipo. Pero a saber…

Respiró hondo y le dijo con la vista puesta en el fuego:

—Yo tampoco he estado con nadie desde que lo dejé con Toni hace un año. Y estoy feliz sola…

—Y yo. ¿Y sabes qué? Me siento muy a gusto en esta casa… tanto que me apetece preparar una cena de Nochebuena riquísima.

—¿Te apetece cocinar? —inquirió Paula, deseando que lo hiciera.

—Sí. Lo voy a intentar… —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Cuántos somos?

—Todos menos… María y Daniela. Y no lo vas a creer, pero la gente me ha comentado hace un rato que estaría bien que cocinaras alguna receta que te dicte la Coronela. Algo sencillo: nos dices lo que necesites y lo pagamos entre todos.

—Mañana, cuando acabemos con los desayunos, vamos al pueblo a ver qué pillamos. Pero solos tú y yo. No quiero más gente opinando sobre qué lombarda tiene mejor pinta.

—Vale. El chef manda. —Se le escapó a Paula.

—¿Eh? —replicó él, poniéndose en guardia.

—¿No vas a cocinar tú? ¡Pues tú mandas! —se justificó ella.

—Ah.

—Es mejor que cocines tú porque…

Paula no pudo seguir. En el salón apareció Luna, con un antifaz de Stitch puesto como diadema y un pijama de Snoopy:

—No puedo dormir —murmuró, frotándose los ojos—. El viento hace mucho ruido. ¿Me puedo quedar aquí un poquito?

Paula le hizo un gesto para que se sentara junto a ella y la arropó con la manta.

Diego la miró en silencio y sintió algo extraño en el pecho.

Esa chica, que se había pasado la vida sosteniendo a los demás, estaba haciéndolo otra vez.

Solo que, en esta ocasión, a él le entraron unas ganas absurdas de sostenerla a ella.

Y Diego no entendió absolutamente nada…

Capítulo 10

A media mañana del día de Nochebuena, Paula y Diego bajaron caminando hacia el pueblo.

El cielo estaba blanco, el aire era frío y limpio, y el hielo crujía bajo las botas. Caminaban uno al lado del otro, intentando no partirse la crisma en la carretera, que era una mezcla de tierra helada y pequeños charcos.

—Pisa aquí, que está más firme —avisó Paula, señalando un tramo cubierto de escarcha.

Pero fue demasiado tarde. Ambos pisaron la misma placa de hielo al mismo tiempo…

—Uuuuuuuy.

—Eeeeeeeeeeh.

—Ay, madre, madre…

En menos de un segundo estaban resbalando, como a cámara lenta, aferrándose instintivamente el uno al otro para no quedarse sin dientes.

Diego la sujetó por la cintura, Paula se enganchó a su abrigo.

—¡La madre que me parió! —gruñó él.

Se balancearon, bambolearon, patinaron y terminaron abrazados, como si acabaran de ejecutar una figura torpe de patinaje artístico.

Paula soltó una carcajada y casi se hizo pis.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—No sabía que querías montarte encima de mí tan pronto —bromeó él, recuperando el equilibrio.

—¡Por favor! ¡Si ha sido por tu culpa! ¡Vas caminando tan deprisa que, por seguirte el ritmo, casi nos matamos! —exclamó Paula, roja de tanto reír.

—Estamos vivos —murmuró él.

Diego aún la tenía sujeta por la cintura, sin darse cuenta. Sus manos seguían allí, firmes, como si su cuerpo no hubiera recibido la orden de apartarse y, curiosamente, tampoco parecía tener ninguna prisa por hacerlo.

—De milagro —replicó Paula.

Pero ninguno se soltó de inmediato. Se quedaron mirándose unos instantes, con la respiración casi mezclada y ese tipo de silencio que dice demasiadas cosas, hasta que un escalofrío les recorrió la espalda.

Y ahí sí, se separaron de golpe.

No por el frío.

Disimularon muy bien y siguieron caminando como si nada, un poco más juntos.

—Agárrate a mi brazo —le pidió Diego—. El camino está fatal.

—¿Qué?

—Es física elemental —explicó Diego, para que ella no se pensara cosas raras.

—¿Física? —inquirió Paula, extrañada.

—El hielo baja la tracción del calzado y aumenta la probabilidad de caída. Yo tengo mejor centro de gravedad. Es física.

Paula frunció el ceño, todavía con la sonrisa que no se le quitaba de la cara y bromeó con la mirada chispeante:

—¿Estás usando todo ese lenguaje científico absurdo para llamarme torpe?

—Con los desayunos, sí que eres un poquito… —respondió él, en el mismo tono.

—El que quema las tostadas es el tostador de mi tía, no yo. Y la chimenea funciona lenta con todo el mundo, menos contigo. No tengo la culpa… —replicó Paula, encogiéndose de hombros.

—¡Deja de parlotear y engánchate de una vez!

Paula, sin dejar de sonreír, apoyó la mano en el brazo de él. Y a Diego le recorrió algo rarísimo por el cuerpo:

—Venga, vamos —dijo Paula.

Diego miró al frente con un interés repentino en un olmo para no mirarla a ella, porque sabía que si lo hacía sus ojos le iban a delatar.

Estaba sintiendo algo.

Química. Mariposas. Y todas esas mierdas, pensó él.

Ignoró todo y echó a andar con tanto ímpetu que casi resbaló.

—Vaya, vaya. Y eso que la torpe soy yo —habló Paula, entre risas.

—Estaba probando la resistencia del suelo —explicó él, muy serio.

—Claro, claro…

Siguieron avanzando, muy pegados, fingiendo que aquello no tenía la menor importancia.

Pero cuando Paula resbaló otra vez y él la sujetó por la cintura, ella sintió un mariposeo inesperado.

Y se sorprendió mucho.

Porque no podía estar sintiendo aquello… Era imposible.

Y sin querer darle más importancia, volvió a cerrar los dedos alrededor del antebrazo de él, cálido incluso bajo el plumífero. Luego, notó cómo se le tensaban ligeramente los músculos, quizá para darle estabilidad, pensó.

Lo cierto era que de sentirla tan cerca, Diego estaba un tanto descolocado.

Y anduvieron así, él pensando en lo bien que encajaba la mano de Paula en su brazo y ella tratando de ignorar cómo se le aceleraba el corazón cada vez que sus hombros se rozaban.

Así hasta que apareció el pueblo al final del camino con sus tejados blancos de escarcha, las chimeneas echando humo y el olor a leña colándose por todas partes.

Había luces navideñas en las farolas, una estrella medio torcida en el balcón del ayuntamiento y una señora paseando un chihuahua con abrigo de corazones rojos.

—¡Qué cuqui todo! ¿Verdad? —soltó Paula, con una sonrisa enorme.

Diego jamás habría descrito aquello como cuqui, pero se sorprendió a sí mismo diciendo:

—No cambiaría esto por nada del mundo…

Entraron a la calle Mayor, pasaron por la fuente donde tiraban al pilón a los mozos en las fiestas, giraron a la izquierda y, justo cuando estaban frente a la carnicería, apareció una bola peluda de color vainilla.

Natillas, el gato del dueño del bar La Solana, caminó derecho hacia ellos…

—¡Es Natillas! —dijo Paula, abriendo los brazos.

El gato la ignoró por completo y fue directo hacia Diego, olisqueándole las botas:

—¡Buenos días, Natillas! —exclamó Diego, mientras el gato se restregaba contra las piernas—. ¡Qué ilusión me hace que hayas venido a saludarme! —añadió, rascándole la oreja mientras el gato ronroneaba escandalosamente.

—¡Te adora!

El gato saltó al abrigo de Diego con una agilidad pasmosa y se encaramó a su pecho como si fuera un koala… gordito:

—Y yo a él. Pero Natillas, ahora vas a tener que dejarme entrar en la carnicería.

Natillas le miró como diciendo que ni de coña, que acababa de encontrar su lugar en el mundo, Diego se intentó zafar de él, pero no hubo manera.

—Es como si te conociera de toda la vida… —comentó Paula, con una sonrisa burlona.

Diego pensó que así era, porque debía verle todos los días en el programa de cocina… Y quiso dejarlo en el suelo, pero fue imposible. Ni de broma. Ni aunque quisiera.

—¿Qué haces, Natillas? —inquirió Diego, desesperado.

—Eres su nueva madre —murmuró Paula, entre risas.

Los ronroneos de Natillas fueron a más. Diego bufó y le pidió a Paula:

—Ayúdame a bajarlo, por favor.

—¿Lo vas a rechazar?

—No me voy a pasar las Navidades con un gato pegado.

—Tío, te ha elegido. Deberías estar agradecido.

—Gracias, Natillas.

Y tras decir esto, Diego intentó despegarlo con cuidado, pero el gato lo abrazó más fuerte.

—Cómo te adora, Martiniano. Contigo se siente en casa. Tú eres… hogar —dijo Paula, divertida.

—Paula, por Dios. ¿Me ayudas a bajarlo al suelo o llamo a los bomberos?

Natillas se bajó solo, muy digno él, y en cuanto pisó el suelo lo que hizo fue instalarse sobre la bota de Diego, como si fuera de su propiedad:

—No quiere separarse de ti. ¡Qué mono!

Diego resopló y le ordenó para no pasarse ahí plantado toda la mañana:

—Entra en la carnicería, aprovecha que no hay nadie, y pídele a Niceto que te dé el encargo que le hice antes por teléfono.

Paula pasó a la carnicería sin poder parar de reír de ver cómo Natillas le hacía el placaje…

—¡Buenos días! Te tengo todo listo. Te he puesto unos huesos para caldo como los que le gustan al cocinero exigente. O sea… —farfulló el carnicero en cuanto ella entró.

—Ya, ya.

—Tú me entiendes. Todo, materiales de primera. ¿Qué hace ahí fuera? ¿Por qué no pasa?

—Porque Natillas no le suelta —respondió Paula, alzando las cejas.

—Eso es porque tiene un alma buena —afirmó el carnicero.

—¿Tiene un detector o qué? —inquirió Paula, convencida de que estaba bromeando.

—Te lo digo en serio. ¿Tú te acuerdas de José Luis, el de la agencia de viajes que estafó a medio pueblo? Cada vez que Natillas lo veía, se cambiaba de acera. Él solo se pone así de cariñoso con las buenas personas…

Paula pensó que el Diego que estaba conociendo esos días se parecía muy poco al gilipollas que salía en la tele, aunque Natillas también podía equivocarse.

Se despidió del carnicero, salió con el pedido y el gato los acompañó hasta la frutería.

Paula pasó sola y tres señoras mayores, envueltas en abrigos que parecían edredones, miraron fijamente a Diego por la ventana y cuchichearon:

—Por mucho que digan, yo creo que no es el cocinero de la tele.

—No, por supuesto que no es —dijo Paula, a punto de troncharse.

—El verdadero es más guapo. Este es como del montón —cuchicheó otra mujer, mientras Diego seguía fuera con Natillas enroscado a las botas.

—¿Y esas patas de gallo? —inquirió Juana, la frutera—. ¡Por favor! El real tiene la piel lisa como un bebé.

—Creo que el de la tele está operado —comentó Paula, que se lo estaba pasando bomba—. Lleva hilos tensores…

—Juana, atiende a Paulita, que está sola en la casa rural —le pidió una de las señoras a la frutera y a las demás les pareció bien.

Paula le pasó la lista que le había dado Diego, la frutera le preparó todo y luego, desde la ventana, le preguntó si necesitaba algo más:

—¿Alguna cosa más, Martiniano?

—¡Perejil! —recordó de pronto.

Las mujeres se miraron sorprendidas y Juana dijo al fin:

—La voz es la del cocinero.

Entonces, Diego se acercó a la puerta de la frutería porque de pronto se acordó de algo más:

—¡Y cilantro!

—Lo que os decía… —cuchicheó una señora.

—¿Qué pasa? —preguntó Diego, arqueando una ceja.

—Nada, que dicen que no eres el cocinero de la tele —respondió Paula, risueña.

—¿Yo? ¡Pues claro que no! —replicó, bajándose más la gorra.

—Te pareces, ¿eh? —intervino la frutera—. Pero el de la tele parece más alto y más joven que tú. Con el debido respeto, tú estás más ajado…

—Y el de la tele tiene el pelo más bonito —remató otra de las señoras.

Diego cerró los ojos un segundo, apretó la mandíbula y respondió pensando que esa gente no solo no le había reconocido, sino que además le llamaba adefesio.

—Gracias, señoras.

Pero vio a Paula coger una piña para no partirse de risa y se lo tomó a guasa también.

—Ahora… que sí que tienes un aire a él. ¿Te importa que nos hagamos una foto? —propuso Juana.

—Y a mí, ¿me firmas aquí? —pidió otra.

—¿En la cesta de cartón de los kiwis? —replicó Diego, conteniendo la carcajada.

—Sí, hombre. De recuerdo del chico que se parece al cocinero en versión castigadito —respondió la señora, dándole unas palmaditas

en el brazo.

Diego se hizo las fotos, firmó autógrafos como Martiniano, todo con Natillas en brazos y, por fin, tras devolver el gato a su dueño, emprendieron el camino de vuelta a casa cargados de bolsas…

Capítulo 11

Después de comer y echarse una siesta, Diego apareció en el salón, donde Paula estaba leyendo frente a la chimenea, y le dijo:

—Voy a llamar a la Coronela para que me dé las recetas del menú de Nochebuena.

—¿Quieres que te ayude a preparar la cena?

—Mejor déjame solo un rato. Me apetece cocinar tranquilo.

La verdad era otra.

Hacía tiempo que Diego no disfrutaba cocinando.

Ya solo era trabajo, presión, cámaras y expectativas.

Pero en la casa rural, con el olor de la leña, el murmullo de la gente y la risa de Paula aún resonando en su cabeza, estaba empezando, poco a poco, a recuperar el placer de cocinar.

Así que se metió en el cuarto de baño azul para hacer el paripé de pedirle las recetas y, de paso, desearle una feliz Navidad a la abuela.

—¡Coronela!

—¡Dieguito! ¿Dónde andas? —preguntó la abuela, acercando la pantalla tanto que solo se le veía un ojo agrandado, a lo cíclope.

—¿Dónde voy a andar? En Corea —respondió Diego, forzando la sonrisa.

—Lo digo porque el otro día me mosqueó el alicatado del baño. Igualito al que yo tengo en mi casa —replicó, entornando la mirada.

—Este alicatado se vende en todo el mundo —farfulló Diego.

—Pues ese cuarto de baño podría estar perfectamente en Cuenca.

—Tienes demasiado idealizados los cuartos de baño de Corea. Son como en todas partes.

—Allí todo es tan moderno… —murmuró la abuela, moviendo el teléfono.

—Este retiro es muy sencillito. ¡Y súbete el teléfono, que solo te veo la barbilla!

La Coronela se colocó el móvil de tal modo que ahora solo se le veía de nariz para arriba:

—¿Y por qué me estás llamando desde el cuarto de baño? ¿No estarás en la taza? ¿Cagando?

—Estoy aquí porque en esta casa de retiro coreano solo hay cobertura en una baldosa del baño.

—¿En Corea no hay 5G? —inquirió la abuela, incrédula.

—Yo qué sé. Solo sé que aquí va a pedales.

—¿Y qué tal estás? —preguntó la Coronela, porque era lo que más le importaba—. ¿Se te pasó ya la sofoquina por lo de las natillas?

—Estoy intentando recuperar mi eje. Y tengo buenas noticias… ¡He vuelto a cocinar! Pensaba que no podría en mucho tiempo, pero los huéspedes me piden que cocine… y eso que no saben quién soy.

—¿Huéspedes?

—La gente del retiro este… Bueno, abuela, no te preocupes, que estoy bien. Te llamo porque necesito que me pases tus recetas de Nochebuena.

—Pero si tú las haces mejor que yo —replicó la Coronela, batiendo una mano.

—Sí, pero hoy necesito que me las grites.

—¿Por qué? No entiendo este interés que te ha entrado por mis recetas.

—Es por un tema de energías. En Corea es así —improvisó Diego, intentando no partirse de risa—. No te lo puedo explicar, que igual se corta la llamada. Venga, dime… Y llámame Diego Martiniano, que me hace fluir los chacras.

—Con lo bien que estarías aquí conmigo pasando la Navidad. O en el retiro espiritual del padre Beltrán, como te dije. Lo que fuera menos hacer el canelo donde quiera que estés.

—Necesitaba desconectar de todo. Y eso solo lo puedo hacer aquí… en Corea. ¡Venga esas recetas, Coronela!

—¿En Corea hay lombarda y langostinos? —replicó la abuela, con retintín.

—Hay de todo. ¡Dale, abuela! Y gritando bien, que fluyan esas energías…

La Coronela se puso seria y le advirtió apuntándole con el dedo índice:

—Niño, ¿no te estarás drogando? Te noto muy raro.

—Que no, que estoy bien. De verdad.

—Me estás diciendo unas chaladuras que estoy por plantarme donde estés.

—Confía en mí, Coronela. Necesito pasar por esto para volver a ser yo.

—¿Y ahora quién eres? —preguntó la abuela.

—Soy Diego Martiniano. Y necesito que hagas lo que te digo para dejar atrás el pasado y volver a creer y confiar en mí y en todo.

La Coronela resopló.

—Rezo por ti a todas horas para que la luz de Jesús ilumine tu corazón.

—Y yo lo noto —aseguró Diego, agradecido—. Me siento mucho mejor. Pero si me haces este favor…

—No sé en qué andarás metido, pero el caso es que te veo mejor. Chalado perdido, pero ilusionado. Solo por eso te haré el favor…

La Coronela se puso a gritar y Paula lo escuchó desde el salón:

—¡No te olvides de sofreír la cebolla primero, Diego Martiniano! ¡Y que no se te queme, céntrate que te noto como disperso! ¡La lombarda ponla con manzana, que siempre queda más fina! ¡Y el cordero, despacio, que la prisa es para los ladrones! ¿Me oyes?

—Sí, abuela.

—¡Y échale cariño, pero del bueno, no del tuyo, que ese es muy seco!

Paula se ahogaba de la risa… y de tanto grito, la Coronela despertó de la siesta a toda la casa.

Luego, tras colgar, Diego se metió en la cocina, se puso el *Mesías* de Händel a todo volumen y empezó a picar la cebolla, a cortar la carne, a mezclar especias…

Y sintió que algo en él, algo profundo, algo roto, se recolocaba.

Cocinar sin cámaras, sin prisas, sin un pinganillo gritándole que fuera más borde o que sonriera más… lo volvía a él.

A la media hora, Paula apareció en la puerta y volvió a insistir:

—¿Necesitas un pinche?

Él dudó un segundo, fingió gruñir, pero se le iluminó la cara y luego dijo asintiendo con la cabeza:

—Vale. Pero con el *Mesías* de Händel en bucle…

Y, para sorpresa de ambos, hicieron un gran equipo, entre risas, bromas, vapor subiendo, choques de codos y miradas que duraban más de lo normal en una cocina.

Cuando la cena estuvo lista, la casa olía a Nochebuena de verdad. A guiso lento, a horno… y a hogar.

Se sentaron todos a la mesa menos María y Daniela, que se habían ido a la cena familiar.

Todos se pusieron sus mejores galas. Diego, por esa noche, hasta se quitó la gorra y se colocó el traje que metió en la maleta pensando que no se iba a poner.

Pero quería estar presentable para Paula… Y Paula llevaba un vestido rojo y corto de lentejuelas que a Diego le tenía loco perdido.

La cena empezó. Milagros rezó una bendición medio improvisada y después hizo un brindis para que aquellas fueran unas Navidades inolvidables.

—¡Lo vamos a pasar en grande! —aseguró Paco.

—Bueno, ya sé que tú, Yoyo, aún estás con el duelo… —añadió Milagros.

Yoyo, después de un trago de agua, la interrumpió con la voz suave:

—Voy a echar de menos a mi madre toda la vida. Pero poco antes de morir, justo por estas fechas, me hizo el mejor regalo posible de Navidad. Me dijo que sabía que tenía que irse, pero que le tenía que prometer que, cuando ya no estuviera, todos los días iba a sonreír, aunque fuera un momentín. Me pidió que disfrutara cada día de algo, de un café, de un bizcocho, de una puesta de sol… Que no dejara de disfrutar de lo bonito de la vida porque ella no estuviera. Al contrario, me pidió que disfrutara por las dos. Que en ningún momento sintiera culpa por estar alegre. Que viviera sin sentir que la fallo, sin sentirme mal por estar bien, aunque ella ya no estuviera conmigo en este plano, porque desde el otro iba a estar escuchando siempre lo que tenga que contarle.

Sergio bajó la mirada con los ojos llenos de lágrimas, Luna tomó la mano de Yoyo, apoyó la cabeza en su hombro y se hizo un silencio de respeto puro.

—Tu madre quería que estas Navidades fueras feliz —dijo la niña.

—Y lo soy, Luna, jamás imaginé que lo fuera a ser tanto.

—Y seguro que tu madre también está así de feliz en el cielo de verte… conmigo —susurró Luna.

—Seguro que sí —asintió Yoyo, mordiéndose los labios para no llorar.

—¿Yo le habría gustado como nieta?

—¡Se hubiera vuelto loca contigo, Luna! —exclamó Yoyo, con una sonrisa sincera.

—Y tiene que estar alucinando de vernos a punto de cenar lo que ha cocinado el mejor chef del mundo —comentó Luna, que echó una miradita cómplice a Diego.

Él se tapó la cara con la servilleta para que no lo vieran llorar.

Luego, disimuló haciendo como que le había entrado algo en el ojo y dijo al fin:

—Muchas gracias, Luna, por decirme…

—Ya sé que tú te dedicas a… —le interrumpió la niña.

—Da igual a lo que me dedique —logró decir después—. Que tú me consideres el mejor chef del mundo es el mayor honor para mí.

—Siempre has sido mi favorito. Por mucho que digan… Tú siempre serás el mejor —dijo Luna, haciéndole un corazón con las manos.

Diego estaba tan emocionado que lanzó la servilleta al suelo, para no romper a llorar delante de todos.

Estaba de un sensible tremendo, y no lo entendía porque no recordaba haber llorado así desde que tenía cuatro años.

Luego, se retiró las lágrimas y, cuando se incorporó, se encontró con que Sergio le apretaba la mano a Yoyo sin darle importancia al gesto, como si fuera normal, como si llevaran años haciéndolo. Y al rozarse, los dos se miraron, apartaron la vista al mismo tiempo y él dijo ajustándose las gafas:

—Para mí estas Navidades también están siendo muy especiales.

Milagros tosió para esconder una sonrisita. Y la cena, que estaba de escándalo, siguió hasta que, a los postres, llamaron a la puerta.

Diego se levantó, abrió y apareció Daniela con el abrigo mal puesto, los ojos rojos y la cara de quien ha corrido mucho para no llorar delante de nadie.

Pasaron al comedor y Paula preguntó levantándose al instante:

—¿Qué pasa, Daniela?

Daniela se mordió los labios, se llevó la mano al vientre y respondió con un hilillo de voz:

—Nada. Me he vuelto antes. No me encontraba bien. Supongo que algo de la cena me ha sentado fatal.

Paula no se creyó ni una palabra y le pidió:

—Ven. Te hago una manzanilla.

—Gracias. Puedo hacérmela yo —replicó Daniela, con un gesto triste.

—Ya. Pero hoy te la hago yo. Me salen mucho mejor que los cafés… —bromeó Paula.

Daniela esbozó una pequeña sonrisa, la miró con cara de que no hacía falta que cuidara de ella, pero estaba tan destrozada que se sorprendió diciendo:

—Vale. Hazme una, por fa.

—Siéntate y te la traigo.

—Te acompaño a la cocina…

Daniela la siguió hasta la cocina y, en cuanto Paula cerró la puerta, se derrumbó.

Se sentó en un taburete y dos lagrimones le cayeron por el rostro.

Paula, que estaba poniendo el cazo de agua en el fuego, se giró y se acercó a ella sin forzar:

—Daniela…

Ella respiró hondo, se enjugó las lágrimas con los dedos y lo soltó de sopetón:

—María dijo que lo contaría esta noche. Que se lo diría a su familia. Que por fin iba a decir que estamos juntas… que somos pareja… —sollozó—. Que ya no había abuela a la que proteger, que ya no hacía falta esconderse.

Paula le pasó una servilleta de papel para que se sonara y musitó:

—¿Y no lo ha hecho?

Daniela se sonó y negó con la cabeza.

—No. Y para colmo su madre ha invitado a su ex a la cena. María me ha dicho que no sabía nada. Pero estaba allí. Sentado. A su lado… Yo al otro y, al fondo, la foto de su abuela fallecida. Y encima oyendo cómo su familia decía entre risas que «¡donde hubo fuego

quedan brasas!», que «qué pena que dejara al chico plantado», que «eran tan buena pareja que cómo no iba a darle otra oportunidad». Y María… callada. Como si yo no existiera. Como si no hubiera dejado a su novio de toda la vida porque se enamoró de mí…

Capítulo 12

La voz de Daniela se rompió entera.

—Dios —resopló Paula, que se agachó con los ojos vidriosos y le cogió las manos.

Daniela suspiró y entonces se fijó en algo…

—Se va a salir el agua del cazo. ¡Espera, que voy! —exclamó haciendo ademán de levantarse.

—Tú quédate ahí— le ordenó Paula, que corrió a quitar el agua del fuego.

Luego, se puso a prepararle la manzanilla y Daniela siguió hablando:

—Gracias. ¡Eres un sol! Y perdona la chapa. Estoy fatal —susurró con la voz hecha polvo—. Me he sentido negada. Como si fuera algo vergonzoso. Como si yo fuera una fase, una tontería, un capricho… Como un polvorón que se come en fiestas y después, a otra cosa.

Paula dejó la taza sobre la encimera por un momento para acercarse a ella y ponerle una mano en la espalda.

—Pero ella te quiere, Daniela. Lo sé. Jo, no hay más que veros juntas.

Daniela se limpió una lágrima que volvió a caerle y repitió como una letanía:

—Me prometió que estas Navidades lo haría. Y no lo ha hecho. No solo no se ha atrevido a decir que soy su pareja, sino que me ha ignorado toda la noche. Yo no podía respirar. Lo he pasado tan mal que he fingido una indisposición y me he venido con la intención de hacer la maleta y largarme esta misma noche.

Paula le puso la taza roja con un corazón blanco en las manos y le sugirió:

—No tomes decisiones hoy. Espera a que se explique. A veces el miedo te agarra tan fuerte que la pifias. Y no es que no te quiera… es que, a lo mejor, todavía no sabe cómo contar lo que siente por ti ante su familia.

Daniela contrajo el gesto, con rabia y pena a la vez…

—Llevo ya demasiado esperando a que se atreva. Solo quiero que me quiera sin esconderme.

—No te vayas —le aconsejó Paula con el corazón encogido—. Espera a hablar con ella esta noche, por favor.

—Estoy cansada de esperar. Al principio me decía que no contaba nada a los suyos por su abuela. Era muy conservadora y estaba muy enferma. Pero murió hace un año… ¿Por qué no ha tenido narices de decir esta noche: «amo a esta mujer»? Porque además fue ella la que me dijo que esta Navidad iba a contarlo. Yo en ningún momento la he presionado para que lo haga. Y eso que detesto fingir, mentir, esconderme, pero por ella he tragado un montón. Y hasta aquí. Ya no puedo más. Estoy muy dolida. Me ha hecho creer que a partir de esta noche se acabarían las mentiras y me ha engañado a mí también.

Paula le secó las lágrimas con una servilleta. La cocina estaba en penumbra, iluminada solo por las lucecitas del árbol que parpadeaban desde el salón, como si la alegría solo sobrevolara al otro lado de la puerta.

—A veces la gente tarda en encontrar el valor —le recordó Paula.

Daniela la miró con una tristeza enorme en la mirada y confesó su peor temor:

—¿Y si no soy suficiente? —dijo Daniela con la voz rota—. ¿Y si es por eso por lo que me esconde?

Paula la abrazó y Daniela rompió a llorar desconsolada…

—¡Claro que eres suficiente! —aseguró Paula, sin soltarla—. No te angusties. Lo que le sucede a María no tiene nada que ver contigo.

Daniela negó con la cabeza, temblando:

—La quiero con toda mi alma. Pero tengo miedo a que esta Navidad no cambie nada.

Paula se quedó en silencio unos instantes. Escuchó de fondo las risas que venían del salón, incluso el cocinero más borde de la televisión estaba riendo a carcajadas, y ella sonrió también, abrazó más fuerte a Daniela y le susurró:

—Ningunas Navidades arreglan la vida, pero a veces encienden la luz lo suficiente para que veamos por dónde seguir caminando.

Daniela levantó la cabeza con los ojos empañados:

—¿Y si esa luz no aparece?

—La encenderemos nosotros. Para eso están las noches como estas.

Y justo en ese momento, desde el salón, se escuchó la voz de Milagros:

—¡Ea, chicas! ¡Venid para acá con la manzanilla que vamos a cantar unos villancicos! ¡Que donde hay música, siempre entra la esperanza!

Daniela sonrió entre lágrimas y Paula también.

Y mientras salían de la cocina, Paula no pudo evitar pensar que quizá Milagros tenía razón y que incluso en el corazón más herido todavía había sitio para la esperanza.

En el salón, Paco afinaba las panderetas que había comprado en el bazar chino como si fueran Stradivarius, Luna buscaba en el móvil de su padre las letras de los villancicos y Yoyo estaba colgada del brazo de Sergio, sin más.

Milagros las vio aparecer y, sin preguntar nada, solo viendo las caras que traían, dijo:

—Esta noche es para creer, aunque sea un poquito. Un hilillo nada más.

Y alzó la pandereta.

Todos miraron de reojo, oliéndose que algo pasaba.

Paula esbozó una sonrisa y Daniela respiró hondo, intentando recolocar algo dentro de ella, aunque fuera un centímetro.

Y entonces, Milagros empezó a cantar, *Pero mira cómo beben los peces en el río…*

Sergio entró tarde con la nota.

Yoyo desafinó aposta para hacer reír a la niña. Y luego se rio sin culpa.

Paco entró a gritos, agitando la pandereta como si espantara moscas.

Diego no abrió la boca porque estaba absorto mirando a Paula.

Ella lo pilló. Él apartó la mirada, agarró una pandereta y rompió a cantar siguiendo la letra en el móvil de Sergio que estaba apoyado en un jarrón.

Daniela se dejó contagiar y agarró otra pandereta.

Todos rompieron finalmente a cantar… fatal, desafinados, a ratos atropellados y a ratos inventando las letras.

Pero por un momento pareció que la Navidad envolvía la casa con un soplo de luz.

—La Nochebuena es luz —recordó Milagros, entre canción y canción—. La vida ya nos da bastantes bofetones con la mano abierta, así que esta noche cantemos, porque estamos vivos, nos tenemos…

—Y aunque estemos un poco rotos, la música nos cose a todos —replicó Paco, tras un chupito de anís.

—Si lloramos, que sea cantando… —dijo Yoyo, agarrada de la mano de Sergio.

Y siguieron cantando desafinados, pero alegres…

Paula y Diego volvieron a mirarse, uno frente al otro y con la misma sensación: no se habían besado, no había pasado nada, pero los dos supieron que algo estaba empezando.

Él ya no se sentía una versión editada de sí mismo, a base de marketing.

Tal vez por haber cocinado a gusto, por la cena, por cantar villancicos desgañitándose… y, sobre todo, por esa chica que se había pasado la vida sosteniendo a todos y que, sin darse cuenta, estaba empezando también a sostenerlo a él.

Fuera el viento soplaba, la nieve crujía en el tejado y ellos siguieron cantando… hasta que Milagros aplaudió con esa energía suya y habló tras percatarse de la hora que era:

—Bueno, ¿quién se viene a la misa del gallo? Porque Jesús no va a nacer sin público.

—Ah, pues yo voy —respondió la niña—. ¿Verdad, papá? No vamos a dejar al Niño Jesús solo.

—Yo os acompaño —dijo Yoyo, con una sonrisa enorme.

—¡Genial! —exclamó Milagros.

—Y yo, que quiero seguir dándole a la pandereta —masculló Paco, agitándola y dándole después a Milagros un beso en los labios.

—Creo que lo mejor es que vayamos todos —replicó Paula, que no quería dejar sola a Daniela.

—Yo es que no tengo ganas —confesó Daniela, con la mirada muy triste.

—Pues si tú no vas, yo me quedo aquí —dijo Paula, cruzándose de brazos.

—Vete, por favor, que me voy a meter en la cama —le pidió Daniela.

—No pienso dejarte sola —insistió Paula, negando con la cabeza.

Y lo dijo con tal convencimiento que a Daniela no le quedó otra que decir:

—Vale…

—Y yo también voy… ya que he calentado la voz, digo yo que tendré que seguir cantando… —farfulló Diego, que no quería separarse de Paula.

Se echaron los abrigos encima y salieron en grupo. Hacía un frío que cortaba la respiración, de esos que te obliga a acercarte más a los que tienes al lado, aunque no quieras.

Las luces del pueblo se veían a lo lejos, parpadeando entre la niebla. El suelo estaba helado, además…

Así que iban caminando con cuidado, enganchados unos a los otros.

Diego llevaba de un brazo a Daniela y de otro a Paula. Y de tenerla tan cerca, se sentía en una nube como si se le hubiera subido el champán que no había bebido.

Al llegar a la puerta de la iglesia, se encontraron con un grupo de feligreses, entre ellos, a la familia de María.

La madre se sorprendió muchísimo de verla allí, el padre se quedó rígido, las hermanas cuchicheaban y el ex, que seguía allí como si fuera un miembro más de la familia, puso cara de póker.

María no supo dónde meterse.

Daniela los saludó, les dijo que ya se encontraba un poco mejor y, sin soltarse de Paula y Diego, se metieron en la iglesia.

María se quedó de piedra, sin poder ni pestañear. Sintió un latigazo de vergüenza que le subió hasta la garganta. Finalmente, su madre la agarró por el brazo y la empujó para que entrara y se sentara junto a su familia.

Pero cuando la misa terminó, María se despidió de ellos porque sabía que esa noche tenía que pasarla junto a Daniela… y se fue con el grupo de vuelta a la casa rural.

Daniela ni la miró. Se echó a andar de nuevo agarrada a Paula y a Diego, y Milagros, que lo había visto todo, redujo el paso y se quedó rezagada junto a María.

—Ven aquí, preciosa —murmuró, cogiéndola del brazo—. Y explícame por qué tienes esa carita de pena esta noche…

María intentó sonreír.

—Estoy bien —mintió.

—No lo estás —replicó Milagros mirándola con cariño—. Cuéntame…

María respiró hondo, como quien lleva horas conteniendo las lágrimas. Y se abrió porque ya no podía más con el nudo que tenía en el pecho.

—En la cena —empezó a contar, con la voz tomada por la emoción —, tendría que haberlo hecho. Tendría que haber dicho que Daniela es mi novia. Pero me senté en la mesa y la vista se me fue a la foto de mi abuela. Estaba en el sitio de siempre, pero esta vez era como que estaba mirando. Y me entró miedo… Ese jodido miedo que no he sabido quitarme de encima desde que me enamoré de Daniela.

—Hacéis una pareja muy bonita —comentó Milagros, apretándole el brazo con suavidad, como si le pasara calor.

—Ella es lesbiana. Yo no. Bueno, yo no sé. Yo creía que era hetero, hasta que me enamoré de ella. —Milagros guardó silencio y la dejó continuar—. Mi abuela era muy conservadora —susurró María —. Cuando rompí con mi ex nunca le dije que fue por Daniela. Temía matarla de un disgusto. Así que no dije nada… Nadie de mi familia lo sabe… porque mi abuela hubiese acabado enterándose. Pero murió hace un año y pensé que la cena de Nochebuena era el mejor momento para contarle a mi familia que estoy con ella. Lo que pasa es que he llegado a casa, he visto la foto de mi abuela y he sentido que si decía la verdad iba a matarla otra vez. No sé cómo explicarlo. He sentido como si la traicionara, la decepcionara, como si fuera a darle el disgusto del siglo. Y encima estaba mi ex…

—Eso tampoco ayuda demasiado… —repuso Milagros, alzando las cejas.

María se mordió los labios de la vergüenza…

—Mi madre lo invitó sin avisarme. Y todos, venga a hablar de segundas oportunidades… Y yo… callada como una cobarde. Como si Daniela solo fuera mi amiga, mi compañera de trabajo… y nada más. Como si no fuera la persona por la que me jugaría la vida…

—¿Y ella? ¿Qué decía? —preguntó Milagros, aunque sabía la respuesta.

—Nada. Lo ha pasado fatal. Uf. Está destrozada. Y no me habla. Normal. Le dije que esta noche dejaríamos de escondernos, que ya no habría más mentiras y que iba a elegirla a plena luz de bombillitas navideñas. Y he hecho lo contrario… La he cagado como nunca y te juro que no sé cómo arreglarlo.

El viento helado les daba en la cara, caminaban despacio y los pasos del resto del grupo se escuchaban delante, mezclados con las risas y el runrún de Paco.

—Mira, María —habló Milagros después de estar unos segundos en silencio—. Cuando una ama, tiene que aprender una cosa muy simple y muy difícil a la vez: responsabilizarse de no hacer daño donde al otro le duele. No se trata de ser perfectos. Se trata de cuidar y de no pisar ahí donde sabes que el otro tiene callos.

María bajó la cabeza y masculló, sintiéndose peor todavía:

—Lo sé…

—Escucha —insistió Milagros, apretándole un poco más el brazo—. Daniela te creyó cuando dijiste que esta noche ibas a plantarte delante de tu familia con ella. Y tú también te creíste a ti misma, pero te ganó el miedo… y el miedo, cuando se cuela en los amores grandes, hace estragos.

María se tapó la boca con la mano, conteniendo el sollozo:

—Ya sé que me quieres ayudar, Milagros, pero me estás removiendo entera…

—Tranquila que estoy aquí para ayudarte.

—Y la quiero tanto… que no sé ni por dónde empezar.

—Pues empieza por lo mismo que tuve que hacer yo —dijo Milagros mirando al cielo oscuro—. Yo tuve un amor antes de Paco.

Vamos, lo que viene a ser un marido. El padre de mi hija. Y lo quise más que a mi vida. No te digo más. Cuando murió hace cinco años, me quedé muerta en vida. El psicólogo me recomendó que hiciera cosas, que saliera de casa… Yo no quería apuntarme a yoga, ni a cerámica… A mí siempre me ha gustado viajar y con Esteban viajé muy poco porque no le gustaba. Total, que vi un viaje a Roma en una agencia de viajes y allá que me fui con un grupo en el que estaba Paco. Él llevaba un montón divorciado y me tocó de compañero de asiento en el autobús. Nos llevamos bien desde el minuto uno, pero yo lo que menos quería era rehacer mi vida. El caso es que el viaje fue genial, Paco y yo nos hicimos amigos. El grupo entero del viaje era muy majo y seguimos viajando… Así estuvimos dos años: él en Albacete, yo en Gijón… y encontrándonos en los viajes. Y Paco cada día estaba más cerca de mí… claro que cuando se acercaba yo me alejaba. Me angustiaba si estaría decepcionando a Esteban allá arriba. Y un día me planté en el cementerio… —María la miró sorprendida y Milagros asintió con ternura—: Me puse delante de su tumba. Y le dije: «Gracias por todo lo que vivimos. Te quiero. Te querré siempre. Pero tengo que seguir viviendo. Y hay alguien que me hace reír otra vez». Fue mano de santo. De pronto, se me quitó la garra en el pecho. Fue como pedirle permiso a él y a mí para despedirme del miedo. Y pude empezar de nuevo.

María tragó saliva con dificultad.

—¿Tú crees que si yo voy al cementerio a hablar con mi abuela…? Ella está enterrada en el pueblo…

—Tu abuela está aquí —respondió Milagros, tocando el pecho de María—. Pero como te cuesta llegar, yo iría al cementerio y le hablaría. Dale las gracias por todo lo que te dio, por quererte como supo y dile que ahora te toca a ti querer a tu manera. Que amas a una mujer maravillosa, que la quieres cuidar y que esperas que, donde esté, te acompañe.

—Milagros… me vas a matar —musitó María, con dos lagrimones cayéndole por el rostro.

—No es mi intención —dijo risueña—. Te estoy hablando con el corazón, un corazón además de abuela. Yo lo soy y te digo que una

abuela, por muy mandona y por muy chapada a la antigua que sea, siempre va a querer tu felicidad y la tuya está con Daniela.

María lloró en silencio sin poder contenerse. Milagros le dio un beso en la mejilla, de abuela total, y añadió:

—Y como abuela te digo que las cosas en la vida se arreglan así, con valentía. No desde el miedo… desde el amor.

María asintió varias veces, como si esas palabras hubieran aflojado el nudo que tenía apretado…

—Gracias, Milagros.

—No hay de qué. Yo solo te digo lo que me habría gustado que me dijeran a mí cuando estaba hecha un mar de dudas. Llevamos tres años juntos, pero nuestras familias no saben nada. Nuestros hijos no entienden que se pueda amar a estas edades. Seguimos viviendo cada uno en su casa. En ciudades diferentes. Nos escapamos siempre que podemos. Y estamos aquí de incógnito, confío en tu discreción.

—Cuenta con ella.

—Y no olvides quién ha venido esta noche.

—Es que estoy bastante alejada de la fe —reconoció María.

—Él no se ha alejado de ti. Es Navidad. Ha venido para quedarse y recordarte que nada está perdido.

María respiró hondo, se limpió las lágrimas con la manga del abrigo, pero, por primera vez en toda la noche, supo lo que tenía que hacer…

Capítulo 13

Entraron en la casa entre risas y muertos de frío.

Se acercaron a la chimenea, las luces del árbol estaban encendidas y Luna seguía cantando: *Campana sobre campana.*

La que no estaba para risas era Daniela, que nada más entrar dijo sin mirar a nadie:

—Me voy a la cama. Estoy cansada. ¡Feliz Navidad, casa! Porque… ¿sabéis algo? A pesar de todo, me siento como en casa. Y eso es por ti, Paula.

Daniela se acercó, le dio un beso cariñoso en la mejilla a Paula y después se despidió de todos… menos de María, que seguía en una esquina con la cabeza gacha.

—¿Quieres alguna cosita antes de dormir? —le preguntó Paula.

Daniela negó, agotada.

—No, gracias.

Y se marchó a su habitación, arrastrando los pies, mientras a María se le rompía un poco más el corazón.

Milagros fue tras ella, la agarró del brazo y le ayudó a quitarse el abrigo, porque la pobre no tenía fuerzas.

Parecía como si acabara de salir de una terrible tormenta. Tenía los ojos hinchados de haber aguantado el tipo demasiado tiempo, la nariz roja y el cuerpo le pesaba demasiado.

—¿Te importa si duermo esta noche en el sofá del cuartito que hay detrás de recepción? —le pidió a Paula, porque ni se atrevía a entrar en la habitación que compartía con Daniela.

—No tengo inconveniente, pero es muy incómodo —le advirtió Paula.

—Me da lo mismo.

Milagros la acompañó, le preparó el sofá con sábanas y mantas que le pasó Paula, la arropó y hasta le dio un beso en la frente… como si fuera su abuela.

Tras dejarla instalada, Milagros y Paco se retiraron a sus habitaciones después de despedirse del resto con abrazos y besos.

El salón se quedó en silencio un momento…

—Bueno, yo… —empezó Sergio, levantándose—. Luna se cae de sueño.

—Y yo también —añadió Yoyo, con una sonrisa especial.

Luna abrazó a Yoyo muy fuerte y le dijo al oído:

—Ha sido una noche muy bonita. Y te he cogido una cosa…

Luna se apartó de ella un poco, sacó un polvorón aplastado del bolsillo, se lo dio y dijo con complicidad:

—Era el último. Lo he cogido y he dicho: «para mi Yoyo».

Yoyo cogió el polvorón como si fuera un tesoro, la abrazó y le confesó:

—Temía tanto esta Navidad… y tú la estás convirtiendo en una mágica.

—¿Y papá también te parece mágico?

Yoyo miró a Sergio, que tenía los ojos brillantes y el corazón acelerado, y respondió:

—Mucho. Muy mágico.

Luna los abrazó a los dos con tanta fuerza que Paula y Diego, al verlo, también se emocionaron.

Luego, cada uno se retiró a su habitación.

Y entonces se quedaron solos.

Recogieron unos platos que quedaban en la mesa, los metieron en el lavavajillas y volvieron al salón.

Diego no tenía ninguna gana de irse a dormir y ella tampoco…

—¿Te quedas? —preguntó Paula.

—Un rato. Oye, una pregunta… ¿lo de Daniela y María…?

—Es complicado. Necesitan tiempo —respondió Paula, encogiéndose de hombros—. No sé cómo, pero se arreglará. Confío en que sí.

Paula se sentó en el sofá y se cubrió con la manta beige.

Diego se sentó a su lado y ella señaló la manta que estaba sobre el otro brazo del sofá:

—Ahí tienes la otra manta.

—No tengo frío —mintió él.

—No, qué va. Cómo casi no hace frío…

Diego puso un tronco en la chimenea, agarró la manta y se envolvió con ella, tapándose incluso la cabeza.

Paula se echó a reír.

—¿Qué te hace gracia?

—Pareces E.T. en la bici —respondió ella, muerta de risa.

—Se me han quedado las orejas frías —dijo Diego, con una sonrisa que Paula encontró encantadora.

Se acomodaron en el sofá, cada uno en un extremo y dejando un hueco prudente que no duró mucho porque se fueron acercando buscando el calorcito del fuego.

Y así ya tan cerca… Diego se puso un poco nervioso, agarró el mando de la tele y dijo:

—¿Vemos una peli?

A Paula le gustó el plan y lo primero que apareció en un canal cualquiera fue *¡Qué bello es vivir!*

—¡Déjala! ¡La veo siempre en Navidad! —exclamó Paula, entusiasmada.

—Y yo. En mi casa es tradición. Lloramos todos juntos. Bueno, yo no… yo me trago las lágrimas. Aunque este año estoy tan sensible que lo mismo me pongo a llorar a mares —admitió Diego, mirando la pantalla.

—Lloramos juntos. Planazo. ¿La vemos, entonces? —replicó Paula, divertida.

—Claro. No vas a encontrar nada mejor.

Paula se frotó las manos del frío que tenía. Y Diego, sin pensarlo, le recolocó la bufanda de cuadros alrededor del cuello.

Paula se quedó rígida. No porque le incomodara el gesto, sino porque el roce de sus dedos provocó que se estremeciera entera.

—Gracias —susurró.

Diego no dijo nada. Se quedó un segundo con los dedos aún sobre la lana, como si no supiera dónde guardarse las manos. La miró a los ojos, luego a los labios, volvió a los ojos y retiró la mano despacio.

—De nada —murmuró, clavando la vista en la tele.

Anuncios.

Se hizo un silencio de esos que dicen algo. La luz azul de la tele les pintaba la cara de sombras suaves. La chimenea crujía de fondo.

Se escuchaba el viento de fuera. Y el mundo parecía mucho más pequeño y más lento.

Entonces Paula notó que él la miraba. No directamente, pero sí con el rabillo del ojo.

—¿Quieres algo? —preguntó ella, intentando sonar natural.

—Nada.

—Lo dices de una forma que suena a que estás pensando en algo que no quieres decir —repuso Paula, ladeando un poco la cabeza a la izquierda.

Diego esbozó una media sonrisa y replicó:

—Tú también estás pensando algo.

Paula abrió la boca para decir alguna cosa, pero no le salió nada porque Diego estaba demasiado cerca, porque le encantaba su olor, su voz, su sonrisa, sus ojos… Y esa noche estaba tan espectacular con el traje que todavía no se le había pasado el shock de verle así… y sin la gorra calada hasta las cejas, aparte de que el gesto de la bufanda la había dejado con el corazón a mil por hora.

Así que, sin poder sostenerle la mirada un segundo más, señaló la tele y balbuceó nerviosa:

—La película. Estoy pensando en la película. Sin parar.

—Claro.

Y se miraron otra vez. Fue un segundo. Pero pasó de todo.

Ella sintió unas ganas tremendas de besarlo, como si su cuerpo supiera algo que aún ni se había atrevido a verbalizar.

Él se inclinó hacia ella, incapaz ya hacer otra cosa, vencido por la atracción.

Desde que la había visto con ese vestido de lentejuelas estaba con ganas de quitárselo.

Y ya no podía más…

Su manta resbaló y cayó al respaldo del sofá.

Ella no solo no se apartó, sino que acortó la distancia que los separaba.

Estaban a nada. Tan cerca que ambos sintieron que ya no había nada más que pensar, que tan solo había que hacerlo…

Y entonces, escucharon una vocecita:

—Tengo seeeeeeeeeed.

Ambos saltaron como si les hubieran tirado un cubo de agua fría.

La manta de Paula cayó al suelo y Luna apareció en pijama, despeinada, con los ojos medio cerrados y un vaso vacío en la mano.

—Será por el jamón —murmuró Paula, tras levantarse.

—Me ha despertado el viento, sopla muy fuerte. Dice: «uuuuuh». Me he asustado y luego me ha entrado sed. Mi papá está roque…

Diego se levantó también, le quitó el vaso con suavidad y fue a llenarlo a la cocina antes de que Paula dijera: «Voy yo».

Esta vez, ella lo dejó ir. Y pensó que quizá… por fin estaba aprendido a soltar.

—Estamos viendo una peli. ¿Quieres quedarte un rato? —preguntó Paula.

Luna asintió, bebió un poco del agua que le trajo Diego y se sentó en el sofá entre ellos.

Paula la tapó con la manta, la niña apoyó la cabeza en su hombro y al poco se quedó dormida.

Al momento apareció Sergio, que la tomó en brazos como si Luna no pesara nada y se la llevó de nuevo a la habitación con cuidado de no despertarla.

Tras despedirse de Sergio con gestos, se movieron el uno hacia el otro, sin darse cuenta, y esta vez estuvieron más cerca incluso que antes.

Los dos se miraron, casi riéndose por la interrupción.

—¿Dónde estábamos? —soltó Paula.

Diego sonrió de un modo que Paula encontró irresistible, echó una mirada a la tele y dijo:

—En la escena del puente.

A Paula se le erizó la piel y no precisamente por la película. Diego le estaba rozando la mano sin querer. O a lo mejor lo estaba haciendo queriendo, pensó Paula. Ella no lo sabía.

Ni él tampoco.

Paula no apartó la mano. La dejó ahí. Y los dedos se tocaron una vez más, de un modo tan suave y ligero como si aquello fuera una casualidad.

Entonces, se miraron otra vez. Ella descendió con la vista a los labios de Diego. Estaban tan cerca que las respiraciones se

mezclaban y Paula de nuevo le miró a los ojos mientras su boca estaba tan cerca que casi podía rozar los labios de él.

Ya solo quedaba dejarse llevar. No había más opciones…

Pero el móvil de Paula vibró sobre la silla.

—Joder —murmuró. Miró la pantalla y dijo tras resoplar—: Es Ana.

Diego, con la erección que saltaba a la vista, arqueó una ceja:

—¿Y quién es Ana?

Más que nada porque no le iba a perdonar en la vida que les hubiera fastidiado el beso.

—Mi amiga. Y es muy dramática…

—Qué guay —ironizó él.

—Y con muchos problemas… —replicó ella, lamentando el sentido de la oportunidad de su amiga.

—Vaya…

Paula no pudo evitar reírse y, mientras el teléfono no paraba de sonar, explicó:

—Ahora no tiene muchos, superó que le hiciera *ghosting* aquel tío que parecía perfecto. Y desde hace tres meses trabaja en un sitio donde solo hace ocho horas, no trece como antes.

—Ya.

—Pero como no coja el teléfono, va a montarse un thriller psicológico ella sola. Es muy imaginativa.

Paula aceptó la llamada y Diego escuchó perfectamente cómo decía:

—¡Paulaaa! ¡Feliz Navidad! ¿Dónde estás? ¿Qué haces, loca? Te he escrito un montón de wasaps.

—En la casa rural. Sabes que casi no hay conexión.

—Está la baldosa —le recordó Ana.

—No he tenido tiempo de nada.

—Ya, pero yo me preocupo. Y mis pensamientos intrusivos no me estaban dejando disfrutar del champán de tres euros.

Paula miró a Diego de reojo. Él la miró también, divertido.

—¡Feliz Navidad! Y sí, estoy viva. Y al frente de la casa rural.

—¿Y qué haces? Te noto rara… ¿Estás bien?

—Sí, sí. Bien. Estoy viendo una peli.

—¿Solita? Tía qué mal, ¿no? ¡Qué bajonazo!

Diego no pudo evitar toser, no lo hizo aposta. Tal vez fue por los nervios, pero tosió unas cuantas veces.

—¡Bueno, bueno, bueno! —canturreó Ana al oírlo—. ¿Y esa tos de tío bueno? Tía, tía, cuentaaaaaaaaaaa…

Capítulo 14

Paula bajó un poco más la voz y dijo como si no tuviera importancia:

—Estoy con un huésped.

Por unos instantes se escuchó un silencio al otro lado y luego un grito:

—¡Tíaaaaaaaaaaa! ¡Te has liado con un huésped! ¡En uno de los momentos peores de tu vida! ¡Eres muy valiente, Pau! Aunque dicen que es en estas etapas, en las que estás perdida y hundida en la mierda, cuando hay más probabilidades de que surja el amor. ¿Y cómo está el huésped? ¿Está bueno? Tiene tos de empotrador… Cof, cof, coooofffff.

Diego no podía parar de toser y Paula estaba tan nerviosa que cogió una peladilla de la bandeja del turrón y se la metió directamente en la boca.

—Chupa —le ordenó.

—¿Cómo que chupa? ¿Qué te lo come bien? —quiso saber Ana, sin cortarse ni un pelo.

—¡No! Le digo a él que chupe la peladilla…

—¿La pepitilla? —soltó Ana.

—Ana, por favor —murmuró Paula, sin saber dónde meterse.

—Tía, que se escucha fatal. Entonces, ¿está bueno o no? —insistió Ana que, cuando se ponía, no paraba.

Paula respondió rápido para cortar el asunto:

—Normal. Todo normal.

Diego puso cara de ofendido en broma y susurró:

—¿Normal?

Paula, sin querer, bajó la mirada a su entrepierna y era de todo menos normal.

Y, para rematar, Ana chilló:

—¡Eso significa que está muy bueno! Cuando un tío es feo siempre recalcas que es simpático. ¿Y qué tal la Navidad con él? ¿Me escucha?

Paula miró a Diego otra vez y respondió:

—Te escuchan hasta en el pueblo de al lado.

—¡Preséntameloooooooooooo! —gritó Ana.

—Ana… —pidió Paula, agotada.

Pero Ana ya estaba lanzada y se apresuró a presentarse:

—¡Hola, huésped! Soy Ana.

—¡Hola, Ana! Encantado. ¡Soy Diego! —replicó él, encantado con la situación.

—Joder, ¡qué voz! —canturreó Ana, maravillada—. ¿Y por qué me suena?

—Pues… —balbuceó Paula, sin saber qué decir.

—Tía, yo esa voz la he escuchado antes —insistió—. ¿A qué te dedicas, Diego?

Paula ya no sabía qué hacer para que cerrara el pico y suplicó:

—Ana…

—Tiene voz de que hace virguerías con las manos. ¿Es cirujano? ¿Hace tiktoks explicando las operaciones con la bata manchada de sangre?

Diego soltó una carcajada y Paula bufó:

—Ana, tía…

—Vale, vale. Lo pillo. No te pongo en un compromiso. Pero me lo cuentas todo luego. Y oye, tu tía quiere hablar contigo. Me contactó hace cinco minutos. Dice que la llames desde la baldosa mágica, que ahora tiene cobertura.

—De acuerdo. Ahora la llamo.

—Y respóndeme solo sí o no: ¿hay tema con el tío de la voz *sexy*?

Paula abrió los ojos como platos, miró a Diego de refilón, que parecía que se lo estaba pasando genial, y masculló:

—Ana…

—Tú disfruta —aconsejó Ana—. La vida es así: te has quedado sin curro, pero lo mismo te sale un novio así de repente… como un grano.

—¿Un grano? —repitió Paula, mientras Diego casi lloraba de la risa.

—No digo que él sea un grano, que ya sabemos que es un buenorro, digo que es algo que no esperas. Y, Pau, ya te toca desquitarte del pan sin sal de Toni y comerte un pan más rico. Con cosas. Con tomate, con aceite, con ajito…

Paula se mordió los labios para no reírse y se despidió de ella:

—Adiós, pesada.

—Adiós, que te quiero. ¡Feliz Nochebuena! ¡Escríbeme! ¡No seas perra!

Ana colgó y Diego, mirándola con una sonrisa gamberra, murmuró:

—Así que soy normal…

Paula se río también y replicó muerta de la vergüenza:

—Calla.

—No sé, a lo mejor solo te parezco simpático.

—Tengo que llamar a mi tía.

—Tu amiga dice que tengo la voz *sexy*. No sé qué te parece a ti.

Paula le sacó la lengua y él se tumbó teatralmente en el sofá.

—No te apalanques mucho, que enseguida estoy de vuelta —le advirtió.

—Aquí te espero. Ah, y no olvides escribirle a tu amiga que soy un pan de masa madre con cosas… —le recordó, con una sonrisa lobuna.

Paula le tiró un cojín y se encerró en el cuarto de baño helado. Se plantó sobre la baldosa mágica, hizo la videollamada y la cara de su tía apareció radiante:

—¡Feliz Navidad, Paulita! ¡Mira desde dónde te llamo!

La pantalla se llenó de luces doradas, música en directo y el mar al fondo. Luego, la tía Lola giró la cámara y apareció con un vestido de lamé dorado y el pelo recogido en un moño tirante que le daba un aire de diva de los cincuenta.

—¡Feliz Nochebuena, tía! Veo que estás cenando…

—Sí, había una cena de gala en el barco, pero nosotros hemos desembarcado para venir a este restaurante de lujo frente al mar… en no sé qué sitio del Caribe. No sé dónde estoy. ¡Me encanta! ¡Y hay langosta!

—¿Hemos? —repitió Paula, divertida.

Lola sonrió con picardía, le dio la vuelta a la cámara y apareció el perfil de un hombre con esmoquin blanco, hablando con el camarero.

—Hemos —insistió la tía tras dar la vuelta a la cámara.

—Ay, tía… —Paula alzó una ceja—. No me digas que…

—Me ha invitado a que pasemos juntos la Nochebuena.

—Imagino que no podrás hablar mucho con él delante —supuso Paula.

—¡No habla ni papa de español! —exclamó Lola, muerta de risa—. Nos entendemos en inglés… con mi inglés… que ya sabes cómo es: un chapurreado muy gracioso, más de gestos que de palabras. Pero me sirve para atender a los guiris en la casa rural y para conversar con este caballero.

—¿Os estáis conociendo?

—¡Qué va! Se lo he dejado claro desde el principio, porque esto es lo que es. Le he dicho: *Gentleman, without questions and without nothing.* Y él encantado. *Only enjoy*, me ha dicho. ¿Tú sabes qué gustazo? Esto sí que son vacaciones. Nada de pasados, ni de historias tristes, ni de nombres verdaderos.

—¿No sabes ni su nombre? —preguntó Paula, patidifusa.

—El primer día me dijo que para mí será Maximilian. Imagina, al momento me acordé de mi abuelo, pero no iba a cortarle el rollo diciéndole que se pusiera otro nombre que mi abuelito se llamaba Maximiliano y se enroscaba cada mañana la boina. Le he seguido el rollo y le he dicho que me llamo África, que suena como a misterioso y salvaje. Y mira cómo está el caballero… Te giro la camarita para que lo veas: observa la planta y observa esa mirada.

Paula vio a un hombre alto, canoso, con barba incipiente y sonrisa amable, que levantó su copa en dirección a la cámara y saludó.

Lola giró la cámara y le explicó a su sobrina:

—No te lo presento, porque como esto es una relación sin preguntas…

—¿Pero de verdad que no sabes quién es?

—Eso lo hace más divertido. Puede ser un espía o un dentista que lleva una vida de lo más aburrida en un pueblito alemán.

—Tía, prométeme que vas a tener cuidado —le pidió Paula sin disimular su preocupación.

—Te prometo que viviré, que no es lo mismo, pero se le parece. Y tú, deberías hacer lo mismo.

—¿Yo? —replicó Paula, a la defensiva.

—Sí. Tú. Ya que has tirado un árbol de Navidad por la ventana tienes que seguir: estás en racha. ¿Cómo va todo por la casa?

—Bien, muy bien —respondió, ansiosa por cambiar de tema.

—¿Te apañas bien con todo?

—Sí, sí. Está todo perfecto.

—¿Y tú? —preguntó la tía entornando la mirada.

—Yo estoy tranquila. A gusto.

—Ajá —dijo la tía, leyendo entre líneas como siempre.

—¿Qué? —soltó Paula, mosqueada.

—Nada. Que tienes una cara de que estás pasando una Navidad de lo más… interesante —añadió la tía, con la mirada curiosa—. ¡Y vestida con lentejuelas rojas! ¿Qué estabas haciendo ahora?

—Viendo *¡Qué bello es vivir!*

—¿Con quién? Porque tienes cara de que no estás sola —aseguró la tía, escudriñándola como solo ella sabía hacer.

Paula bajó más la voz todavía y respondió tras dudar un segundo:

—Con el huésped que llegó el último.

—Ah, ese chico… ¿Qué tal con él? Tiene una voz muy bonita…

—Aquí, bien.

—¿A qué se dedica? —preguntó la tía, arqueando una ceja.

—¿A ti no te gusta tanto el rollo sin preguntas?

—Sí, pero a ti no —contestó Lola, divertida.

—Es comercial. De boniatos.

—Jo, jo, jo. Maximilian se ríe de verme reír. Es un cachondo el tío. Bueno, sigamos… ¿Y cómo es el comercial?

—¿Qué más da? —repuso Paula, agitando una mano.

—No es lo mismo, Paulita. Y tú lo sabes. ¿Maromazo o chiflillas?

Paula sonrió y respondió tras bajar el volumen del teléfono:

—Está bien.

—Mmmm. ¿Y es… soportable? —quiso saber, tras dar un sorbo a su copa de vino.

Paula suspiró y respondió con total sinceridad:

—Creía que era borde, pesado y repelente…

Paula se calló y la tía le clavó la mirada letal que hacía que desembuchara lo más grande a su pesar:

—Pero…

Paula se encogió de hombros y se sorprendió a sí misma reconociendo:

—Me hace sentir bien. Me abre los botes, me enciende la chimenea y me enrosca la bufanda para que no coja frío.

La tía dejó la copa de vino en la mesa y la miró seria:

—Paula, cariño, esto es justo lo que necesitabas.

—¿Tú crees? —preguntó, sin disimular su ansiedad.

—He llamado a tu madre y me ha dicho que la cena no ha sido perfecta porque tú te olvidaste de incluir en el pedido del charcutero el jamón ibérico…

—Hablé antes de cenar con ella y me lo dijo —contó Paula.

—Pero es que tú no tienes por qué hacerte cargo del jamón de tu madre.

—Está muy liada estos días en la cerrajería —la justificó Paula, como hacía siempre.

—¿Y tú no estás liada? No me digas que no te gusta que alguien esté ahí para encenderte el fuego… —habló la tía, con retintín.

Paula negó con la cabeza, porque lo tenía clarísimo:

—No quiero meterme en líos.

—¿Y por qué no?

—Se supone que he venido a la casa rural a estar tranquila.

—Pero ha aparecido él. Y te gusta… —afirmó la tía.

Paula bajó aún más el volumen del teléfono…

—Uf —resopló.

—Si te gusta, yo no me lo pensaría. Y acuérdate de lo que me dijo la abuela en sueños: «lánzate a la vida». Déjate querer un poco, disfruta de las Navidades y el futuro ya se buscará la vida.

—Dicho así, suena fácil —replicó Paula.

—Lo es. Tú eres la que lo complica. Además, otra cosa… —añadió Lola, mirándola pícara—: ese chico no es un comercial de boniatos.

—¿Qué? —masculló Paula, pestañeando deprisa.

—Que es el chef de la tele. El que montó el pollo porque las natillas sabían a rayos…

Paula se rio como si su tía estuviera bromeando…

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso!

—Dejó a todo el mundo plantado y está de incógnito en la casa rural. Juana, la frutera, me ha escrito esta misma mañana para contarme que se ha quedado muy castigadito después del linchamiento mediático.

Paula se quedó muda. Luego, abrió la boca para decir…

—Yo…

—Tú has hecho lo que debes —le interrumpió Lola—, ser discreta.

—Él llegó diciendo que no era ese chef famoso y yo le solté que no sabía quién era, para tocarle las narices. Para todo el mundo es Diego Martiniano, comercial… de boniatos.

—Ya, bueno… La verdad es que ese hombre tiene cara de todo menos de vender boniatos. ¿Y sabes qué es lo mejor?

—¿Qué? —inquirió Paula, sin tener ni idea de por dónde iba a salir su tía.

—Que te ha elegido a ti para esconderse.

—¿A mí? —soltó, perpleja.

—Claro, por eso no se va. ¿Tú crees que si no se sintiera a gusto no se habría ido ya? Está en la casa por ti. Y tú le has elegido a él para respirar por fin.

—¿Yo? —balbuceó.

—No me pongas cara de seta. Porque sabes muy bien lo que está pasando. Pero te asusta…

Paula tragó saliva y matizó llevándose la mano al vientre:

—Da vértigo.

—Miedo. Lo tuyo es miedo —insistió Lola—. Pero las cosas hay que hacerlas igual con miedo. Así que tú vive, que para eso tu madre y yo te trajimos al mundo: para que vivas. No para que te quedes mirando cómo se tuestan las tostadas.

Paula sonrió con los ojos húmedos…

—Pues es muy relajante. Es mi meditación matutina.

Lola miró al hombre del esmoquin, que le hacía señas y añadió:

—Seguiría hablando tres horas, pero este Maximilian no sé qué me está diciendo y me acaban de poner una langosta en el plato. Mira… —dijo mostrándole la langosta gigante.

—¡Madre mía! —exclamó Paula, alucinada.

La tía se volvió a enchufar con la cámara y le dio a Paula el consejo final:

—Vuelve al salón y deja de perder el tiempo conmigo. Solo tienes que creer y confiar un poco. Si no lo haces en Navidad… ¿cuándo?

Se despidieron después de dejar esa pregunta en el aire.

Colgaron y Paula se quedó un segundo quieta en la baldosa, respirando hondo.

Porque había dejado un beso a medias.

Y ¿ahora qué?

¿Olvidarse de todo o lanzarse?

Le dio unas cuantas vueltas y concluyó que ella siempre terminaba lo que empezaba.

Así que regresó al salón, que estaba casi a oscuras, salvo por el parpadeo de la luz del árbol y la tele.

Diego dormía en el sofá, con la manta hasta el pecho, la boca medio abierta y la mano colgando.

Lo miró, con las palabras de su tía resonando en su cabeza: «sabes muy bien lo que está pasando» y sintió un pellizco en el estómago.

Paula sabía que eran mariposas y claro que las estaba sintiendo debido a que el sistema inmune del cocinero tenía que ser muy diferente al suyo. Pero también había algo más… porque él tenía una expresión tan tranquila y tan vulnerable que a Paula se le encogió el pecho.

Parecía un buen hombre.

Un buen hombre cansado de demasiadas cosas. Y que por fin descansaba…

Paula dio unos pasos hacia él y, sin saber por qué ya que ella nunca hacía esas cosas con alguien con quien se suponía que no tenía nada, le apartó con cuidado un mechón de pelo que se le había caído sobre la frente.

Diego no se movió. Solo suspiró, como si el gesto se acabara de colar en su sueño.

Paula sonrió y se sentó en el brazo del sofá, sin hacer ruido, para no despertarlo.

Y se quedó ahí, con la película de fondo, el fuego casi apagado y el corazón preguntándose si su tía tendría razón y, quizá por esta vez, tocaba creer y confiar…

Capítulo 15

El veintiocho de diciembre amaneció con un cielo despejado y un frío que se metía hasta en los bolsillos.

Paula se despertó con la sensación de que aún llevaba un beso a medias pegado a los labios.

Desde esa noche no habían vuelto a estar tan cerca, pero esa mañana, después de ducharse, mientras se ponía el jersey gordo de renos para empezar con los desayunos, se repitió en bucle: «Yo siempre termino lo que empiezo».

La casa estaba silenciosa. Milagros y Paco habían madrugado para ir al pueblo a por pan, Sergio y Luna dormían todavía, Yoyo se había quedado remoloneando en la cama con un libro y Daniela y María seguían durmiendo cada una en un cuarto y sin hablarse.

En la cocina, Diego estaba trasteando con la cafetera, con la gorra calada y el tostador echando humo.

—Buenos días —saludó él, con la voz ronca—. Su café, señorita —dijo poniéndole en las manos la taza roja con el corazón blanco.

—¡Buenos días y muchas gracias! Qué amable… y en mi taza de la suerte —replicó Paula, que casi se le cayó la taza de las manos del escalofrío que le provocó la voz del chef.

—He puesto agua a calentar para que se caldee esto. Hoy hace mucho frío.

Y como vio que Paula temblaba, se quitó el forro polar que llevaba encima del jersey y se lo colocó por los hombros.

—No hace falta —musitó ella, aspirando el olor amaderado del perfume de Diego, que le volvía absolutamente loca.

—Claro que sí —replicó él, rematándolo con una sonrisa espectacular.

Se miraron un segundo de más, como si a ninguno se le hubiera olvidado que tenían un beso pendiente.

Luego, Paula dio un sorbo al café, riquísimo, como todo lo que preparaba él. Y Diego también se encargó de las tostadas…

—Me estás acostumbrando fatal. ¿Qué voy a hacer cuando no estés para hacerme el desayuno?

—Llamarme —respondió él, sin pensarlo.

Se rieron y, cuando terminaron de desayunar, Milagros irrumpió en la cocina con un abrigo de peluche rosa hasta los pies, las mejillas rojas por el frío y una bolsa enorme con muchísimas barras de pan.

—¿Vamos a invitar al pueblo entero a tomar un bocadillo de Nocilla? —preguntó Diego, risueño.

—¿No sabes lo que toca hoy en el pueblo? —inquirió Milagros, como si fuera algo que tuviera que saber todo el mundo.

—No —respondieron al unísono.

—Paula, que tú vienes aquí todas las Navidades… ¿No te acuerdas de qué es lo que toca el Día de los Santos Inocentes?

—¡La tortillada! —recordó Paula de golpe.

—¿Eso qué es? —quiso saber Diego, curioso.

—El padre Evaristo me contó en la misa del gallo que es una tradición sagrada del pueblo —explicó Milagros dejando las barras sobre la encimera—. Todos los años se hace una tortilla gigante en la plaza y la gente lleva juguetes para que los pajes los repartan el día de Reyes a las familias que lo están pasando peor.

—Ni un niño sin juguete… Ya sabes —comentó Paula, orgullosa.

—El padre Evaristo me pidió el otro día que llevara pan, pero es que ahora vengo del pueblo y resulta que me he enterado de que no hay cocinera —soltó Milagros, mirando de reojo a Diego—. Porque Mari Carmen, la reina de la tortilla del pueblo, se ha fastidiado la muñeca haciendo rosquillas. Me lo ha contado Niceto mientras descargaba cajas y cajas de huevos XXL.

Diego, que estaba preparando los desayunos para los que estaban durmiendo, levantó la mirada y repitió:

—¿Una tortilla gigante?

—Como una plaza de toros, me ha dicho el cura —asintió Milagros.

—Mari Carmen la hace en una sartén del tamaño de una rueda de tractor y le salen cientos de raciones —contó Paula—. Es divertido, quien puede lleva juguetes, se cantan villancicos…

—Y hala, ya tenemos la magia montada —canturreó Milagros, frotándose las manos de la ilusión que le hacía—. Solo nos falta una cosa… ¿Qué, comercial de boniatos? ¿Te animas? —le preguntó entornando la mirada.

Diego arqueó una ceja.

—¿Me estás retando a hacer tortilla para un regimiento?

—Y a hacerla delante de todo el pueblo —añadió Paula, como si no estuviera acostumbrado a cocinar en su programa ante millones de personas.

Él se encogió de hombros, intentando restarle importancia al nudo que se le hizo en el estómago de pensar que podían grabarle. Pero al momento le encontró remedio, porque esa gente le caía genial y tenía que ayudar:

—No hay problema. Somos siete hermanos. La Coronela puede darme unos cuantos consejos para hacer una tortilla gigante. Eso sí, las gafas y una peluca de cotillón no son negociables. Como son los Santos Inocentes… Es solo por una cuestión de ambientación.

—Yo me encargo de comprarte el cotillón —repuso Milagros, dándole una palmada en el hombro—. ¡Entonces se lo digo al padre Evaristo! —exclamó entusiasmada—. ¡Qué alegría le vas a dar al hombre, que lleva rezando desde que se enteró de lo de Mari Carmen para encontrar un voluntario! Me voy pitando a darle el notición…

Milagros salió como una exhalación y, de nuevo a solas, Paula lo miró con sincera admiración:

—Es un gesto muy bonito —murmuró.

—Solo es una tortilla —farfulló él, quitándole importancia.

—No. No es solo una tortilla —insistió Paula—. Es una tortilla que sabe a juguetes para los que más lo necesitan, a Reyes y a esperanza.

Diego la miró y sintió como un vuelco que le puso todo en su sitio. Esa chica tenía esa habilidad: le hacía sentir más él que nunca y encima sabía conmoverle con algo tan sencillo como una patata.

—Será un honor para mí hacer esa tortilla —dijo Diego, acercándose a ella.

Se miraron otra vez y Luna entró en la cocina gritando emocionada:

—¡Esta tarde hay tortilladaaaaaaaaaaaaaaa!

Y otro beso más se quedó suspendido en el aire… hasta que llegó la tarde…

El pueblo estaba entregado a la causa. En la plaza habían colocado unas mesas largas, un escenario con un micrófono y un rincón lleno de cajas decoradas con papel de regalo dorado donde la gente iba dejando los juguetes: peluches, muñecas, coches, puzles, balones, libros infantiles…

Luna apareció abrazando una caja envuelta con papel de estrellas.

—¿Estás segura de que ese es el juguete que quieres donar, cariño? —preguntó Sergio.

La niña asintió, muy seria, con la caja pegada al pecho.

—Mi capibara Pedrete.

—Es de tus favoritos —le recordó Sergio, sin salir de su asombro.

—Y el más bonito —añadió la niña—. En las tres tiendas en las que hemos estado no he encontrado nada tan bonito como Pedrete. Y está como nuevo… Quiero dárselo a los pajes para que se lo regalen a alguien que sé que lo va a querer tanto como yo.

—Es precioso lo que vas a hacer, Luna —comentó Yoyo, mirándola con orgullo—. Cuando compartes lo que te gusta, no lo que te sobra… el corazón te crece.

A Sergio se le empañaron los ojos y fingió toser para disimular la emoción.

—Yoyo tiene razón —logró decir al fin.

Yoyo con la mirada vidriosa sacó el móvil e hizo una selfi rápida de los tres para tener un recuerdo de ese momento que no podía ser más Navidad: una niña soltando su juguete favorito y dos adultos intentando no llorar.

Mientras tanto, en una esquina de la plaza, habían improvisado una especie de cocina de campaña con una megasartén apoyada sobre un fuego de gas industrial, muchas cajas de huevos, sacos de patatas, cebollas, aceite y un reguero de voluntarios pelando, cortando y removiendo.

Diego, con una peluca rosa de rizos, la gorra encima, unas gafas de plástico amarillas, delantal de lunares y Natillas colgado de la pierna como un koala, supervisaba la operación.

—A ver, equipo —dijo—. Las patatas en láminas finas, no quiero ladrillos como este —advirtió, cogiendo un trozo que alguien había cortado—. Y la cebolla la necesito dorada, no carbonizada.

—¡Haced caso al chico de la peluca con gorra que sabe de lo que habla! ¡Estoy muy emocionado con que nos honre con su presencia! —exclamó el padre Evaristo, llevándose la mano al pecho de pura gratitud.

—Nada, padre. La emoción es mía…

Paula estaba a su lado, con las manos metidas en una palangana de patatas, y lo miró de soslayo:

—Ahora soy el chico de la peluca con gorra. Para lo que he quedado… —bromeó Diego.

—Suena a superhéroe rural: el chico de la peluca con gorra —replicó Paula, con guasa.

—Sí, mi superpoder es oler a fritanga —soltó él, mordaz.

Yoyo y Sergio decidieron encargarse de ayudar a la gente a dejar los juguetes en las cajas y de explicarles a los niños que los pajes vendrían a recogerlos esa misma noche.

—¿Y vamos a poder verlos? —preguntó un niño.

—No, porque son muy vergonzosos… como mi padre. ¿Verdad, Yoyo? —respondió Luna.

Sergio se echó a reír.

Y un rato después, el padre Evaristo, con su bufanda de lana y una carpeta, se pasó por la cocina de campaña y le dijo a Diego:

—Esta tortilla va a hacer historia, hijo. Te lo digo yo, que he visto muchas.

—Esperemos que sea por lo buena y no por lo cruda —replicó él.

Paula soltó una carcajada.

—No hay más que ver cómo huele. Esta tortilla es otro nivel… No se lo digáis a Mari Carmen, por favor. Y, además, esta Navidad está siendo distinta —admitió el cura—. Y tiene mucho que ver con tu casa rural Paulita. Este año tienes a gente que hace que se respire en el pueblo una alegría nueva.

Paula pensó que el cura tenía razón y que una parte de esa alegría llevaba gorra, gafas amarillas y peluca rosa.

Después, siguieron con la preparación hasta que llegó el momento crítico de darle la vuelta a la tortilla gigante.

El pueblo entero estaba expectante, grabando todo con los móviles en alto.

Paula se colocó frente a la sartén, por si tenía que hacer de escudo humano.

—¡Tranquilidad absoluta! —gritó Niceto—. Si sale bien, será mérito del cocinero. Si sale mal, la culpa será de la sartén.

Diego respiró hondo, se quitó todo: gorra, peluca y gafas, cogió el pedazo de tapa metálica con la ayuda de Paco y otro voluntario, el padre los bendijo, contaron hasta tres y…

—¡Uno, dos… tres!

¡Y volteo perfecto! Ni un trocito se quedó fuera. Y el olor era espectacular, a tortilla cuajada en su punto justo.

La plaza entera estalló en aplausos.

—¡Olé ahí el cocinero! ¡Es mejor que el de la tele! —chilló una de las señoras mayores de la frutería—. ¡Más cascadete, pero mucho mejor!

Diego se volvió a poner la peluca y la gorra, se ajustó bien las gafas y sonrió a Paula:

—Estoy cascado. Qué le voy a hacer. Vender boniatos es lo que tiene… —bromeó.

Y ella al ver esa sonrisa sintió que estaba justo donde tenía que estar: en el sitio perfecto.

Luego, Diego le dio a probar la tortilla, pues quería que ella fuera la primera y Paula puso los ojos en blanco:

—¿Pero esto qué es? Jo, ¡qué rica, por favor!

Natillas maulló. Diego le pasó un trocito de patata cocida, y le debió parecer tan buena que se subió de un salto al hombro de Diego y se puso a ronronear en su oreja.

—Mira, tienes tu propio crítico gastronómico —ironizó Paula.

—Mientras no me haga la pelota ahora y luego me ponga una mala reseña a traición, vamos bien… —comentó tras probar su tortilla y quedar bastante satisfecho con el resultado.

Pero claro, pensó, con Paula al lado, todo solo podía salir bien.

Tras las risas, empezó el reparto de las raciones. Milagros y Paco organizaban las filas, Daniela y María estaban en la mesa del emplatado sin hablarse, pero trabajando al mismo ritmo.

Una colocaba el plato, la otra servía la porción de tortilla. Y cada vez que sus manos se rozaban un milímetro, las dos contenían la

respiración.

—Estas dos me tienen muy preocupada… —murmuró Milagros a Paco, porque no les quitaba ojo.

—Espera a ver si la cosa mejora con la tortilla. Una señora tortilla arregla más cosas de las que parece…

Las filas eran muy largas. Había más gente que nunca y todos parecían felices de tener algo que contar.

Porque todos, como el cura, sabían que esa tortilla estaba haciendo historia.

La tarde fue cayendo. Las luces de Navidad se encendieron, la plaza se llenó de un murmullo agradable, de olor a tortilla y a ilusión.

En un descanso, cuando ya casi no quedaba nadie en la cola, Paula y Diego se apartaron un poco hacia la esquina donde estaban las cajas hasta arriba de juguetes.

—Mira eso —susurró Paula, muy emocionada—. ¡Qué maravilla! Es el año en que se han recogido más juguetes.

Diego observó las cajas y no pudo evitar acordarse de su infancia:

—Mis padres hacían malabares para que los siete no notáramos que estábamos caninos. Y la Coronela ni te cuento…

—Seguro que está muy orgullosa de lo que has hecho hoy.

Él tragó saliva, miró a la gente, al cura bendiciendo todo lo que veía, a Luna sujetando la mano de Yoyo, a Daniela y María robándose miradas entre emplatado y emplatado, y a todo el mundo ilusionado y murmuró:

—No sé si estará orgullosa de la tortilla, pero de esta magia… seguro que sí.

Paula dio un paso hacia él.

—Yo lo estoy —soltó, sin pensarlo más.

Diego la miró sorprendido y replicó mordaz:

—¿De mis tortillas o de mis pintas?

—De ti —aclaró, sintiendo lo fuerte que le estaba latiendo el corazón.

Luego, se quedaron en silencio y, de pronto, apareció Milagros, que se percató al momento de lo que estaba a punto de pasar y dijo:

—Venía a felicitarte por la tortilla. La mejor de mi vida. Pero acabo de darme cuenta de que necesitamos servilletas.

—Sí, sí… servilletas —repitió Paco, pillando al vuelo la excusa.

—Y las tiene el padre en aquella punta… Padreeeeeeeee, padreeeeeeeeee…

Se alejaron con una sonrisita cómplice, arrastrando también a Yoyo, Luna y Sergio con la excusa de ayudar a recoger las mesas.

De pronto, Paula y Diego se encontraron prácticamente solos junto a las cajas de juguetes, con las luces navideñas reflejadas en las bolas del árbol de la plaza y un villancico lejano sonando por los altavoces del ayuntamiento.

—Diego… —empezó Paula, sin saber exactamente qué iba a decir.

Él se adelantó:

—Llevo desde la Nochebuena queriendo hacer una cosa y, cada vez que lo intento, nos interrumpe alguien —dijo él, quitándose la gorra, la peluca y las gafas y dejándolas sobre una caja.

—Con mucha sed —recordó Paula, divertida.

—O tu amiga Ana —añadió, echándose el pelo hacia atrás con la mano.

—Como tienes tos de empotrador —murmuró ella, acordándose y poniéndose a juego con las bolas rojas del árbol.

Los dos se echaron a reír. La risa les aflojó la ansiedad y Diego dio un paso más. Estaban tan cerca que Paula podía contarle perfectamente las pestañas.

Increíbles pestañas, por cierto. Pensó ella.

—Por si acaso esta vez también pasa alguien y se pone a gritar que tiene sed —susurró él—, me voy a adelantar.

Paula notó que el corazón se le subía a la garganta.

—Vale —alcanzó a decir, casi sin voz.

Él levantó una mano despacio. Dudó un segundo. Luego, con suavidad, le apartó un mechón de pelo, igual que ella había hecho con él en el sofá aquella noche.

—Paula —dijo mirándola a los ojos—. Contigo he vuelto a sentirme normal. Esa normalidad de la buena. Y todo lo de fuera ya me parece un ruido que cada vez escucho más lejos. No sé si me entiendes…

Paula asintió porque le entendía perfectamente, sonrió con los ojos brillantes y confesó:

—A mí me haces sentir… navideña.

—¿Navideña?

—Una Navidad de esas que te arregla un poco por dentro.

Ya no hubo más palabras. Diego bajó la mirada a sus labios como si no pudiera evitarlo. Paula cerró los ojos, se inclinó hacia él y, por fin, los labios se encontraron.

Se besaron. Sabían a tortilla. Notaron el frío en la punta de la nariz y todas las ganas acumuladas de días.

Él la rodeó por la cintura con una mano, la estrechó contra él, ella le agarró por el hombro y el beso se hizo más profundo y más intenso, pero sin prisa. Como quien saborea algo que lleva mucho esperando.

Las lenguas se encontraron, las respiraciones se aceleraron y los corazones se desbocaron.

Y así siguieron hasta que Paula se separó un segundo para coger aire, con la frente apoyada en la de él.

—Creo que… —susurró ella— por fin he terminado lo que empecé.

—Yo no —replicó él, con una sonrisa que le llegó a los ojos—. Yo solo acabo de empezar…

Ella se echó a reír, con la respiración agitada, se miraron unos instantes y volvieron a besarse devorándose las bocas.

No podían dejar de besarse, de lamerse, de mordisquearse los labios… hasta que apareció Natillas, maulló desde el suelo, y se quedó entre ambos. Como si los quisiera así… pegados.

—Lo de este gato no es normal —soltó Diego, muerto de risa.

—¿Y qué es normal de todo esto? Porque yo acabo de besar a un vendedor de boniatos que ha cocinado una tortilla gigante con una peluca rosa —bromeó ella.

Sin embargo, Diego se puso serio y le preguntó con unas ganas que se moría de besarla otra vez:

—¿Te preocupa saltar sin saber dónde vas a caer?

Paula pensó que a lo mejor estaba pecando de inocente si volvía a creer, pero necesitaba hacerlo por una poderosa razón:

—No, no me preocupa para nada, porque esta vez no salto sola…

Y Natillas maulló, como dándole la razón…

Capítulo 16

El día después de la tortillada, la casa rural se quedó, por primera vez en días, extrañamente tranquila.

Demasiado tranquila, después del jaleo de los desayunos…

Paula se quedó en la casa, esperando a Luis, que venía a arreglar un enchufe y ajustar un grifo.

Llegó pronto y lo despachó todo en apenas media hora.

Cuando se marchó, ella se sentó frente al fuego con un libro aprovechando aquel silencio raro y agradable.

Milagros, Paco, Yoyo, Sergio, Luna y Daniela se habían ido en dos coches a pasar el día entero al pueblo de al lado.

María, en cambio, había dicho un escueto:

—Voy a dar una vuelta. Necesito ir a ver a alguien y a hacer unas cosas.

Y se había marchado sola, con gesto serio, sin dar más explicaciones.

Milagros sospechó lo que iba a hacer, en cuanto la vio coger la bufanda y dirigirse hacia el camino del cementerio.

Pero no dijo nada, porque las chicas aún seguían casi sin hablarse.

Diego había bajado al pueblo con una lista kilométrica de las cosas que tenía que comprar.

—Tengo una casa rural entera a la que alimentar y con las mejores materias primas —había dicho antes de salir.

Y, un día más, no había aceptado que nadie pagara nada.

No había manera.

—Invita mi empresa de boniatos —decía siempre.

Así que allí estaba Paula. Sola. Con la chimenea encendida por Diego y un silencio y una calma que hasta la desconcertaba.

Le apetecía muchísimo leer, siempre le apetecía, pero en esta ocasión también necesitaba dejar de pensar por un rato en los besos de la noche anterior en la plaza del pueblo, le habían gustado tanto que cada vez que los recordaba se le ponía una sonrisilla en los labios.

Y cuando al fin logró meterse en la lectura, llamaron a la puerta con dos golpes secos.

Paula pensó que no podía ser Milagros, porque ella no llamaba jamás, directamente entraba con la llave. Ni Luna, porque siempre entraba a gritos. Ni Diego, que solía abrir con llave, sujetándose la gorra y empujando la puerta con el hombro.

Se levantó, dejó el libro sobre la mesita auxiliar y se fue hacia la puerta.

Miró por la mirilla y vio que en el umbral había un hombre de traje impecable, abrigo caro, bufanda gris perfectamente anudada y sonrisa de tiburón.

Luego, escuchó cómo decía con un tono de voz impostado:

—¡Buenos días! Querría hablar con la responsable de la casa rural. Es importante.

Paula se envaró. Ese tipo le dio mala espina, abrió con cautela y respondió:

—¡Buenos días! Yo soy la responsable.

—Encantado. Soy Álvaro Díaz —se presentó tendiéndole la mano, con una sonrisa falsa—. Soy el socio de Diego Márquez. Sé que está hospedado aquí.

A Paula se le encendieron las alarmas. Además, todo en ese hombre era falso. Desde la mirada, a la forma de decir su nombre, pasando por la sonrisa que parecía pegada con chinchetas.

Aún así, Paula mantuvo la compostura mientras le estrechaba la mano y decía:

—No puedo dar esa clase de información. Pero pase, si quiere.

Ella desde luego que quería que entrara porque necesitaba saber con urgencia qué pretendía para proteger a Diego.

Álvaro pasó y se frotó las manos, tiritando.

—Gracias, hace un frío tremendo. Y tutéame.

Paula cerró la puerta y Álvaro se dirigió al salón, inspeccionándolo todo con la ceja levantada, como si estuviera evaluando un hotel de cinco estrellas.

Se situó frente al fuego y Paula le ofreció asiento…

—¿Quieres un café?

Él negó con la cabeza y respondió con una sonrisa intimidante:

—Será muy rápido. Solo unas cuantas preguntas. Tengo prisa.

—Dime —replicó Paula, cruzándose de brazos.

—Mi socio… Diego… desapareció el día diecinueve. Dejó tirado a un equipo entero, a la cadena, al patrocinador y a mí. Tiene el teléfono apagado. No responde los correos electrónicos. Pero ayer recibí un video de un conocido que vino a pasar el día a este pueblo. Te lo muestro…

Álvaro sacó el móvil, buscó el video y en la pantalla apareció Diego con la peluca rosa, las gafas amarillas y la gorra, dándole la vuelta a la tortilla.

—La tortillada de los Inocentes es una tradición en el pueblo —masculló Paula, sin mover ni un músculo de la cara.

—Todo muy folclórico —replicó él—. Y tú apareces en los videos, con la misma bufanda de cuadros que ahora llevas colgada en el cuello. Porque hay más videos…

—La tortilla no se hace en un minuto. Tiene que haber muchos videos —repuso Paula, imperturbable.

—Cuando esta persona me dijo que Diego estaba haciendo una tortilla en un pueblo creí que me vacilaba —contó mientras le seguía enseñando videos—. Le solté que era imposible, que Diego estaba en Corea… aprendiendo a fermentar col —comentó, sin que a Paula le hiciera ninguna gracia el chistecito—. El caso es que he visto los videos con calma. Y es él. Mira, aquí se le ve perfectamente. Está hecho un mamarracho, pero es él —indicó parando el video. Luego, la miró y concluyó rotundo—: Y sé que está aquí. Solo existe una casa rural en veinte kilómetros a la redonda.

Paula tragó saliva. Ni de coña iba a delatarlo. Pero tampoco podía mentir demasiado, así que optó por soltar:

—No puedo dar información sobre huéspedes… por protección de datos.

Álvaro sonrió convencido de que, si la apretaba un poco más, iba a desembucharlo todo y siguió con un tono más duro:

—No hace falta que te hagas la tonta conmigo. Es algo que me pone muy nervioso, además. Sé reconocer la complicidad cuando la veo. Y conozco bien a mi socio. Entre vosotros hay complicidad. Me importa un bledo. No es mi problema. El problema es él.

Paula no se arredró. Le sostuvo la mirada y volvió a insistir:

—Ni soy tonta ni me lo hago. Son las normas.

Álvaro se pasó la mano por la nuca, tensó la mandíbula y habló después con un tono condescendiente que Paula encontró asqueroso:

—Mi socio puede que te haya vendido la moto. Lo hace bien. Muy bien, diría yo. Sobre todo cuando quiere algo. Pero yo le conozco como nadie. Es impulsivo, caprichoso, egoísta, narcisista… y un tremendo irresponsable. Nos metió en un lío monumental con el numerito de las natillas. El producto era una porquería, por supuesto que sí, eso lo sabemos todos. Pero se podía haber resuelto de muchas maneras. No soltando improperios en directo con el patrocinador delante y saliendo del plató como una estrella ofendidita. Eso nos ha costado una fortuna a todos. Si bien él sigue creyéndose que es un artista incomprendido que puede permitirse esas puestas en escena, cuando realmente es un puñetero divo de mierda. Tiene contratos firmados. Compromisos con la productora, la cadena y los patrocinadores. Campañas de productos. Gente que vive de lo que él hace. Y se ha largado sin mirar atrás. No te imaginas lo que me ha costado manejar el despropósito… ¿Te ha contado lo de las recetas?

Paula lo miró y respondió porque no quería escucharlo ni un instante más:

—Mira…

—Mira tú. Esto es importante. Hace unas semanas, la competencia nos pidió una colaboración. Yo pensé que era una oportunidad. Les pasé unas ideas de entrantes nuevos, un desarrollo de recetas. Nada que no se haga en televisión a diario. Él me montó una tragedia griega. Me acusó de venderlo, de traicionarlo, de no respetarlo. Es muy intensito. Se le va la pinza cuando siente que le quitan el foco.

Paula tuvo que reprimirse las ganas de decirle a ese cabrón que pasar las ideas de Diego por detrás no se llamaba oportunidad, sino putadón de los gordos. Y, para saber de una vez adónde quería llegar, le soltó:

—¿Y qué quieres de mí?

Álvaro la miró de un modo despótico, como si fuera algo obvio:

—Necesito hablar con él. Si no me dices dónde está…

—¿Yo? Ni idea.

—Ya. Pues como haces tortillas con él —habló Álvaro, mordaz—, pídele que me llame. Quiero explicarle que podemos negociar con la cadena, con los patrocinadores… con todo el mundo, limpiar su imagen y montarle una campaña perfecta para Navidad del tipo: «pido perdón, he tocado fondo, ahora soy mejor persona». Eso la gente se lo traga y más en estas fechas que tienen el corazón blandito. Pero mi paciencia no es infinita—. Los ojos de Álvaro recorrieron la sala y luego le clavó la mirada gélida—. Dile que tiene hasta Nochevieja. El día treinta y uno. Después de esa fecha no podré contener más cosas y saldrá perjudicado, porque los demás no son tan comprensivos como yo.

Paula sintió una punzada en el estómago ante la amenaza directa y fría y le miró con desprecio:

—Esto sabes que tiene un nombre…

—¡No me digas! —exclamó él, airado.

—Sí. Y no es bonito.

—Diego no te conviene —le aconsejó tras erguirse, irritado—. Solo piensa en él. Y, cuando menos te lo esperas, pega un portazo y desaparece. Sin dar la cara, importándole un carajo todo… y contigo hará igual. ¿O eres tan mema de creer que contigo será diferente? Esta gente no cambia. Se vuelve peor. Hago negocios con él porque es el top uno en lo suyo. Pero como persona no es nada recomendable. Y esto último que ha hecho ha sido la gota que colma el vaso. Habla con él. Convéncelo. Es por su bien y por el de todos. Me niego a que por un arrebato de estrellita mande a paseo años de trabajo. El suyo y el de un montón de gente. Y si decide seguir ocultándose, recuérdale que siempre hay maneras de encontrar a alguien. Siempre. Que tengas un buen día.

Álvaro se marchó dejando la puerta abierta y a Paula temblando entera. Cerró la puerta, apoyó la frente en la madera y exhaló un suspiro largo para intentar calmarse.

Ese hombre era lo peor que había conocido en mucho tiempo.

Luego, llamó a la gente del pueblo para intentar localizar a Diego: a la frutera, al carnicero, al del bar…

Pero en todas partes le dijeron que hacía un rato que acababa de salir.

Diez minutos después, Diego entró por la puerta.

—¡Por muy poco no os cruzáis! ¡Tu socio acaba de irse! —farfulló Paula, con una cara de angustia que provocó que Diego se tensara por completo.

Iba cargado de bolsas, se fue con ellas hasta la cocina, las guardó a toda velocidad mientras su mente iba más deprisa todavía.

Paula le ayudó, sin decir nada, respetando su silencio. Y ya cuando lo colocaron todo, él la miró muy serio y dijo:

—Así que ha venido Álvaro.

—Sí. Y ha dicho cosas que no me han gustado ni un pelo.

Diego se quitó el abrigo, se fue al recibidor a colgarlo y luego se sacó la gorra.

Paula iba detrás de él, con una preocupación que ni podía disimular.

Diego soltó un bufido, se pasó la mano por el pelo y confesó:

—Imaginaba que tarde o temprano aparecería.

Paula se puso frente a él y dijo con la voz tomada por la ansiedad:

—Ese hombre es horrible. ¿Cómo puedes trabajar con él?

—Paula… —masculló con un punto de tristeza en la mirada—. No sé qué te habrá contado… Y no sé desde cuándo tú…

—¿Sabía quién eres? —lo interrumpió. Diego asintió y Paula añadió—: Desde el primer día.

Diego, sorprendido, preguntó sin dar crédito:

—¿Desde el primero… primero?

—Desde que pusiste un pie en la casa. Reconocí tu cara al instante. Me pasó como a Natillas, que te olió desde la puerta…

Capítulo 17

Diego resopló, nervioso, y exclamó sintiéndose un auténtico estúpido:

—¡Ay, madre! No sé qué te habrá dicho mi socio, pero yo te lo confirmo: soy gilipollas.

—No, no lo eres.

—Ah, ¿no? —replicó él, con sarcasmo.

—Y después de conocer a tu socio, entiendo perfectamente por qué viniste buscando un poco de paz.

Diego sintió que le daba un vuelco al corazón y le preguntó con la mirada muy brillante:

—¿Por eso no me dijiste nada? ¿Intuiste que necesitaba desconectar de todo?

—No te dije que sabía quién eras… porque me caías fatal —respondió Paula con sinceridad total.

A Diego casi se le cayó la mandíbula y farfulló frunciendo el ceño:

—¿Qué?

—Sí, tío. Fatal.

—¿Cuánto de fatal? —quiso saber Diego, temiéndose lo peor.

—¡Cien por cien fatal!

Diego no sabía si reír, cabrearse o meterse debajo de la mesa.

—¿Qué te había hecho yo?

—¿Qué no me habías hecho? —inquirió Paula, risueña—. Te veía siempre en la tele, literal, porque siempre que aparecías yo apagaba el volumen.

—¿Tengo la voz tan fea?

—Tu voz siempre me ha parecido de lo más *sexy*, pero no soportaba las cosas que decías. No te aguantaba —reconoció Paula sin cortarse ni un pelo—. Me parecías un ególatra insoportable: todo el día con el yo a cuestas y con esas frasecitas de chef estúpido que se cree el ombligo del mundo.

—Muchas gracias por el retrato. Me encanta que no sepas lo que son los paños calientes —ironizó él.

—Por eso, cuando te vi entrar, decidí que no iba a darte el gusto de decirte que sabía quién eras. No quería seguir engordando tu

ego.

Los ojos de Diego se abrieron como platos con una mezcla de incredulidad y guasa:

—O sea que jugaste conmigo por despecho, por todo lo que te había hecho sufrir en la tele.

—Exacto —asintió ella, mordiéndose los labios para no soltar una carcajada.

—Me lo había ganado a pulso.

—Pero luego tuve la oportunidad de verte cocinar aquí… sin cámaras, sin focos, sin el personaje. Y vi a un tío que no gritaba, que no necesitaba demostrar nada a nadie, humilde, generoso… —A Paula se le quebró un poco la voz y siguió—: Comprobé cómo ayudabas, cómo escuchabas, cómo te levantabas a las siete para encender la chimenea, cómo trataste a Natillas, cómo te emocionaste cuando Luna te hizo una tortilla francesa de autora, cómo te reías con Paco, cómo le hacías calditos a Daniela, cómo nos cuidabas a todos… sin esperar nada a cambio. Y, entonces, sucedió: dejé de ver al chef y vi al hombre.

Diego, con los ojos empañados por la emoción, la interrumpió para decir con una sonrisa ladeada:

—Viste a Martiniano. Diego Martiniano.

—Y, a partir de ese momento, seguí con la coña de que eras el comercial de boniatos… no para chincharte, sino para protegerte.

Diego se apoyó en el respaldo de la silla, como si necesitara ayuda para sostenerse en pie.

—¿Y de qué tenías que protegerme?

—De todo eso que te ha venido a recordar tu socio —respondió Paula, alzando las cejas—. De la presión, de la exigencia, de los ratings, de la competencia, de la gente que quiere algo de ti…

A Diego las palabras de Paula le llegaron al alma y preguntó con el corazón en un puño:

—¿Y tú qué quieres de mí, Paula?

Ella suspiró y, clavándole la mirada, dijo con una convicción absoluta:

—Que seas tú.

Diego soltó el aire que tenía contenido, cerró un instante los ojos, como si las palabras de Paula acabaran de liberarle y finalmente habló mirándola:

—Cuando llegué al pueblo, tú eras la única que no querías nada de mí. Todo el mundo se acercaba buscando la foto, el autógrafo, la receta secreta… Tú fuiste la única que me trataste como un hombre con gorra que vende boniatos.

—Por eso no necesito que me des explicaciones. He visto con mis propios ojos la clase de persona que eres.

—Me imagino lo que te habrá contado mi socio —repuso Diego, conmovido por la fe que Paula le tenía—. Es especialista en envolverte mientras te va clavando cuchillos —dijo Diego, con un hartazgo de siglos.

—No creo que seas un divo, ni un niño grande que deja un programa en directo por capricho.

Diego bajó la vista al suelo, la levantó otra vez para mirarla y decir:

—Yo…

—No hace falta que me cuentes quién eres —insistió Paula—. Ya lo he visto y me gustas mucho más tú que tu personaje. Así que por mucho que ese tío asegure que eres un inmaduro que hace perder pasta a la gente por puro vicio, jamás le voy a creer. Por no hablar de lo que te hizo con tus recetas. Según él fue una oportunidad…

—No fue una oportunidad —replicó Diego, sin disimular lo mucho que le había dolido la traición de su socio—. Eran recetas nuevas que había trabajado para mis restaurantes y para mi nuevo libro. Y él se las pasó a la competencia por su cuenta. Quería jugar a dos bandas y sacar tajada. La jugada le salió mal porque el cocinero al que se las mandó es amigo. Y me lo contó todo. Le pedí explicaciones a Álvaro y me dijo que los negocios eran así y que dejara el drama. Me sentí fatal. No solo porque me había traicionado y me había robado las ideas, sino por quién era yo en ese puto tinglado: alguien que se usa y ya.

—¡Es repugnante! —exclamó Paula, asqueada.

—Conocí a Álvaro hace unos años. Me lo presentó mi ex cuando mi carrera empezaba a despegar. Mi padre es camionero, y la

Coronela y mi madre tenían un bar en Leganés. Daban comidas y yo empecé a ayudarlas en la cocina muy pronto. Con siete años. Crecí entre ollas y trabajo duro. Luego, me formé en restauración. Y monté mi primer restaurante en Madrid con veinticuatro años. Ahí fue cuando apareció Álvaro, metió el dinero que necesitaba para dar el empujón a mi negocio. Él nunca me gustó, pero mi ex confiaba en él. Me equivoqué. Se convirtió en mi socio, abrimos más restaurantes, entré en televisión… pero Álvaro acabó creyéndose que era dueño de mi vida. Y tomó decisiones por mí, me traicionó, me engañó, me vendió, me manipuló y me convirtió en un mero producto. El natillazo fue la gota que colmó el vaso y mi huida la primera decisión libre en años.

—Madre mía… —atinó a decir Paula, alucinada con todo lo que había padecido.

—Me metió el dichoso postre en directo —siguió contando—. No tenía ni idea de que había firmado un contrato con una empresa de natillas con mi nombre. Y no era la primera vez que lo hacía… —Diego se pasó la mano por la cara, frustrado—. Estaba harto. Y ya no pude tragarme la rabia en silencio. Sé que hice mal. Podía haber tratado el asunto de otra manera y no haberme marchado en directo, pero no me arrepiento de haber dicho que sabía a rayos. —Tras decir esto, Diego tuvo que respirar hondo para poder continuar —. Me arrepiento de haberme dejado convertir en un meme. Un cocinero que pega gritos porque hay un tío que le ordena a través de un pinganillo que explote… O que tiene que sonreír mientras come un postre asqueroso porque hay dinero detrás —Diego le clavó más aún la mirada y le confesó con la garganta tensa de la emoción —: Ya no quiero ser más eso, Paula. No quiero volver a tragar mierda y poner cara de orgasmo. Se acabó…

Paula pensó que era muy valiente, no le pudo admirar más por la decisión que había tomado, si bien le advirtió:

—Álvaro me ha dicho que tienes hasta Nochevieja para llamarlo. Según él, puede negociar con todos y blanquear tu imagen.

—¿Grabándome un video diciendo que las natillas son deliciosas? —replicó él, mordaz.

—Dice que si no…

—Vengo también de hablar con mis abogados. —Paula lo miró sorprendida y Diego le contó—: Me he sentado en un banco de la plaza, con Natillas hecho un ovillo a mis pies y les he pedido que rompan la sociedad con Álvaro para siempre.

—¡Dios! —exclamó Paula, dando un respingo.

Diego inspiró hondo, como quien por fin asoma la cabeza fuera del agua:

—No voy a trabajar más con él. Ni con la cadena. Ni con la productora —habló con la voz quebrada, pero de puro alivio—. Mi contrato terminaba justo con ese último programa del natillazo y no voy a renovar. Mis abogados se lo comunicarán mañana a todo el mundo. A Álvaro, a la cadena, a la productora, al programa… Estoy fuera —confesó, como si soltara un peso enorme. Y añadió, acercándose un paso y con una seguridad tremenda—: Y todo te lo debo a ti, a tu casa y a esta gente maravillosa del pueblo… —dijo recortando la distancia que los separaba.

—Yo no he hecho nada —susurró ella.

Él negó, acercándose más todavía, hasta apoyar la frente en la de ella:

—Me has dejado ser yo. ¿Te parece poco? Tú has hecho que me meta en la cocina y ya no me sienta como un jodido producto. He vuelto a cocinar por placer…

Paula cerró los ojos y todo la envolvió: la respiración de Diego, su olor, su calor, su fuerza y su energía. Y musitó notando cómo el pecho se le ensanchaba:

—Gracias a ti por dejar de actuar y ser tú.

Diego hundió la nariz en el cuello de Paula. Lo olió, lo besó, suave y lento, y le susurró al oído:

—Contigo nunca he sido tan yo.

Paula abrió los ojos y lo miró de frente, sintiendo que él también la leía por dentro.

—Diego…

—Dime —susurró él, rozándole la mejilla con un dedo.

—Ya no puedo seguir fingiendo que siento demasiadas mariposas en el estómago.

—Joder, no me cuentes… —masculló él, sonriendo rendido.

—Sé que es pura química… los sistemas inmunes diferentes…

—Muy diferentes —rio él.

—Para que tengamos unos niños muy sanos —bromeó Paula.

—Si cocino para ellos… ¿cómo crees que van a ser? —replicó Diego, risueño.

—¿Tú quieres tener niños? —preguntó Paula, ya más seria.

—No siete como mis padres, pero dos…

—Me parece un número perfecto —repuso Paula, sin pensarlo—. Me gustaría tener dos. Quién sabe. Más adelante. Porque, además, somos dos escépticos…

—Contigo no lo soy —susurró Diego, acariciándole la mandíbula—. Porque me has visto de verdad… Y yo te he visto a ti… Y voy a seguir viéndote igual cuando se me pase el cuelgue que tengo.

—¿Estás muy colgado? —preguntó Paula, con el corazón que se le iba a salir del pecho.

—No paro de pensar en ti a todas horas —confesó Diego, casi sin voz y siguió—: Tú has hecho que tenga más claro que nunca que quiero romper con todo y dejar de fingir lo que no soy.

Paula sintió que se le aflojaban las rodillas cuando él dijo eso. Tal vez porque sabía que lo estaba diciendo de verdad y tal vez porque nunca la había mirado nadie como lo estaba haciendo él.

—Diego… —musitó, ya tan pegados que sentía perfectamente cuánto la deseaba.

Él no dijo nada. Le agarró la cara con ambas manos y volvió a besarla como nunca…

Capítulo 18

Se quedaron unos segundos mirándose y Paula, con las mismas ganas que él, le tiró del jersey por los hombros.

Tomó aire, abrió la boca contra la de él y las lenguas que ardían se enredaron desesperadas.

Diego gruñó con los labios rozando los de ella, y fue un sonido tan íntimo y tan primario que a Paula le recorrió la columna como un latigazo.

Ella gimió de placer. Luego, le mordió el labio inferior, dio un tironcito y volvieron a besarse hasta que se quedaron sin aliento.

Diego bajó las manos hasta la cintura de Paula, la sostuvo con fuerza y la pegó contra su cuerpo, por si le quedaba alguna duda de lo mucho que la deseaba.

Aunque aquello era tan escandaloso que era imposible fingir…

—Paula —murmuró, apoderándose de su boca—, te juro que estoy intentando ir despacio.

—No hace falta —jadeó ella, mientras él le mordisqueaba el cuello —. Hoy no…

Él la miró a la boca y luego a los ojos, con la mirada encendida por el deseo.

Su mirada era tan intensa que Paula cerró los ojos por unos instantes, y cuando los abrió sintió que algo en él había cambiado.

Era como si esas tres palabras que ella había pronunciado hubieran fulminado todas las dudas y todas las defensas.

Y sin decir nada más, con esa expresión de lobo hambriento, la levantó del suelo sin ningún esfuerzo.

Ella rodeó su cuerpo con las piernas y rio, sorprendida…

—Dios…

Llevaba una faldita corta, unas botas de color vino y, con las prisas mañaneras, ni siquiera se había puesto medias.

Cosa de la que se alegró en ese justo instante en que él la cargaba en brazos y le decía con la voz ronca por el deseo:

—Necesitaba tenerte así. Muy cerca.

La llevó contra la pared. La apoyó con cuidado, pero sin dejar de besarla. Los labios abrasaban y la mano de Diego se coló por debajo

del jersey, subió despacio por la piel tibia y Paula arqueó la espalda cuando él le acarició los pechos.

—Estás helada —susurró él contra la clavícula.

—Pues caliéntame —musitó ella, colando también las manos por debajo del jersey.

Diego obedeció.

Bajó la cabeza y atrapó su boca con un beso tan profundo que Paula sintió que el suelo desaparecía debajo de sus pies.

Él de nuevo la sostuvo con las manos firmes bajo los muslos, estrechándola contra él, devorándola salvaje.

La pared fría en la espalda contrastaba con el cuerpo ardiente de Diego… La sensación era tan electrizante que Paula gimió entre sus labios.

Diego gruñó y esta vez ella sintió el estremecimiento justo ahí… entre sus piernas.

—Joder, Paula —susurró contra su boca—. No sabes las veces que he fantaseado con tenerte así.

La respuesta de Paula fue arañarle suavemente la piel. Diego jadeó, perdió un poco el control, y la apretó más contra él.

El roce le gustó tanto a Paula que contuvo un grito…

—Diego…

Él le lamió la boca, respirando entrecortado por el deseo.

—Si seguimos aquí contra esta pared… —dijo Diego, con una sonrisa arrebatadora—, te voy a hacer el amor aquí mismo.

—¿Y cuál es el problema? —susurró ella, provocándolo—. Los otros regresarán de la excursión por la tarde. Estamos solos.

La provocación de Paula se llevó la última gota de cordura que le quedaba a Diego y murmuró con la boca pegada a su cuello:

—Quiero hacerlo bien.

La bajó despacio, sin dejar de besarla, y cuando sus pies tocaron el suelo la volvió a atraer por la cintura.

Besó su cuello, mordió suave, lamió la piel con un ritmo lento y Paula tuvo que aferrarse a sus hombros para no doblarse entera.

—Ven —masculló él, en un tono tan bajo que apenas fue audible.

La tomó de la mano y, sin dejar de besarse, fueron a la habitación de él. Al entrar, ella tropezó un poco con la alfombra, se rio y él la

tumbó en la cama con un movimiento lleno de urgencia, pero sin brusquedad.

Se quedó unos segundos sobre ella, mirándola con una mezcla de deseo y de ternura que hizo que Paula hiperventilara.

—Eres preciosa —susurró porque ya no podía callárselo.

A Paula se le encendieron las mejillas. Le quitó el jersey con ayuda de Diego y recorrió con las manos el torso, los abdominales, los oblicuos, la cintura…

Y él gruñó otra vez, como si el tacto de Paula le quemara.

—Mátame despacio —murmuró él, con una sonrisa arrebatadora.

Paula lo acarició entero y luego lo besó en los pectorales, en el cuello y en la mandíbula.

Diego ya no pudo más y la recostó con delicadeza, bajó las manos por las piernas, rozándole los muslos con la yema de los dedos muy despacio.

—Paula… —dijo en un tono que parecía un ruego y también una advertencia.

Le quitó las botas, que acabaron sobre la alfombra, y le subió la falda, sin prisa, como si estuviera desenvolviendo el regalo más deseado.

Luego, le acarició con los dedos por encima de las braguitas y ella arqueó la espalda de puro placer.

—Dios —jadeó Paula.

Diego la besó lento y firme, mientras con la mano la tocaba con una pericia que la tenía desarmada, a su absoluta merced.

Las respiraciones eran cada vez más rápidas y entrecortadas.

Y ya cuando Diego bajó la cabeza y le quitó las braguitas con la boca, ella casi se derritió.

—Déjate —susurró contra su vértice húmedo—. Déjate sentir…

Él empezó a recorrerla, a devorarla con avidez y precisión, mientras Paula se aferraba a los hombros fuertes, a su cuello, a su pelo y a las mismas sábanas para no salir flotando.

Porque aquello era demasiado.

Diego sabía hacérselo como nadie, o al menos ella no recordaba que nadie le hubiera dado tanto placer con la boca… justo ahí.

Paula no paró de gemir y de ahogar, de tanto en tanto, los gritos contra la almohada.

Después, él se detuvo para mirarla un instante, sonrió feliz de lo que le estaba provocando y siguió dedicado absolutamente a darle placer.

Cuando Paula ya no pudo más, se mordió los nudillos y sucumbió a un orgasmo explosivo con un gemido que se quedó atrapado en la garganta.

Él subió, la abrazó, la sostuvo con una mano en la nuca, ella le respiró en la piel, con los ojos cerrados, hasta que se relajó.

Momentos después, cuando Paula abrió los ojos, él la estaba mirando con una ternura feroz.

—Quiero más —pidió ella.

La frase erotizó más aún a Diego, que se deshizo a toda prisa del resto de la ropa que le quedaba y los zapatos, sin apartar los ojos de ella ni un segundo.

Paula también se quitó todo y él se quedó mirándola fascinado:

—Eres…

Diego no logró terminar la frase, prefirió besarla con una urgencia que los encendió más todavía.

Él acabó tumbado sobre ella, ambos desnudos… Paula abrió las piernas y él la sostuvo por las caderas, duro y preparado.

—¿Quieres ir… hasta el final? —preguntó él, serio

Paula asintió con la cabeza mientras se frotaba contra la erección…

—Sí.

—¿Segura?

—Absolutamente.

Diego se fue a por un preservativo que tenía en el neceser, volvió, se lo enfundó y regresó a la cama junto a Paula.

Se puso encima, deslizó una mano por el rostro de Paula, le rozó la mejilla, la besó en la boca… y la penetró despacio, profundo y firme.

Ambos ahogaron un grito.

Se quedaron quietos unos segundos, mirándose con un deseo infinito y respirando el uno contra el otro.

Pegados…

—Dios —musitó ella, temblando entera.

—Mírame —susurró Diego, como si necesitara que ella estuviera ahí del todo, no solo con su cuerpo.

Ella lo miró y él empezó a moverse. Primero lento y hondo y después más rápido y más fuerte.

Paula subía las caderas para recibirlo y los cuerpos encajaban como si estuvieran hechos el uno para el otro.

El ritmo siguió aumentando hasta hacerse tan intenso y exigente que Paula lo agarró del pelo, él la cogió de la cintura con fuerza y no dejaron de jadear, de mordisquearse y de besarse.

Momentos después, ella colocó las piernas sobre los hombros de él y las penetraciones fueron más profundas todavía.

El aire se llenó de más gritos y jadeos…

Luego, él se echó a un lado y tiró de ella para que se sentara encima.

Paula lo montó con las piernas abiertas a cada lado, apoyando las manos en los pectorales duros. Y empezó a moverse sobre él, con unas ganas, un deseo y una libertad que lo acabó de volver loco.

—Paula… joder…

Él la sujetó por las caderas para guiarla mientras empujaba duro.

Le acarició los pechos, le mordió los pezones, el cuello, las clavículas… mientras lo hacían como salvajes.

Casi exhaustos, ella volvió a tumbarse bocarriba y Diego se sitúo encima, empujando duro hasta que ambos estuvieron a punto de correrse…

—No puedo más —susurró Paula contra la boca de él.

Diego la besó hundiendo la lengua y musitó con los labios pegados a los de ella:

—Contigo no quiero que acabe… Nunca…

Y estallaron a la vez.

Se corrieron juntos: ella gritando en su cuello y él en el hombro de Paula.

Ambos temblando, estremecidos…

Segundos después, Diego la abrazó fuerte, mientras sentía los espasmos del orgasmo de ella.

Y ya cuando cedieron, él susurró contra el pelo de Paula:

—No pensaba que se podía sentir así… Justo esto… No quiero otra cosa.

Paula sonrió pegada a su cuello y lo abrazó más fuerte todavía:

—Yo tampoco —musitó ella, con una sinceridad rotunda.

Y se quedaron así, desnudos, entrelazados aún, respirando acompasados, como si no existiera más mundo que esa habitación donde todo parecía perfecto…

Capítulo 19

El treinta y uno de diciembre amaneció con el pueblo nevado y un sol tan luminoso que la nieve parecía de azúcar glas.

Paula se despertó sola en la cama de Diego. Después de estar hasta las tantas conversando frente a la chimenea, terminaron en su cuarto.

Y sucedió otra vez.

Sexo del bueno, del que te deja con cara de boba.

Y encima olía a leña y café.

Se duchó, se vistió y salió al salón donde había por todas partes rastros de la noche anterior: una bufanda de Luna sobre el respaldo de una silla, una copa olvidada, la bandeja del turrón con dos porciones y tres peladillas…

Diego estaba en la cocina, con la gorra puesta y el ceño fruncido, haciendo la lista de la compra para la cena de Nochevieja.

—¡Buenos días! —le saludó ella, estampándole un beso en los labios.

Él la tomó por las caderas, la rodeó por el cuello y le devolvió un besazo espectacular.

—¡Buenos días!

—¡Madre mía! —exclamó ella, riéndose—. ¡Vaya beso…!

—Yo siempre tengo hambre… de ti.

Paula se mordió el labio, aún atrapada entre el beso y el recuerdo de la noche anterior.

—De momento, tendrás que saciar tu hambre de puertas para adentro. Creo que debemos ser discretos.

—Están todos durmiendo —replicó él tras darle un beso en el cuello.

Paula suspiró, le acarició la nuca y admitió:

—Sé que es difícil contenerse…

—Muy difícil —precisó él.

Y cuando estaban a punto de besarse de nuevo, escucharon a Luna gritar:

—¿Habéis visto cómo está todo de nieve?

Paula y Diego se apartaron dando un respingo, la niña entró en la cocina en pijama y ellos dijeron al unísono:

—¡Buenos días!

—¿Quién se viene a hacer un muñeco de nieve? —preguntó Luna, con una ilusión tremenda.

—Desayuna primero —respondió Diego—. Hoy tengo pensado hacer unas tortitas con arándanos que vas a alucinar.

—¿De verdad que no os apetece tirarnos unas bolazas de nieve mientras se despiertan esta pandilla de dormilones? —insistió la niña.

Paula echó un vistazo por la ventana, pensó que la nieve lo estaba pidiendo a gritos y respondió:

—Vale. ¡Me apunto! ¿Vienes? —le propuso a Diego, divertida.

—Estoy con la lista de la cena…

—Nosotras te ayudamos a terminarla y luego salimos a la nieve. ¿Qué llevas escrito? —quiso saber Paula.

Diego cogió la lista y empezó a leer en voz alta…

—Pues…Verduras, fruta, marisco, las gambas de Paco, el lomo de retinto, lubina, el queso de Sergio, el paté de Yoyo, vino, champán, tostas…

—Mis piñones —le recordó Luna.

—Ah, mira, ¡eso me faltaba! —exclamó Diego, apuntándolo.

—Las aceitunas de Milagros —se acordó Paula.

—Aceitunas… Tampoco estaban en la lista.

—¡Mis anchoas! —canturreó Paula.

Diego la miró de un modo que cualquiera hubiera dicho que estaba loco por ella y replicó:

—Ya están apuntadas. Es lo primero de la lista.

Paula le sostuvo la mirada con una sonrisa ladeada y dijo:

—Lo importante ya lo tienes.

Diego se pasó la mano por la nuca, miró la lista y murmuró:

—Vas a tener que venirte conmigo al pueblo, porque seguro que algo se me ha olvidado.

Paula arqueó una ceja y preguntó con la misma ilusión que Luna:

—¿Eso significa que…?

Diego abrió mucho los ojos, señaló hacia la ventana y gritó:

—¡Batalla de bolas de nieve!

Luna chilló antes de que nadie pudiera reaccionar.

—¡Voy con Paula!

—¿Con Paula? ¿Dos contra uno? ¿Te parece bonito? Yo que te iba a hacer tortitas… —refunfuñó Diego, divertido.

—Y me las vas a seguir haciendo —replicó Luna, tronchada.

—¡Y a mí! —exclamó Paula.

—Vaya dos traidoras —murmuró Diego, que se lo estaba pasando en grande.

Entre risas, se pusieron los abrigos, las bufandas, los gorros y los guantes y salieron al porche.

Paula llevaba el gorro que su tía le había dejado en el armario por si nevaba. Era de lana, de un color rojo intenso y un bordado en hilo blanco que decía: «Caliéntame».

Diego se tronchó al verla y ella… también.

El aire frío les golpeó la cara y el sol por poco no les dejó ciegos. Pero allá que se fueron.

Luna fue la primera en saltar del escalón y meter las manos en la nieve, formando una bola perfecta y enorme.

Miró a Diego con una sonrisa traviesa y él salió corriendo de un modo muy cómico y gritando despavorido:

—¡A cubiertooooooooooo!

La bola le dio justo en la espalda…

—¡Punto para nosotras! —celebró Paula, alzando los brazos.

Diego la miró haciéndose el superofendido y les advirtió:

—¡Esto es una declaración de guerra!

Mientras hablaba, Paula ya tenía otra bola lista y se la lanzó al hombro gritando:

—¡Y yo he venido armada!

—Dos a cero —canturreó Luna, que no paraba de reír.

Diego entrecerró los ojos y le advirtió a Luna:

—No te pongas al lado de la perdedora. Es una idea malísima —añadió agachado a la vez que cogía más nieve—. Todavía estás a tiempo de…

—¡Paulaaaaaaaaaaa, cúbrete! —le gritó Luna.

Paula intentó ponerse detrás del poste del porche, pero Diego fue más rápido y la primera bola le dio en la espalda. La segunda impactó en la cadera…

—¡Eso es ensañamiento! —protestó Paula, riéndose.

—Soy un chef, cariño. Siempre doy primero, segundo y… postre —le recordó tirándole otra bola.

Luna, que estaba formando otro bolón, le gritó con el gorro de medio lado:

—¡Eres un comercial de boniatos, no te olvides! ¡Y yo… con Paula siempre en mi equipo!

Las chicas se miraron, con sus respectivas bolas en las manos, se coordinaron sin hablar y fue instintivo: las dos bolas volaron a la vez.

A Diego no le dio tiempo a cubrirse y recibió las dos de lleno en el pecho y en el muslo.

—¡Doble impacto! ¡Todos los puntos para nosotras! —chilló la niña dando saltos.

Diego fingió desplomarse en la nieve y gritó con la voz agonizante:

—Necesito ayuda. ¡Ayudaaaaaaaaa! Es urgente.

Paula se acercó con una bola en la mano para rematarlo, pero él, desde el suelo, le lanzó una pequeña que le explotó en el cuello.

—¡Serás tramposo! —soltó ella, riendo y sacándose la nieve.

—En el amor y en la guerra todo vale —dijo él, levantándose de un salto.

—¡Tú lo has querido! —le amenazó Paula, arqueando una ceja.

Corrió hacia la mesa del porche, desde donde Luna cogía nieve que arrojaba sin parar a Diego.

Hizo un buen bolón y mientras Luna tenía distraído a Diego, ella se acercó por un lateral y, en un descuido, le vació medio puñado de nieve dentro del abrigo.

—¡Por dentro nooooo! —gritó él, medio helado, medio muerto de risa.

—¿No querías guerra? —inquirió Paula.

—Y amor —dijo él, con una cara de enamorado que no podía con ella.

—Buenooooooooooooo, Pau. Este quiere que seas su novia —le canturreó Luna, por si acaso no se había enterado—. ¿Qué le tienes que responder?

—Es una maniobra de distracción. Otro truquito de los suyos… —bromeó Paula, justo antes de que le cayera otra bola de nieve en el hombro.

La contienda siguió un rato más, con carreras, gritos, resbalones, nieve en el pelo, en los bolsillos y hasta en las pestañas.

Y Luna ya no pudo más. Agotada y empapada, se dejó caer en la nieve con una carcajada contagiosa.

—¡Fin de la guerra! ¡Hemos ganado por goleada!

Diego se acercó, la levantó del suelo y discrepó:

—A lo sumo… me habéis ganado por un punto. Y si eso…

Paula llegó caminando, con la bufanda torcida y las mejillas rojas.

—Venga, vamos dentro, que nos estamos congelando.

—Y necesitamos desayunar ya o me voy a comer las piedras del jardín —anunció Diego.

Luna juntó las manos y le pidió mientras se quitaba el gorro:

—Quiero tortitas. Una torre. Muy alta. Y con muchísimos arándanos.

—¡Oído cocina! —exclamó Diego, sujetando la puerta para que pasaran.

Entraron en la casa muertos de risa, con la nieve derritiéndose en las botas y esa complicidad recién estrenada que de momento querían guardar solo para ellos.

El desayuno fue un caos de lo más divertido. Todos notaron que había algo especial entre Paula y Diego, pero ninguno dijo nada.

Daniela y María se sentaron en extremos opuestos de la mesa, como cada día, y apenas se dijeron un «hola» y un seco… «¿me pasas el zumo, por favor?».

Milagros intentó una mañana más romper el hielo, contándoles que había soñado con cabras voladoras, pero no funcionó.

Ellas siguieron sin mirarse y sin dedicarse siquiera ni una pequeña sonrisita.

Paco, sin embargo, esa mañana estaba radiante y se ofreció a ir al pueblo de al lado a comprar cotillón del bueno porque esa

Nochevieja iba a ser… «mítica».

Sí. Dijo esa palabra, como si le hubieran invitado a una rave berlinesa de tres días. Y Milagros también estaba ilusionada como si tuviera quince años y esa fuera su primera Nochevieja fuera de casa.

Yoyo y Sergio también estaban contentos. Es más, era imposible no notar lo suyo. Ahí había miradas, sonrisitas, rodillas que se rozaban sin querer-queriendo y Luna tan feliz con su torre de tortitas y también por ver que algo bonito estaba a punto de pasar.

Cuando terminaron con los desayunos, Paula y Diego se quedaron a solas recogiendo.

—Recuerda que tienes que venir conmigo al pueblo. No te escaquees —le dijo Diego, cuando dejaron todo impecable.

Cogió la lista y la dobló en cuatro. Paula se acercó a él, le besó rápido en los labios, sin que los viera nadie y replicó:

—Voy para que no te vengas sin mis anchoas…

Se abrigaron, se despidieron del grupo y salieron a caminar con el crujido dulce y frío de la nieve al pisarla.

Iban de la mano, besándose cada dos por tres, y no se soltaron hasta que llegaron a la fuente que estaba congelada.

Se pasaron primero por la frutería aprovechando que no había nadie, y mientras Diego pedía lo que tenía en la lista, Paula se puso a elegir las uvas.

Ambos notaron a Juana muy rara y con muchas prisas. Tantas que, en menos de dos minutos, les tenía el pedido listo. Le pasó las bolsas a Diego y le dijo con una cara de preocupación tremenda:

—Diego… han venido preguntando por ti, dos cámaras y un tío con micro. Una gente de lo más desagradable…

Diego se envaró, sorprendido, y Paula se mordió los labios de la ansiedad.

—¿Por mí? —preguntó él, intentando controlar los nervios. Y ajustándose bien la gorra, como si fuera su escudo.

—No han venido preguntando por el comercial de boniatos, sino por el otro Diego… El chef…

Diego soltó el aire, dejó caer las bolsas al suelo y replicó:

—Me temo que ese también soy yo.

La frutera sonrió, se encogió de hombros y soltó mirándole con cariño:

—Ya lo sabemos, hijo.

Diego se quedó un segundo sin saber qué decir.

—¿Desde el principio? —inquirió al fin.

—Desde que llegaste —contestó Juana, con un gesto de obviedad aplastante.

Diego se frotó la nuca como si fuera un colegial al que han pillado haciendo pellas.

—Ay, madre…

—Sí, hijo, sí. Si al menos hubieras puesto la voz de pito… Pero vamos, esa gorra solo la llevas tú y dos futbolistas. Era fácil percatarse.

—¡Qué desastre! Bueno… ¿Y qué te han preguntado? —quiso saber él.

La frutera bajó la voz, tras echar un vistazo al ventanal y comprobar que no había nadie:

—Que dónde te alojas, cómo te comportas, que si te has peleado con medio pueblo, que si eres un borde, un estirado, que si miras a todo el mundo por encima del hombro, que si te crees más que nadie… Y que si no tenía inconveniente en que me grabaran un minutito diciendo que eras lo peor.

—¡Qué pesadilla! —bufó Diego.

—Estaban dispuestos a darme cincuenta euros por venderte la piel.

Diego apretó la mandíbula, miró a Paula y farfulló:

—Los ha mandado Álvaro, seguro. Ya habrá recibido la noticia de que he roto la sociedad y busca hundirme.

La frutera asintió con un chasquido de lengua:

—Llevan dos horas intentando sacar basura. Han estado en La Solana, justo antes de que llegaras, me han llamado del bar para contarme. Han estado haciendo preguntas, ofreciendo dinero por falsos testimonios y Natillas se ha tirado en plancha contra el tío del micro. Le ha mordido el abrigo —informó orgullosa—. Luego, han ido a preguntar al carnicero, a Remedios, a Julito, al cartero, a la del pan, al cura…

Paula tragó saliva, con una ansiedad tremenda:

—¿Y qué han dicho?

La mujer se llevó la mano al pecho y respondió mirando a Diego con admiración:

—Lo que pensamos todos: que Diego es el mejor chef del mundo, que es más majo que las pesetas, que cocina que da gloria verlo y que aquí nadie sabe nada… excepto que lo queremos.

Diego se quedó mudo unos segundos y luego bajó la cabeza, tragándose el nudo de emoción que se le había formado en la garganta.

—Gracias —musitó, sin poder decir nada más. Porque se iba a poner a llorar como un niño.

La frutera salió de detrás del mostrador, le dio una palmada en el brazo y añadió:

—El pueblo entero te está haciendo un cordón sanitario. Aquí no va a sacar nadie ni una sola palabra mala de ti, ni aunque nos dieran millones.

Paula que estaba llorando, se retiró las lágrimas con los dedos y susurró:

—Gracias, gracias a todos.

Juana cogió un montón de níscalos, se los metió en otra bolsa y le dijo:

—Toma. Y estos níscalos de regalo… Son del pueblo —habló guiñándole un ojo.

Diego ya no pudo más. Se le cayeron dos lagrimones y abrazó a la frutera muy fuerte, como si así también pudiera abrazar a ese pueblo que lo había acogido como si fuera uno más.

—Nunca lo voy a olvidar. Y eso que me dijiste que estaba ajado…

La frutera soltó una risotada y de pronto sonó su móvil. Lo cogió, abrió mucho los ojos sin decir nada, poniendo cara de ser una agente en misión secreta, lo escuchó todo y exclamó sobresaltada:

—¡Coño! ¡Muchas gracias! Sí, sí, Diego está aquí. ¡Voy a avisarle!

Colgó y les dijo muy apurada, mientras los empujaba prácticamente hacia la puerta:

—¡Los reporteros están en la plaza! ¡Vienen hacia acá otra vez! Tenéis que iros…

—Me faltan muchas cosas para la cena… ¡Y las anchoas de Paula! —exclamó Diego, agobiado.

—Mandadme un wasap con lo que os falte y luego os lo sube mi hijo. No os preocupéis, que no os va a faltar de nada. Yo ahora los distraigo, pero vosotros… ¡corred!

Capítulo 20

Paula y Diego echaron a correr por el camino nevado.

Natillas, que parecía que les olía de lejos, llegó desde no se sabía dónde para escoltarlos.

Entraron en la casa rural jadeando y con el corazón desbocado.

El aire olía a caldo y a ropa limpia tendida cerca de la chimenea. Yoyo estaba preparando una tabla de quesos y embutidos. Sergio cortaba pan, Luna hacía una cadeneta de papel para la cena de Nochevieja y María, Daniela, Milagros y Paco veían un programa resumen en la televisión de lo que había sucedido en el año.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y los miraron con cara de susto al ver cómo habían entrado corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sergio.

Cerraron la puerta. Diego tomó aire y contó mientras Natillas se hacía un ovillo en el sofá:

—Han llegado unos reporteros al pueblo que van preguntando por el cocinero de las natillas… esas que sabían a rayos.

Al escuchar su nombre, Natillas maulló.

—Son otras natillas. No se está refiriendo a ti —dijo Luna, que se acercó al gato para acariciarle la cabeza.

—¿Qué me estás contando? ¿Van preguntando a la gente? —quiso saber Paco, extrañado.

—Quieren mierda. Buscan que alguien diga que es un divo histérico que va causando estragos por donde quiera que va —respondió Paula, asqueada.

Sergio dejó el cuchillo sobre la tabla:

—Qué gentuza.

Diego apretó fuerte las mandíbulas, se quitó la gorra y dijo, encogiéndose de hombros:

—Y yo soy ese cocinero al que buscan…

Hubo un silencio de tres segundos. Y luego dijeron todos al unísono, como si fuera lo más obvio del mundo:

—Lo sabemos.

Diego se llevó una mano al rostro, entre agotado, emocionado y abrumado.

—¿Lo sabíais todos?

—Hombre —masculló Paco—. Y encima te pusiste desde el primer día a darle al perol…

—Yo es que te sigo desde tu primer programa —confesó Sergio.

—Te descubrí hace un montón por tu merluza con costra de almendra —reconoció Yoyo.

—Y yo por lo guapo —soltó Milagros, batiendo las pestañas.

—Yo también te reconocí al instante y me di cuenta de que eres más simpático con gorra —reconoció la niña.

—Nosotras te vemos siempre… —admitió María con un deje de tristeza, porque eso fue en los tiempos en que lo suyo iba bien.

No como ahora, que estaban atravesando la crisis más gorda de su relación y ninguna sabía cómo salir.

Diego soltó una carcajada nerviosa a la vez que se dejaba caer en el sofá junto a Natillas.

—Pues que sepáis que mi socio… mejor dicho, mi ex, porque ya no tengo nada con él, afortunadamente, el que me metió en directo unas natillas industriales sin contarme que había firmado un contrato con esa marca, y el que me la ha jugado como ha querido desde hace tiempo, quiere vengarse arruinando mi reputación. Está dispuesto a todo para ensuciar mi imagen.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Daniela.

—El pueblo les está plantando cara, pero conozco a mi socio. Y nada lo va a parar —contestó Diego, preocupado.

Hubo otro silencio, más largo, que rompió Paco diciendo rotundo:

—Hay que hacer algo. Si no lo hacemos nosotros, otros lo van a hacer por ti. Y te van a joder vivo…

Diego se pasó la mano por la nuca, miró a Paula, que le sostenía la mirada con ternura y determinación, y asintió:

—Tienes razón, Paco. He pasado años dejando que otros hablen por mí. Esta vez no va a ser así —aseguró tras una exhalación larga —. Claro que tampoco quiero entrar en su juego, ni quiero gritar más, ni ponerme a hacer teatro.

—Entonces, cocina… —dijo la niña, como si fuera lo más evidente.

Todos la miraron sorprendidos, y su padre añadió porque le pareció una idea brillante:

—Eso es lo que sabes hacer genial. Usa la cocina para hablar.

Yoyo se quedó pensativa unos instantes y luego se levantó como un resorte, como si algo le acabara de estallar en la mente.

—Espera… Creo que… ¡Lo tengo!

Todos se giraron hacia ella.

—¿El qué? —preguntó Paula, ansiosa.

—La solución. La manera de cortar esto de raíz. De adelantarnos. De hablar claro —explicó Yoyo mirando a Diego como si lo tuviera todo clarísimo—. Como sabéis, hace un año que abandoné mi Instagram de viajes —contó con un nudo que de pronto se le hizo en la garganta—. Sin mamá… nada tenía sentido. Pero mi comunidad sigue ahí. Son muchos. Y confían en mí. Si quieres, podemos contar tu verdad desde aquí —le dijo a Diego.

Paula, fascinada con la idea, masculló emocionada:

—Tu verdad… sin focos de estudio, sin pinganillos, sin un socio cabronazo que te obligue a comerte unas jodidas natillas de plástico.

—¡Con unas natillas de verdad delante! ¡Las tuyas! —añadió Milagros, emocionada de solo imaginárselo.

Sergio miró a Yoyo con un orgullo que no podía disimular y le preguntó:

—¿Y qué sería? ¿Un directo contigo?

—Un directo o un video, lo que más le apetezca a Diego —Yoyo se arremangó—. Eso sí, nada de postureo, ni de publi. Uno real. Yo te presento como lo que eres aquí: un hombre que está recomponiéndose en una casa rural, cocinando para amigos y para un gato que te ha adoptado. Tú cuentas lo que quieras contar. Pero la gente debe saber la historia que hay detrás del meme de las natillas.

—Y para eso tienes que elaborar unas natillas de turrón de verdad, no esa porquería industrial que te colaron —sugirió María y Daniela la miró asintiendo con una pequeña sonrisa.

La primera en días.

—Perfecto. Haz natillas —habló Yoyo, tan entusiasmada como el resto.

María de nuevo tomó la palabra para decir con una determinación tremenda porque estaba hablando de Diego… y también de ella:

—Y mientras las haces, cuenta lo que pasó. Lo que eres. Lo que quieres ser. Explica lo que significa para ti cocinar. Di la verdad. Sin filtros.

—Me gusta esto de… volver a lo natural, a lo bueno y a lo sencillo —murmuró Diego.

—Exacto. —Yoyo asintió—. Necesitas que la gente te vea como te vemos nosotros. Y que sepan que eres un cocinero de verdad, con alma…

Paula lo observó: él estaba serio, pero tenía la mirada encendida.

—Hagámoslo —dijo Diego, al fin.

Todos rompieron a aplaudir emocionados y Sergio dijo después, mirando a Yoyo con rendida admiración:

—Y es tu vuelta también. Tu forma de decirle al mundo que estás lista para volver a hacer lo que amas.

Yoyo lo miró con los ojos vidriosos, tragó saliva y replicó conmovida:

—Estoy lista. Por ti, por Luna y por toda la gente maravillosa de esta casa que me enseña cada día que la vida sigue. Yo no tenía previsto volver, no todavía, pero cuando la amistad me hace fuerte y el corazón me sorprende… ¿cómo no voy a volver?

—¡Y yo me pido ser tu seguidora número uno! —exclamó Luna, feliz—. ¡Pero la uno de verdad! ¿Eh? La primerita que siempre te dé *likes* con la cuenta de papá. Él será tu fan número dos… ¿Vale?

Yoyo asintió y se acordó de algo con una sonrisa melancólica:

—Mi madre decía siempre que era mi fan número uno.

—Y lo seguirá siendo desde el cielo. ¡Pero en la tierra… soy yo! —canturreó Luna.

—¡Hecho, Lunita! —replicó Yoyo, chocándole la mano.

Después, Luna la rodeó con un abrazo enorme. Y mientras Yoyo correspondía al cariño, envolviendo a la niña entre sus brazos, sintió que otra mano se unía a la suya.

La de Sergio.

Y ese gesto tan simple, tan pequeño y tan decidido valía por todos los besos que aún no se habían dado.

Y por todas las palabras que aún no se habían atrevido a decirse.

Después deshicieron el abrazo, Sergio y Yoyo se miraron con los ojos llenos de lágrimas, sonrieron con el corazón latiendo muy fuerte y todos supieron que ahí estaba creciendo algo con una fuerza imparable.

Yoyo respiró hondo, agarró el móvil que tenía sobre la mesa y concretó entusiasmada:

—Hay que hacerlo ya. Hoy por la tarde. Así nos cargaremos a tu socio antes de que él pueda acabar contigo.

Diego asintió y Milagros saltó sin dudarlo:

—¡Cuenta conmigo para salir en el video o donde sea y decir que eres un cacho de pan!

Y, al momento, todos gritaron… incluido Natillas, que maulló como si también quisiera apuntarse:

—¡Y conmigo!

A Diego se le humedecieron los ojos, por sentirse arropado de verdad por ese coro improvisado y leal.

Gente que no le debía nada y aun así estaba dispuesta a ponerse frente a una cámara a dar la cara por él.

Y luego estaba Paula, que lo miraba como no recordaba que lo hubiera hecho ninguna de sus parejas.

Y entonces sí: se desarmó del todo.

Tuvo que reír para no romperse, justo cuando Luna alzó la mano como si estuviera en clase y pidió:

—¡Y yo puedo salir catando las natillas y diciendo… que están que te cagas!

—¡Lunaaaaaaaaaaaa! —le gritó su padre, entre indignado y muerto de risa—. ¡Eso no se dice!

La niña alzó las manos para excusarse y corrigió muy seria:

—Perdón. Diré… están *buenardas.*

Diego soltó una carcajada. Esta vez de verdad. De hecho, dejó de sentir esa garra que tenía en la boca del estómago desde que habían salido de la frutería:

—Muchas gracias por la confianza —replicó Diego, llevándose la mano al pecho.

—De nada. Es la verdad, verdadera —repuso Luna—. Todo lo que cocinas está *brutalísimo*. Y si quieres, salgo en el video con los

carrillos bien llenos y diciendo: «Está de locos, god, god…, next level…. ¡Gente: lo que os estáis perdiendooooooooo…!».

Capítulo 21

La cocina se convirtió en un plató improvisado.

Diego sacó leche entera, yemas, azúcar, una rama de canela, un trozo de piel de limón y un buen turrón de Jijona que la tía Lola guardaba para la Nochevieja.

—Este turrón es una joya —dijo Diego que, tras desenvolverlo como si fuera oro en barra, trituró el turrón con mimo.

Yoyo apoyó el móvil contra una jarra y comprobó el encuadre: la cocina acogedora, la encimera con los ingredientes, Diego sin la gorra y con el mandil impoluto.

Paula estaba en segundo plano recogiendo cosas, Luna subida a un taburete y Natillas en una esquina, como si no quisiera perderse nada.

Sergio se encontraba al lado de Yoyo y el resto sin perder detalle, con la cabeza asomada en la puerta.

—¿Estamos listos? —preguntó Sergio, apretando el hombro de Yoyo.

Ella respiró hondo.

—Lista.

Diego asintió con la cabeza y Luna se puso el dedo índice en la boca para mandar callar a todos.

Sergio pulsó en « empezar directo» y la pantalla se llenó de nombres que entraban a toda velocidad:

—¡Hola! —comenzó Yoyo con una sonrisa nerviosa—. Soy Yoyo. Y estoy de vuelta. Llevo un año sin aparecer por aquí porque la vida se me puso cuesta arriba. —Hizo una pausa, tragó saliva y miró de refilón a Sergio, como para que le infundiera fuerzas. Él le sonrió diciéndole con la mirada que todo iba a ir bien y eso le dio el empujón que necesitaba para continuar—. Perdí a mi madre —dijo con la voz quebrada— y sin ella esto dejó de tener sentido. Ha sido un año muy duro. Y, temiendo que estas Navidades iban a ser muy dolorosas y las peores de mi vida, me vine a una casa rural en la sierra, solo para sobrevivir a las fiestas. —Respiró hondo y se le empañaron los ojos. Luego, siguió—: Y aquí —musitó con una sonrisa emocionante de verdad— ha sucedido algo muy mágico.

Algo que no esperaba. He vuelto a sentir cosas que creía perdidas. Aquí he encontrado calma, risas, abrazos y amigos nuevos que ya son como familia. Y entre ellos hay alguien muy especial…

—¡Yo! —gritó Luna desde el taburete.

Yoyo sonrió y siguió contando a sus seguidores conectados, que cada vez eran más.

—Ella es Luna. Una niña de nueve años a la que adoro. Y que está aquí con su padre… —Yoyo se quedó en silencio unos instantes, leyendo un comentario—: Vanessa89 me pregunta que si también adoro al padre de Luna—. Yoyo miró a Sergio, le sonrió y respondió mirando otra vez a cámara—: Sí, también adoro a Sergio… —Él se puso rojo como un tomate, Luna aplaudió entusiasmada y el resto estaban muy emocionados—. Y, como os decía, gracias a esta casa maravillosa he vuelto a tener ganas de compartir otra vez. Porque, amigos, en esta casa que me ha dado cobijo cuando más lo necesitaba también, he encontrado una historia que merece ser contada.

Entonces, agarró el teléfono y enfocó a Diego…

—¡Hola! —saludó.

Yoyo se acercó a él, apoyó el teléfono en un bote de cristal vacío y contó, con la mano en el hombro de Diego:

—Veréis, hoy he sentido que tenía que volver porque en esta casa hay un cocinero que quizá os suene —dijo mirando a Diego, con una sonrisa cómplice—. Pero hoy no viene en versión de cocinero de plató. Hoy viene en versión persona. Diego, ¿te presentas tú?

Diego miró a Paula, que estaba con una emoción que no le cabía en el pecho. Ella le lanzó un beso con la mano y a él le dio un vuelco al corazón, sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

Finalmente, tras mirar a Yoyo, habló a la cámara:

—¡Hola! —dijo con la voz grave y limpia—. Soy Diego Márquez. Sí, el del meme de las natillas que saben a rayos.

Los comentarios en Instagram explotaron:

Nati45554: *¡No me lo puedo creer!*
LuisaBo33: *¿Esto es en serio?*
JosePffuf: *Te queremos, chef.*

CarmenCarato: *Yo también las probé y ¡sabían a rayos! ¡Di que sí! Eres mi héroe.*

Diego echó un vistazo a los comentarios y sonrió, alucinado con lo que estaba pasando y con las cosas que le decía la gente.

—¡Guau! ¡Cada vez somos más! —exclamó Yoyo, viendo cómo aquello no paraba de crecer—. ¡Muchas gracias! ¡Sois los mejores! Y ahora, escuchemos a Diego, que nos tiene que hablar de lo que pasó el día del… natillazo.

Diego se apoyó en la encimera y se abrió como no lo había hecho nunca en público:

—Voy a contar lo que pasó ese día, mientras preparo unas natillas de verdad. ¿Te parece, Yoyo?

—Me parece genial. Y a mi gente… igual. ¿Verdad, chicos?

Los comentarios explotaron otra vez, mientras Diego empezaba con las natillas:

—Pues, ya que me das la oportunidad, voy a contar por qué aquel día dije lo que dije y por qué, desde entonces, estoy aquí, en esta cocina y no en un plató de televisión.

—Te escuchamos. Y si quieres que te ayude con algo…

—Puedes ayudarme con las yemas —Diego puso la leche en un cazo grande con la rama de canela y la piel de limón, y la llevó al fuego suave—. Y yo estoy calentando la leche con la canela y el limón, sin que hierva, para que coja sabor… —explicó casi en automático.

Acto seguido, le entregó el bol de las yemas a Yoyo, respiró hondo, cogió una varilla y, mientras ella empezaba a batir el azúcar con los huevos, habló con una mezcla de honestidad y pudor:

—Durante años he cocinado delante de las cámaras, con gente fantástica, de la que he aprendido mucho, pero también he vivido con una presión brutal, con horarios imposibles, con cámaras hasta en mis pensamientos y con contratos leoninos. —Diego se detuvo un instante, como midiendo bien las palabras, y siguió—: Y lo llevé como pude, hasta que me di cuenta de que había dejado de ser un cocinero para convertirme en un producto— reconoció apretando la varilla entre los dedos—. Pero lo peor de todo no fueron las

exigencias del programa ni los ritmos de la tele. Lo peor fue que me falló quien debía protegerme.

Paula y Yoyo intercambiaron una mirada rápida porque sabían lo que venía.

Diego, que iba lanzado, siguió con la verdad:

—Mi socio… Álvaro —farfulló su nombre con un cansancio infinito — era quien llevaba mis negocios. Quien movía mis contratos. Quien debía velar por mí. Y lo que hizo fue usarme, traicionarme y robar mis recetas nuevas para vendérselas a la competencia por su cuenta. Un día me desperté y descubrí que estaba firmando cosas que no sabía ni que existían. Como lo del patrocinio de esas malditas natillas.

Yoyo le escuchaba muy atenta, sin interrumpirlo. Y él continuó:

—Ese día me plantaron unas natillas industriales de las que no sabía nada. Ni que las iba a promocionar, ni que llevaban mi nombre… ni que sabían a rayos. Me enteré ahí mismo, delante de todos. Y exploté. Me sentí traicionado. Y no supe gestionar la rabia. No fue elegante, no fue bonito… pero fue real.

Paula, que estaba con el corazón en un puño, le observaba con una ternura que se le salía por los ojos.

Y Yoyo, sin dejar de escucharlo, batió las yemas con el azúcar hasta que blanquearon. Diego se acercó, volcó el turrón triturado en el bol y lo mezcló con cuidado mientras decía:

—Reconozco que me equivoqué en las formas. No estoy nada orgulloso de mi reacción, pero no me equivoqué en algo. Esas natillas no sabían a turrón. Sabían a mentira. Y yo ya no quería seguir vendiendo mentiras.

Yoyo, le pasó el bol con las yemas, el azúcar y el turrón mezclados, y asintió mirándole con respeto infinito:

—Y dijiste: hasta aquí.

Diego cogió de nuevo la varilla:

—Dije basta. Me fui sin despedirme ni dar explicaciones. Eso estuvo mal. Muy mal. Dejé tirada a gente que no lo merecía. —Se detuvo un segundo y miró a la cámara con firmeza—. Hoy quiero pedir perdón por eso. Al equipo que se lo curra en la sombra y que ha estado a mi lado siempre.

Los comentarios se llenaron de corazones.

Retiró la canela y el limón del cazo y empezó a añadir un poco de leche caliente al bol de las yemas, muy despacio, sin dejar de remover.

—Luego, apagué el teléfono y desaparecí para poder respirar. Y hace nada rompí con mi socio… Y no se lo ha tomado nada bien.

—Uf…

—Quiere dejarme como un divo, un inmaduro, un caprichoso, un tío que va arruinando contratos por gusto… Y ha enviado gente al pueblo a inventar historias para hundirme.

—Doy fe —afirmó Yoyo.

Diego le sonrió con cariño y añadió, con absoluta gratitud:

—Pero aquí —hizo un gesto pequeño alrededor de la cocina, de la casa y del pueblo entero— nadie ha querido venderme. Al contrario. Me han cuidado como…

—Como te mereces, Diego.

Yoyo dejó la mano en la espalda de Diego y dijo a la cámara:

—Porque aquí le hemos visto de verdad.

Diego devolvió la mezcla de yemas y turrón al cazo con el resto de la leche y lo puso al fuego bajo, removiendo sin parar.

—En este lugar he tenido la oportunidad de hacer cosas como esta —siguió relatando Diego—. Cocinar natillas con turrón con mis manos, sin focos, sin cámaras, porque quiero volver a ser eso: un hombre que cocina. No un producto. No un meme.

Yoyo sonrió emocionada, miró a Diego y habló con el corazón en la mano:

—En esta casa he visto a un tío que hace caldito para quien está triste, que se levanta temprano para encender la chimenea y que todos, cuando despertemos dos horas después, estemos calentitos; que hace tortillas gigantes para que ningún niño se quede sin juguete… Todo esto y mucho más… es Diego.

Diego agradeció las palabras de Yoyo con una sonrisa, esperó a que la crema espesara y apagó el fuego.

Luego, volcó la crema en unas copas de cristal, colocó trocitos de turrón encima y dijo:

—Soy Diego el que hace natillas de turrón de verdad… Con leche, huevos, azúcar, turrón de Jijona y cariño. Y en esta casa rural —añadió mirando fugazmente a Paula— he recordado por qué empecé a cocinar. He recuperado la calma. He hecho amigos. Y he aprendido que, para encontrarme, tengo que desaparecer de los sitios equivocados.

Entonces, se vio cómo una manita metía la cucharilla en las natillas y decía:

—Mmmmmmmmm. Estas natillas no saben a rayos… saben a Navidad. A batallas con bolas de nieve. A gente que canta con panderetas. Y a un gato que me mira diciendo: esto tiene pinta de estar buenardoooooo. Y sí… ¡Están de locooooooooooooooooooooos!

—La que habla es Luna… —informó Yoyo.

La gente empezó a escribir que eran fans de ella, que iban a hacer esa receta esa misma tarde, que necesitaban esas natillas en su vida.

En casa todos rieron. Natillas, el gato, se subió a la encimera, olisqueó la copa y la cámara lo enfocó de casualidad.

El chat entero estaba enamorado del gato…

—¿Qué cómo se llama el gato? —habló Yoyo, acariciando la cabecita del animal, porque la gente no paraba de preguntarlo—. No os lo vais a creer, pero se llama… Natillas.

El chat enloqueció aún más.

Amo a Natillas.

Necesito un programa con Diego y Natillas.

Natillas es el contenido que me merezco.

Quiero ir a esa casa rural yaaaaaaaaaaaa.

Natillas se subió al hombro de Diego y Yoyo se tronchó de la risa. Después se dirigió a la cámara y dijo:

—Pues esto es lo que quería contaros, chicos. He vuelto a mi cuenta porque sentía que tenía algo honesto que compartir. Un sitio real, gente real, comida real. Y un cocinero que se ha atrevido a decir basta. Si estáis viendo esto, os invito a que, la próxima vez que veáis un linchamiento en redes, respiréis profundo antes de

apedrear. A veces, detrás hay alguien con el corazón hecho puré de patata.

Sergio, fuera de plano, levantó un pulgar. Paula, con la garganta apretada, tuvo que apartarse un segundo para que no se le notaran las lágrimas.

—Gracias por escucharme —terminó Diego—. Yo, de momento, me quedo aquí. En la sierra. Cocinando para esta gente maravillosa. Y, si algún día vuelvo a la tele, será con la condición de que lo que salga en pantalla se parezca de verdad a lo que soy aquí.

Se despidieron. Yoyo terminó el directo, se quedaron en silencio unos segundos y Sergio fue el primero en hablar:

—¡Ha sido bestial! De lo mejor que he visto en mucho tiempo.

Luna se lanzó al cuello de Diego y le dijo mientras Natillas parecía asentir con la cabeza:

—Con esto todo el mundo va a saber lo bueno que eres.

Todos le felicitaron por lo bien que había estado.

Y un rato después, Yoyo miró la pantalla y las notificaciones no paraban.

—Mira esto… —susurró—. Mensajes de apoyo. Gente contando que dejaron trabajos donde se sentían como tú… Tienes a muchísima gente identificada contigo.

Diego se dejó caer en una silla y bromeó con una sonrisa de satisfacción:

—No sé si acabamos de arreglar algo o de abrir otro melón. Pero, por primera vez, siento que he hablado como yo quería.

Paula se acercó, le cogió por los hombros y le plantó un beso en la coronilla.

—Has sido tú. Muy tú.

Y no pudo seguir hablando porque le entró una llamada de Juana:

—Paulita, hija, que estoy en la plaza y los reporteros estos están que se tiran de los pelos. —La voz de la frutera sonaba pletórica—. Estaban viendo el directo, como todo el pueblo. Nos hemos juntado aquí todos para verlo. El cura ha sacado la pantalla gigante y las sillas y aquí estamos todos que ni sentimos el frío de lo contentos que estamos. En cuanto habéis terminado, Niceto les ha dicho que ya tienen declaraciones de sobra y que, si quieren más, se vayan a

freír espárragos. El padre Evaristo les ha regalado una estampa del Niño Jesús para ver si se les ablanda algo… —Todos soltaron una carcajada—. Están recogiendo los bártulos. Se van. Aquí no tienen ya nada que rascar. El pueblo siempre estará con nuestro comercial de boniatos. Que lo sepas.

Colgó.

Diego se tapó la cara con las manos, porque no podía más.

Paula se agachó lo justo para susurrarle al oído:

—Estás fuera de la productora, de la cadena, has roto con el cretino de Álvaro, pero estás dentro de algo mucho mejor.

Diego retiró las manos de la cara y le preguntó con media sonrisa:

—¿De qué?

Paula miró alrededor. Yoyo miraba el móvil sin creer aún lo que veía, Sergio la tenía cogida por el hombro, Luna relamía la copa, Daniela le pasaba un clínex a María para que se enjugara las lágrimas, Milagros y Paco repartían la crema en copas, las tapaban con film y las guardaban en la nevera, Natillas lamía una gota de crema en la encimera…

—De tu vida —respondió ella—. De la verdad.

Diego la atrajo hacia sí, hundiendo la cara en su vientre.

—Pues me encanta —murmuró.

Paula le acarició el pelo, mientras los demás hacían como que no veían nada.

Y luego ella le dijo:

—Y ahora, chef, toca recoger y ponerse con el menú de Nochevieja…

Diego alzó la cabeza, la miró con una sonrisa enorme y unas ganas de besarla que se moría, y replicó:

—El postre ya lo tenemos: natillas que por fin saben a turrón de verdad…

Capítulo 22

Después del subidón del directo, descansaron un poco y Diego se pasó el resto de la tarde metido en la cocina, ayudado por Paula y también por Luna, que se asomaba de vez en cuando preguntando si había algo que rebañar.

Yoyo y Sergio se ocuparon de la mesa, que parecía sacada de una revista de decoración, con el mantel blanco, las velas, el centro con acebo, los platos desparejados con encanto y las mejores copas de la casa puestas para la ocasión.

Todos estaban guapísimos, Milagros hizo de peluquera y Paco planchó todo lo que le pusieron por delante.

Daniela y María se encargaron de bajar a Natillas con los suyos. Y todo el camino lo hicieron con el gato entre ellas, como si quisiera pegarles los corazones.

Luego, intentó otra estrategia y trepó un instante al abrigo de Daniela. María estiró la mano para ayudarle a cogerlo en su regazo y en ese gesto sus dedos se rozaron.

Fue un toque mínimo, pero se quedaron un segundo quietas, mirándose y sin saber qué hacer ya para librarse del nudo que les atenazaba en el pecho desde hacía días:

—Hace un frío horrible —dijo María al fin, rompiendo el silencio.

—Sí… mejor no pararse mucho, que nos resfriamos —respondió Daniela, sin mirarla.

Siguieron caminando sin hablar y con Natillas desesperado, porque no sabía qué hacer ya para que esas dos volvieran a encontrarse del todo.

Llegó la cena, y después de unos entrantes deliciosos, Diego apareció con una fuente enorme con el lomo de retinto al horno, rodeado de patatas y cebollitas glaseadas.

Las copas tintineaban, las risas rebotaban contra las paredes blancas y el fuego en la chimenea ardía a tope.

Daniela, al final, no se quedó a cenar. María apareció en el último momento en el umbral de su cuarto con el abrigo puesto, los ojos brillantes y un gesto entre nervioso y decidido, y le soltó a bocajarro:

—¡Estás preciosa!

Daniela se giró, vio lo bien que le quedaba el peinado que le había hecho Milagros y replicó:

—Tú también.

María sonrió. Y en esas dos palabras encontró el valor que le faltaba para preguntar:

—¿Te vienes conmigo?

Daniela, que esa noche esperaba cualquier cosa menos esa proposición, sintió cómo se le encogía el estómago y dijo con los ojos muy abiertos:

—¿A casa de tus padres?

—Sí, pero esta vez va a ser diferente. Te lo prometo —respondió María, temblando entera.

Daniela vio tanta verdad en la mirada de María, que solo pudo responder una cosa, y temblando exactamente igual que ella:

—Vale.

María, sin creer que hubiera escuchado esa palabra, repitió para confirmar:

—¿Vale? ¿Te vienes?

Daniela agarró el plumífero rojo, se lo puso sobre el vestido de terciopelo verde botella que estrenaba esa noche y respondió con los ojos vidriosos:

—Sí. Necesito fiarme de ti. Y voy a hacerlo otra vez… esta noche.

A María se le escapó una lágrima, que al momento se enjugó con el dedo índice y, con un nudo tremendo en la garganta, musitó:

—Gracias.

Daniela la vio tan conmovida que la cogió de la mano y la apretó suave.

—No me he vuelto a Madrid después de lo que ocurrió porque esperaba que pasara algo —admitió.

—Y va a pasar. Confía en mí.

Daniela le sonrió, le retiró la lágrima que le había vuelto a caer por la mejilla y se fueron juntas al salón, donde se despidieron de la casa.

Con la excusa de que estaba helando y que podían resbalar, se cogieron de la mano, con los gorros de lana a juego que habían

comprado juntas con mucha ilusión el día antes de llegar a la casa, y dejaron un pequeño rastro de nieve pisada en el camino.

Milagros pegó la nariz a la ventana para verlas y murmuró feliz:

—Están marchando juntas y de la mano. Eso es buena señal. Me da a mí que esta noche va a ser redonda. Yo lo huelo. Hoy sí.

Todos desearon que así fuera y cenaron como si no hubieran comido nunca.

Diego iba y venía con las fuentes, rellenaba copas, servía raciones generosas y se reía con cada comentario.

—¡Te has acordado de ponerme mis anchoas! —exclamó Paula, que estuvo a punto de darle un beso en los morros.

—¿Tú qué crees, nena? —replicó, guiñándole un ojo.

—¡Y de mis gambitas! Pero a mí no me guiñes nada… ¿Eh? —farfulló Paco, alzando la copa.

—Esto está de escándalo —comentó Sergio, llevándose otro trozo más de la fuente al plato—. No se puede empezar mejor un año que así.

—El año no ha empezado todavía —le recordó Luna, divertida.

—Falta lo mejor —dijo Yoyo, alzando las cejas.

—¿Más platos? —preguntó Sergio, mirando la mesa atiborrada.

—¡Las natillas que saben a chispas, chispas…! —exclamó la niña, echando las manos a volar.

—¿Chispas de qué? —quiso saber el padre.

—¿De qué va a ser? ¡De amor! Y luego nos quedan las uvas —respondió Luna, que estaba a dos cosas: a comerse todo lo que le pusieran por delante y a no quitar ojo a su padre y a Yoyo.

Paula y Diego se cruzaban miradas y roces de rodilla bajo la mesa. Porque seguían en modo discreto.

O eso creían ellos, claro.

Cuando acabaron con la cena, Milagros miró el reloj y avisó eufórica:

—¡Que no queda nada para las campanadas! ¡Que alguien prepare las uvas!

Entre todos hicieron montoncitos de uvas en platillos, doce por cabeza.

Paula empezó a pelar las suyas y a quitarle las pepitas para no atragantarse…

—Esto se me da fatal —admitió—. Con suerte, termino antes de que suenen los cuartos.

Diego le quitó el plato y siguió haciéndolo él.

—Voy más deprisa. Ya verás.

Paula se quedó alucinada, porque tenía razón. Iba a toda mecha y se quedó observándolo muerta de risa y también pensando que no había nada más erótico que un tío le pelara las uvas a toda velocidad… y por amor.

En la tele, el especial de Nochevieja empezaba ya a ponerse en serio. Todos se sentaron con los platillos delante, las copas listas y con el cotillón puesto encima.

—¿Preparados? —preguntó Paco, con una peluca verde y una nariz de payaso.

—No —respondió Luna, con un antifaz rosita y un collar de flecos de plástico—. Nunca me da tiempo a comerme todas las uvas. Pero este año tengo que hacerlo. Tengo un deseo importante que quiero que se me cumpla.

—¿Cuál? —quiso saber su padre, que llevaba un gorrito de cartón en la cabeza.

—¡No te lo puedo decir, que si no, no se cumple! —contestó Luna, mirando a Yoyo y a su padre con una sonrisita.

—¡Los cuartos! —gritó Milagros, atacada.

Y llegaron las campanadas…

—¡Una! —gritó Paco, con la primera uva.

—¡Dos! —chilló Diego, con la segunda.

—¡Tres! —vociferó Paula, muerta de risa y con el gorro de medio lado.

Milagros ya iba con retraso y Paco le dijo con la boca llena y muerto de risa:

—¡Tragaaaaaaaaa, Milagros!

—¡No me metas prisa, que me da la risa y me atraganto! —masculló ella, entre carcajadas.

Y así, entre risas, toses, «espera que voy por la siete» y Luna sufriendo porque quería hacerlo perfecto, llegaron, como pudieron, a

la última.

—¡Doceeeeeeeeeeeeee! —gritó Paco, tras zamparse la última uva.

Hubo un silencio. Todos terminaron de tragar… A Milagros aún le quedaban cinco uvas en el platillo, a Paula dos, y al resto ninguna.

Ellas se terminaron las uvas, aunque fuera a destiempo, y de pronto se escuchó el estallido general:

—¡Feliz 2026!

Las copas chocaron en el aire, las serpentinas volaron, soplaron los matasuegras y los silbatos, y aquello se desató.

Paco agarró a Milagros por el cuello y le plantó un beso en la boca de película. Ella le agarró por las solapas de la chaqueta, se lo devolvió con tantas ganas que la nariz de payaso salió disparada por los aires y remató diciendo:

—¡Ea! ¡Ya era hora de que inauguremos el año como Dios manda!

Diego y Paula se miraron. Él con unas gafas que ponían 2026 y ella con una diadema de brillibrilli en la que podía leerse: *Happy New Year.*

Y no hizo falta que se dijeran ninguna palabra. Él dejó la copa en la mesa, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Paula se puso de puntillas y, justo ahí, de pie, en la mesa, con la tele de fondo, las serpentinas colgando de la lámpara y el resto soplando matasuegras, se dieron un beso en la boca tan sincero y tan descarado, que ya no quedó lugar a dudas para nadie.

—Anda, anda… ¡Otros que empiezan bien el año! —murmuró Paco, apuntándolos con el matasuegras.

Todos se rieron y, como si aquello fuera contagioso, sucedió que Yoyo y Sergio se quedaron quietos, con la copa en la mano. Se miraron y sintieron que todo lo demás se desvanecía.

Él tragó saliva, dejó la copa en la mesa y recortó la distancia que le separaba de Yoyo.

—Feliz año —susurró él.

—Feliz año —replicó ella.

Y, sin pensarlo más, Yoyo le plantó un beso en los labios. Fue un beso pequeño, rápido… pero no se quedó ahí. Sergio la agarró por la cintura, la pegó contra él con tantas ganas que el gorro se le cayó y le devolvió el beso, esta vez dado con ganas.

Con muchísimas ganas…

Luna los miró y se tapó la boca, entre asombrada y encantada:

—¡Pues ya estaría! —gritó después—. ¡Deseo concedido!

Todos se echaron a reír, hubo aplausos, silbidos, bravos, y Milagros, tras retirarse las lágrimas, dijo con las manos en el pecho, emocionadísima:

—Esto sí que es empezar el año fuerte. ¡Hala, a bailaaaaaaaaaaaaaar!

Agarró el mando de la televisión y dejó el canal donde estaba sonando la canción de Bisbal.

Todos se pusieron a bailar, menos Yoyo y Sergio, que se fueron a la cocina con la excusa de traer más hielo.

Diego y Paula bailaban pegados, Luna bailaba con Paco dando saltos y Milagros agitaba una pandereta dándolo todo.

En la cocina, de pronto hubo un silencio. Sergio cerró la nevera y los dos se pusieron a echar cubitos de hielo en la coctelera.

Terminaron, se secaron, él apoyó las manos en la encimera, la miró y confesó por fin:

—Llevo mucho tiempo deseando hacer esto…

—¿Lo dices por los cubitos? —bromeó Yoyo.

—Lo digo porque llevo mucho tiempo deseando besar a una mujer increíble. Pero no ha aparecido hasta esta Navidad. Joder, llevo deseando besarte desde que llegaste.

Yoyo se colocó a su lado, apoyada en la encimera, y le miró sorprendida:

—¿Desde el primer día?

—No quiero que pienses que esto es el subidón de las fiestas. Sé perfectamente lo que siento. Hace mucho que no sentía algo así. Y sé reconocerlo: me estoy enamorando de ti.

Yoyo sintió que se le encogía la garganta y el corazón se le desbocaba:

—Sergio…

—Me encantas —siguió él, porque ya nada le iba a frenar—. Me encanta cómo estás en el mundo, cómo tratas a Luna, cómo hablas de tu madre… Adoro que seas valiente, que digas lo que piensas…

Pero no te voy a engañar… Me asusta un poco lo mucho que me gustas… De todas formas, aun así, me muero por estar contigo.

Yoyo se rio entre lágrimas…

—¿Siempre esperas a estar cubierto de confeti y serpentinas para soltar bombas?

—Es que, si llego a esperar más, reviento —bromeó Sergio.

Ella se mordió los labios y decidió sincerarse también, con el antifaz plateado a modo de diadema:

—Yo también estoy sintiendo cosas por ti. Pensaba que iba a pasar las Navidades arrebujada en una manta, tristona y deseando que los días transcurrieran lo más rápido posible. Y resulta que estoy pasando unas Navidades preciosas con gente maravillosa… y un chico que me hace suspirar como si tuviera quince años —admitió, tras secarse una lágrima rápida—. Me gustas mucho, Sergio. Me gusta cómo quieres a tu hija. Cómo la escuchas. Se nota que es tu vida entera. Y eso, Sergio… me mata. En el buen sentido. No tuve la suerte de conocer a mi padre. Murió cuando yo tenía dos años, pero me habría encantado que fuera conmigo como tú lo eres con tu hija. Me pareces un tío estupendo. Me gusta lo que veo… —Hizo una pausa—. Pero hay una cosa…

Él arqueó una ceja, odiando ese maldito pero…

—¿Cuál?

—Te saco ocho años.

—¿Y? —replicó con una sonrisa—. A mí me parecen pocos.

Yoyo abrió mucho los ojos pensando que estaba de broma y soltó una carcajada.

—Ja, ja, ja. ¡Muy bueno!

—Te estoy hablando en serio, Yoyo.

—¿En serio te parecen pocos años de diferencia?

Sergio la miró de medio lado y respondió abriéndose más todavía:

—Mi primera relación importante fue con una chica que me sacaba veinte años.

—¿Ella era veinte años mayor que tú? —repitió ella, sin poder creerlo.

—Tenía treinta y ocho y yo dieciocho. Trabajábamos en el mismo supermercado. Ella era la encargada. Aprendí mucho con ella. Fue

una relación muy bonita, pero terminó y seguí saliendo con chicas mayores. Siempre me fijo en chicas mayores que yo. Son las mejores. Divertidas, libres, abiertas, generosas, listísimas… Solo encuentro ventajas.

—¿Y la madre de Luna?

—Es tres años menor que yo. Es la única vez en la que he estado con una chica más joven que yo… y salió fatal. Bueno, no salió bien… con ella. Pero de ahí salió lo mejor de mi vida: mi hija.

—¿Y quieres tener más hijos?

—No. ¿Y tú querrías tener una…?

—¿Una Luna? —le interrumpió Yoyo—. ¿En mi vida? Jo, ¡la adoro! Me encantan los niños, pero lo intenté… y no vinieron.

—Sí que ha venido —afirmó Sergio—. Y la tienes en el salón…

—¡Ay, menuda Nochevieja! Y me la quería perder —masculló Yoyo, sin poder contener las lágrimas.

—La verdad es que sí.

—Y yo además… —siguió ella—, estaba convencida de que la edad era un problema y resulta que para ti es…

—Un chollo.

Yoyo soltó una carcajada, con la nariz roja de tanta emoción.

—No me lo puedo creer. Te lo juro…

—Olvídate de la edad. Lo importante es cómo me siento contigo. Y contigo me siento bien, en paz… y también un poco idiota. El enamoramiento… ya sabes.

Yoyo dio un paso hacia él, se retiró un mechón de pelo rebelde y, tras morderse los labios, le dijo:

—A mí me gustan los hombres con gafas… y con pintas de profesor de matemáticas.

—¿Ah, sí? —replicó él, enarcando una ceja.

—De toda la vida. De adolescente me enamoré platónicamente de mi profe de matemáticas.

—¡No me digas!

—Sí. Me parece muy *sexy* eso de hacer integrales y ecuaciones —confesó Yoyo, risueña.

—Joder, entonces, para ir avanzando con el tema…

—Sí, porque los cubitos se nos van a derretir.

—Ya. Sí… Bien… Pues… —Sergio carraspeó un poco y propuso con el corazón a mil—: ¿Podemos dejarlo en que… queremos estar juntos y ya luego vemos cómo lo hacemos?

Yoyo ni se lo pensó y respondió con una sonrisa gigante:

—Podemos… Y ya vamos viendo…

Él la agarró por la cintura, ella le cogió por los hombros y se besaron otra vez. Más despacio. Más tranquilos. Devorándose lento.

—Me encanta este… «empezamos aquí» —susurró Sergio, con la boca pegada a la de ella.

Luego, volvió a besarla y, esta vez, de un modo mucho más arrebatado, con prisas, con urgencia, con unas ganas locas…

—Me temo que el hielo se está derritiendo —musitó ella, casi sin aliento.

—No solo el hielo.

Se echaron a reír y luego dijo Yoyo, agarrándole de la mano:

—Volvamos.

—Sí. Que nos estamos perdiendo a Paco bailando, que es un espectáculo en sí mismo…

Capítulo 23

Paula estaba bailando en el salón cuando su móvil empezó a sonar.

Era Ana.

Se metió en la cocina a hablar porque con el jaleo no se escuchaba nada.

—¡Feliz año, Pauuu! —chilló Ana al otro lado—. ¿Qué tal va mi chica rural?

—¡Feliz año, loca!

—¿Solo me dices eso? ¡Venga, dame chicha! ¿Qué tal con el cocinero? Tía, he visto en Insta su directo… ¡Es la comidilla del país entero! Qué putadón lo de su socio. ¡Y cómo me alegro de que se haya encontrado a él mismo otra vez en tu casa rural! Aunque me da que tú has tenido mucho que ver con esa vuelta a las esencias.

—¿Yo?

—Sí, tú. En el video de tanto en tanto Diego se ponía a mirar para un lado. Y estoy segura de que estaba mirándote. Así que desembucha de una vez, porque al final todo se sabe. Y este tío es famoso, te van a hacer una foto comiéndole los morros en cualquier esquina del pueblo y yo me voy a cabrear mucho. No quiero enterarme por la prensa de que mi amiga está enamorada hasta las trancas de…

—Hasta las trancas… lo que se dice *hasta las trancas* —le interrumpió Paula.

—O sea… que… ¡confirmado! —sentenció Ana—. Estás liada con él y enamorada.

—Vale, sí. Me he liado con él —reconoció Paula, bajando la voz más todavía.

—¿Cómo que liada con él? ¿Desde cuándo? ¿Y de qué estamos hablando? ¿De besos? ¿O de polvazos?

—Ana, por Dios. —Paula se echó a reír.

—¡Buenooooooooo! Has dicho «por Dios», eso significa que estamos hablando de sexo, del que llevabas un tiempón sin catar.

—Nos va bien —dijo Paula, escueta.

—¡Ya te digo! ¿Y estás sintiendo cosas o estás en plan «esto es como hacer gimnasia guarrona en invierno»?

Paula miró por la ventana a la noche estrellada, notó cómo se le apretaba el pecho y admitió:

—Siento mariposas. Porque hay mucha atracción…

—Para no haberla… El cocinero está que cruje. ¡Para comérselo hasta con los zapatos puestos!

—Ya, pero también hay algo más. Me he sorprendido muchísimo con él. Es un gran tío. Y me da un poco de vértigo, la verdad.

—Ay, tía… —Ana suspiró—. Me alegro y me jode a partes iguales porque no puedo estar ahí para verlo. El otro día iba a subir a darte una sorpresa, pero entre el curro que salgo agotada, y que están aquí mis primas de Logroño, es que no hay manera.

—Tranquila, ya te lo relataré todo con pelos y señales cuando regrese mi tía.

—Hablando de tu tía… Me ha llamado hace un momentín para decirme que está con wifi. Llámala. Está en un restaurante de lujo con un tanzano.

—¿Un tanzano? —replicó Paula, sin caer.

—Un señor de Tanzania.

—Ah. Entonces, ¿no está con el de Nochebuena?

—Este es otro —explicó Ana—. Es un tío que está para mojar pan. Me lo ha enchufado un instante y no veas, tía. ¡Menudo maromazo! Tiene buen gusto tu tía. Y, tú esta vez, también.

—Calla, calla…

—Así es la vida, nena. Vosotras os vais a pasar la Nochevieja haciéndolo con señores con espaldas como armarios roperos y yo en pijamita comiendo polvorones con mis primas de Logroño.

—Yo me vine a esta casa a tener una Navidad tranquila —le recordó Paula.

—Lo que te digo… La vida… Tú querías estar tranquila y te la vas a pasar dale que dale. Y yo que quería estar dale que dale me la voy a pasar tranquila. Pero me alegro mucho por ti, cabrona. Y llama tu tía.

—¡Ahora mismo! —exclamó Paula, riéndose—. Oye, feliz año. ¡Y que te quiero!

—¡Yo más!

Colgaron y Paula se fue al cuarto de baño para llamar a su tía desde la baldosa mágica.

Se colocó encima, levantó el móvil, buscó el contacto de su tía y llamó.

Un segundo después, la llamada entró…

—¡Mi Paulita! ¡Feliz año!

Lola apareció morenísima, con un vestido rojo de seda, entallado, de escote profundo, moño elegante y maquillada de fiesta.

De fondo se escuchaba el murmullo del restaurante y una música lejana.

—¡Tía Lola! ¡Qué guapísima estás!

—¡Tú más! ¡Te veo radiante!

—Pues anda que tú…

La tía levantó su copa de vino, le mostró el plato donde había una langosta y después enchufó al señor que tenía enfrente, un hombre altísimo, guapísimo y de piel oscura que saludó levantando la mano.

—¡Cómo no lo voy a estar, con un *sauvignon blanc*, langosta y esta buena compañía! Te presento a Juma, es de Tanzania. Es el que ha tenido el acierto de desembarcar para cenar en este restaurante de ensueño.

—¡Encantada! —saludó Paula—. Aunque no sé si habla nuestro idioma…

—Sí, sí. Estudió el doctorado en ingeniería aeroespacial en Madrid.

—¡Encantado! —replicó él en un perfecto español, sonriendo. Luego, se dirigió a Lola y le dijo—: Voy a aprovechar que estás con tu sobrina para ir un momento al tocador.

—Eres un amor, Juma. ¡Aquí te espero con la langostita!

Juma se levantó y, ya a solas, a Paula le faltó tiempo para preguntarle:

—¿Qué has hecho con el otro?

—Me aburrí de tanto misterio y de no entenderle ni papa. Aparte de que en el sexo no me seguía el ritmo y no estoy para perder el tiempo. Apareció Juma una tarde en la piscina y me dije: «por fin vas a vivir tu locura africana». Y tiene quince años menos que yo… A mí lo africano siempre me ha tirado mucho.

—Claro, por eso al otro le dijiste que te llamabas África.

—Exacto. Fue una señal. Y me estoy inflando a *triquitriqui*…

—¡Tía! —susurró Paula, entre risas.

—Es que este entiende mi idioma. Tengo que ir al grano, porque ha sido tan majo de levantarse para dejarnos hablar un ratito, pero no se va a pasar la noche en el tocador.

—O sea que con él… ¿bien?

—Hinchándome. Ya te digo —contestó, peinándose una ceja con el dedo índice.

—¿Solo haces… eso?

—¿Te parece poco? —inquirió Lola, arqueando las cejas—. ¿Tú sabes lo que es hacerlo con este hombre? A veces me da tanto que me pregunta: «¿paro?». Así, todo apurado. Es muy gentil, muy caballero… Caballero empotrador. Una cosa… Un fuego… Y yo siempre le digo: «no pares, no pares… que prefiero morir que parar».

—Ja, ja, ja.

—Aparte de que tengo un arsenal de cremas que me dejan el chichi… fresquísimo.

—Tía, por favor —masculló Paula, sin parar de reír.

—Es lo que hay. Le gusta darle a Juma. Y luego es muy romántico, me recita versos de Byron en cubierta.

—Ah, mira…

—En inglés. No me entero de nada. Pero sí. Suena romántico, aunque yo ya le he dicho que *lo poco agrada y lo mucho empalaga*, que en cuanto se acabe el crucero… todo se acaba.

—¿Y qué le parece? —preguntó Paula, curiosa.

—Dice que jamás olvidará el sabor de mis labios. Mis labios de abajo… Y que mis palabras se le quedarán metidas muy adentro… para los restos.

—Ya —murmuró, divertida.

—Eso que se lleva. Sí. Yo también me llevo eso que me ha metido muy adentro.

—¡Tíaaaaaaaaaaa!

—No veas cómo es —explicó Lola, abanicándose con la mano—. Suena a tópico, pero es que cuando te mete el topicazo…

—Tía, por favor… —farfulló Paula, llevándose la mano a la cara.

—Ni que a ti no te hubieran metido nunca nada.

—Ay… —soltó Paula, sin parar de reír.

—Y ahora habla tú, cuéntame. ¿La casa rural se ha caído a trozos, ha salido alguna gotera o te has triscado ya al cocinero?

—La casa bien. Hemos tenido algún problemilla, pero Luis lo arregla todo.

—¿Y la chimenea?

—La enciende… Diego.

La tía Lola se frotó las manos, se acercó a la cámara y dijo:

—Oy, oy, oy… ¿Solo la chimenea?

—Digamos que no me he quedado mirando cómo se tuestan las tostadas.

—Uy, uy, uy… Eso suena a que te ha pasado algo gordo. El cocinero está en una edad muy buena, que luego eso se encoge y no hay por dónde cogerlo.

—A ver, tía, yo…

—Que sí, tesoro. Que estaba cantado: que quien enciende un fuego… enciende dos.

—Mientras no encienda tres… —replicó Paula.

—Aaaaaaaaaaay, que lo quieres todo para ti. ¡No sabes tú *na de na*! ¡Sueltaaaaaaaaaa! —le exigió Lola, batiendo una mano.

—Todo bien. Muy bien. Demasiado bien, quizá. Me hace sentir cosas que…

—En centímetros, reina —le interrumpió Lola—. A mí me hablas en centímetros.

—De centímetros muy bien. Lo que pasa es que hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—¿De bien servida? —quiso saber, Lola. Intrigadísima.

—Sí, pero no…

—¿Cómo que no?

—O sea que sí, pero que también me estoy pillando. Es que no veas cómo es. Enamora hasta al gato Natillas. Y estoy cagada. Es una locura estar sintiendo esto en este momento de mi vida.

—¿Qué le pasa a este momento? —preguntó Lola, encogiéndose de hombros.

—He dejado mi trabajo y tengo que pagar el alquiler de mi pisito de Parla, llenar la nevera cada mes y hacer frente a las facturas de siempre. Tendría que estar centrada en lo importante: buscando curro a destajo.

—Estás trabajando en la casa rural.

—Y colgándome de un tío. No sé si estoy siendo una valiente o una inconsciente.

Lola bebió un sorbo de vino, se la quedó mirando desde la pantalla y habló como experta en la materia:

—Te voy a decir una cosa para bordar en un cojín y leerlo cada mañana. De ese nivel de sabiduría profunda estoy hablando… Apunta…

—A ver… —repuso Paula, prestando muchísima atención.

—La vida se pasa igual si te lanzas o si no. La diferencia es el recuerdo que te queda.

—¡Madre mía! —saltó Paula, perpleja.

—Ya te he dicho que apuntes. Y hay más. Esto es para otro cojín: solo tienes que saber si quieres estar con él hoy… y mañana también.

—Quiero estar hoy… y mañana —afirmó Paula, sin pensarlo.

—Pues ya tienes la respuesta. Y si sale mal, ya llorarás. Yo voy a estar siempre para escucharte. Me iré a la baldosa y te preguntaré: «A ver, ¿por qué tiene, mi reina, esa carita? ¿A quién tengo que cortarle los…?».

—Tía…

—Si es que es así. Aunque el cocinero es buena gente. Lo he visto en el directo de hoy. Me ha enviado el enlace medio pueblo. Me ha ganado. Me gusta, me gusta muchísimo.

—Ha estado muy bien —dijo Paula, después de que se le escapara un suspirito tontorrón.

—¡Sí que estás pillada, sí! Esa es la diferencia. Yo tengo claro que no me veo viajando por el mundo con Juma. Se dedica a vender aviones. Mi vida está en la casa rural, en el pueblo, con mi gente. Esto es lo que es. Si tú te ves con tu cocinero, hoy, mañana y pasado mañana: tira para adelante. Pero quiérete a ti, todo el rato.

—Ya.

—Esto es importante. Tú quiérete mucho… y no solo a él —insistió Lola.

—Vale.

—Y ya te dejo que viene Juma. El pobre casi se pasa la cena en el tocador.

—Que lo pases genial —habló Paula, lanzándole un beso con la mano.

—Sí, cariño, sí. Claro que me lo voy a pasar bien. Este tío tiene unos brazos que no son para desaprovecharlos. ¡Te quiero y estoy muy orgullosa de ti! Lo estás haciendo todo muy bien…

—¿Tú crees? —replicó Paula, mordiéndose el labio inferior.

—Todo, todito. ¡Feliz año!

—También para ti, te quiero…. ¡Disfruta!

Colgaron, Paula se quedó unos instantes sobre la baldosa con todo lo que le había dicho su tía resonando en su cabeza.

Luego, se retocó los labios frente al espejo, salió al pasillo y entonces sonó el timbre de la puerta.

Abrió y se encontró con Daniela y María, de la mano y con una sonrisa tan grande que no les cabía en la cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Paula, que sonrió también al verlas tan contentas.

Daniela levantó la mano derecha. En el anular brillaba un anillo sencillo y precioso.

—¿Y eso? —inquirió Paula, boquiabierta.

—En cuanto he llegado a mi casa, mi madre me ha dicho: «¡Qué bien que vengas otra vez con esta chica tan maja!», y yo he respondido: «Sí, mamá, esta chica es mi novia, la quiero y no pienso esconderlo más» —habló María atropelladamente, con la voz temblorosa de felicidad—. Mi padre, que estaba escuchando, ha puesto una cara muy rara, mi madre no paraba de llorar, yo también. Hemos acabado todos abrazados, y a los postres… —añadió, apretando la mano de Daniela—, delante de todos, y estaban todos mis tíos y al fondo la foto de mi abuela, les he pedido que fueran testigos de que le pedía matrimonio a la mujer de mi vida.

—¡Dios! —exclamó Paula, con los ojos llenos de lágrimas.

—Y yo he dicho que sí —intervino Daniela, con una emoción que casi ni podía hablar—. Creo que lo he dicho como diez veces. Sí, sí, sí, sí…

María agarró a su novia por la cara y le plantó un besazo en los labios.

Paula se retiró las lágrimas, las abrazó y les dijo con el corazón que se le iba a salir del pecho:

—¡Enhorabuena! ¡Qué notición! ¡Y pasad, por favor, que la casa se tiene que enterar de esto!

Las arrastró literalmente hasta al salón y gritó pletórica:

—Chicos, ¡bajad la música un segundo, por favor!

Estaba sonando una canción de Bad Bunny, Paco intentaba marcarse un giro con Milagros, Diego y Luna los miraban muertos de risa intentando copiarles la coreografía y Yoyo y Sergio bailaban pegados. Todos se quedaron callados…

Milagros agarró el mando, bajó el volumen de la tele y preguntó con la respiración agitada:

—¿Qué pasa?

Aunque, por las caras que tenían las tres, todos pensaron que ahí estaba pasando algo bueno. Muy bueno.

—Que hay una noticia bomba —anunció Paula.

María y Daniela se miraron. Ésta levantó otra vez la mano, mostrando el anillo.

—¿Te ha pedido matrimonio? —preguntó Milagros con la mandíbula desencajada.

—Delante de toda la familia —contestó Daniela, feliz.

—Incluida mi abuela. Te hice caso —contó María—. Fui al cementerio y hablé con ella. Le dije que la quería y que había ido a verla para contarle que era muy feliz con una chica. Y me puse a hablar de Daniela… No sé la de tiempo que estuve ahí, frente a la tumba, hablando y llorando sin parar. Y entonces sucedió algo…

—¿El qué? —inquirió Milagros, expectante.

—El viento arrastró un papelito y se quedó a mis pies. Me agaché y era una publi de la joyería del pueblo de al lado.

—¡No! —exclamó Yoyo.

—Sí. Y ponía que vendían anillos de compromiso. Ni me lo pensé. Le dije a mi abuela que iba a comprar uno para Daniela. Yo lo tenía clarísimo y encima tenía su bendición, porque por supuesto que ese papel no llegó a mis pies así como así.

—No, claro que no —aseguró Milagros.

—Me despedí de mi abuela y me fui a comprar el anillo. Esta noche, antes de entrar en mi casa, le he pedido perdón a Daniela por no haber sido valiente antes. Ella me ha perdonado. Luego, mi madre abrió la puerta y la presenté como mi novia. A ella y a toda mi familia. Y después de tomarnos la piña en almíbar, le he pedido matrimonio delante de todos. ¡Y ella ha dicho que sí!

Hubo medio segundo de silencio. Y luego, la casa explotó.

Milagros se puso a llorar y a aplaudir a la vez, Paco abrazó a las dos de golpe, Sergio silbó y Yoyo gritó:

—¡Bravooooooooo!

Se escuchó hasta en la carretera. Y Luna saltaba como un muelle canturreando:

—¡Boda! ¡Boda! ¡Bodaaaaaaaaaaaaa!

Diego se acercó a ellas, abrazó primero a Daniela y luego a María.

—¡Enhorabuena! —exclamó—. Os lo merecéis todo.

—Gracias —dijeron ellas, casi a la vez, con la voz rota de la emoción.

Paula las miró con el corazón a punto de explotar y entendió por qué su tía amaba tanto su casa rural.

Porque en ese lugar adonde había llegado para sostener su vida medio rota, la gente decía la verdad y se atrevía a querer en una última noche del año que jamás podía haberla imaginado mejor: loca, perfecta y un poco milagrosa.

Luego, Yoyo cogió la botella de champán, llenó las copas de todos, menos la de Luna, a la que le puso agua, y brindó:

—¡Por las natillas que saben a turrón, por los besos que dejan de ser furtivos, por los que llegan tarde pero llegan, por los anillos… y por este año nuevo que va a ser… la pera!

Brindaron todos. Y mientras las risas llenaban la casa y fuera empezaba a nevar despacio, Paula buscó la mirada de Diego.

Él le sonrió. Y ella pensó que quería seguir viendo esa sonrisa esa noche y también la siguiente…

Capítulo 24

Después de los brindis, de los bailes imposibles de Milagros y Paco, del «¡bodaaaaaaaaaaa!» de Luna y del champán que corrió, la casa rural fue apagándose poco a poco.

Luna se quedó dormida sobre el hombro de su padre, Yoyo se retiró después de dar otro beso a Sergio en los labios, Milagros y Paco se perdieron por el pasillo entre risitas y codazos, y Daniela y María se quedaron un rato más hablando en el sofá y sin dejar de mirar el anillo, pero al final se fueron a su habitación, agotadas y felices.

La chimenea ardía muy bajo. En la tele sonaba un programa de madrugada que nadie miraba, solo hacía compañía.

Paula estaba recogiendo las copas en el salón, con la diadema de *Happy New Year* aún en la cabeza, cuando sintió una presencia a su espalda.

—Deja eso —susurró Diego, quitándole con cuidado dos copas de las manos—. Mañana lo recogemos todo. O pasado. O en Carnaval.

Ella se rio bajito para no molestar al resto.

—¿Piensas quedarte hasta Carnaval? —bromeó, dejándose robar las copas.

Diego las dejó sobre la mesa, apagó la tele con el mando y, cuando el silencio se hizo, se escuchó más fuerte el crepitar de la leña y los latidos de Paula en las sienes.

Se miraron.

Sin matasuegras, sin gorros, sin ruido de fondo.

Solo ellos dos.

—Vaya noche —murmuró ella.

—La mejor Nochevieja de mi vida. No he parado de decírselo a mi familia cuando he hablado con ellos —dijo él, sin vacilar.

—¿Cómo se han tomado que no estuvieras en Corea?

—Me lo perdonarán.

Paula apartó la vista, porque esos ojos tan intensos, tan directos, le aflojaban las rodillas.

—Seguro que, a pesar de lo de Corea, están muy orgullosos de ti. Esta noche has triunfado: un directo viral que ha enamorado, el

pueblo entero ovacionándote, tus recetas de las natillas replicándose por todas partes y esta casa donde todo el mundo besa a todo el mundo.

—A mí se me ha quedado uno pendiente —masculló él, mirándole la boca.

—¿Uno? —Paula arqueó la ceja—. Esta noche me has dado unos cuantos besos, Diego Martiniano Márquez.

Diego dio un paso hacia ella. Luego otro, hasta que la tuvo tan cerca que se fijó en alguna peca que no se había dado cuenta de que tenía.

—Ya. Pero esos besos han sido con gente —susurró—. Este… lo quiero a solas y solo para mí.

La cogió por la cintura, despacio, como si le estuviera pidiendo permiso con las manos, y Paula, en vez de echarse hacia atrás, se acercó.

Él la besó despacio y profundo, saboreando algo que llevaba tiempo imaginando.

Ella se dejó hacer. Abrió la boca, le agarró por las solapas de la chaqueta del traje y sintió otra vez ese vértigo tan conocido y tan nuevo.

Cuando se separaron, Paula estaba con la respiración agitada y con ganas de todo.

—Diego… —musitó contra su boca.

—Ven conmigo al cuarto —pidió él, sin rodeos, con una dulzura que a Paula le estremeció más todavía—. Quiero hablar contigo. O hablarte con las manos, con el cuerpo, con todo. Bueno, lo quiero todo.

Ella soltó una risa nerviosa.

—O sea… hablar.

—Hablar —repitió él, con una sonrisa ladeada.

Paula se quedó callada unos instantes, en los que pensó que a lo mejor tenía que frenar. Pero el pensamiento como vino se fue, porque el deseo era demasiado fuerte.

—Vale. Han pasado muchas cosas esta noche. Hay mucho de lo que hablar…

—No voy a hablar más de natillas —bromeó.

—¿Ah, no? —inquirió divertida.

—No. Lo prometo.

La tomó de la mano y la llevó hacia el pasillo, que estaba en penumbra. Se coló un haz de luz desde la puerta entreabierta de la habitación de Milagros y Paco, donde se les escuchaba reír en voz baja.

Un poco más allá, los otros cuartos estaban en silencio.

Diego abrió la puerta de su habitación y le cedió el paso. La cama estaba deshecha, había una camisa en la silla y la gorra en el cabecero.

Todo olía a él. A su perfume caro y a leña.

Paula se sentó en el borde de la cama, de lado, con las manos entrelazadas.

—Me estoy acordando de la primera noche que tú y yo…

—Esta vez es distinto —replicó Diego, cerrando la puerta con cuidado—. Aquella noche nos comimos sin pensar. Hoy quiero pensar contigo.

Se sentó a su lado, sin tocarla aún.

—Vale, piensa —dijo Paula—. Pero avisa antes si vas a decir algo fuerte… para agarrarme.

Diego sonrió y se quedó un segundo mirándole las manos, que le volvían loco.

—Llevo todo el día con dos ideas en la cabeza que no me dejan…

—Dos —repitió ella, risueña.

—Soy así de básico. Una, que no me creo la suerte que tengo de estar aquí contigo. Y dos, que tengo pánico a que esto acabe en cuanto pase la Navidad.

Paula casi hiperventiló.

—Prefiero no pensar.

—Yo sí —habló él, sin adornos—. Soy pasional. Pero también me gusta ponerle cabeza a lo que me importa. Y tú me importas, Paula. Esto que tenemos. Tú y yo. Lo que sea que somos. Lo que está pasando entre nosotros, que es más que sexo, más que un rollo de vacaciones navideñas y más que un «ya veremos».

Paula estaba que ni pestañeaba…

—Diego… —atinó a decir. Y no le salió ni una palabra más.

—Déjame que hable, por favor. Llevo años rodeado de gente, de ruido, de focos, de contratos, de restaurantes… y de repente llego a esta casa, tú me dices que vendo boniatos, me cabreas, me descolocas, me ves de verdad y me desmontas la vida entera. Y yo no quiero volver a montarla sin ti.

Paula notó cómo las lágrimas se le formaban y no solo en los ojos, sino mucho más adentro. Y de la ansiedad que le entró, prefirió apelar a la prudencia:

—Te recuerdo que estás en pleno subidón de directo, de fiesta, de champán…

—No es el champán —la interrumpió—. Llevo días sintiéndolo. Es que me levanto pensando en ti, cocino pensando en ti, hago la lista de la compra pensando en si he apuntado tus anchoas… Me siento en el banco de la plaza a llamar a mis abogados y lo que quiero es volver corriendo para contártelo a ti primero. Eso, para mí, tiene un nombre.

—Te advierto que esto de poner nombre a las cosas está sobrevalorado —replicó ella, intentando bromear.

Él sonrió, pero los ojos los tenía serios y dijo por fin:

—Me estoy enamorando de ti. Y no quiero fingir que no pasa nada. No quiero que lo nuestro quede en «esas Navidades que pasé en la sierra». No quiero que esto sea un paréntesis. Quiero que sea una frase principal y muy larga.

Paula soltó el aire, cerró los ojos un momento, como si tanta palabra le deslumbrara.

—No me puedes decir esto, así de improviso —susurró—. No estoy acostumbrada. Normalmente, la que dice estas cosas soy yo.

—Pues ahora las digo yo —habló Diego, con la voz un poco ronca —. No quiero frenar. Bastante tiempo he estado frenando con otras cosas…

Paula se inclinó un poco hacia atrás, apoyando las manos en el colchón.

—Yo es que tengo la vida patas arriba, estoy sin trabajo, con un alquiler por pagar, facturas… tengo que volver a Madrid a ponerme las pilas, y tú acabas de romper con todo.

Cuando terminó, Diego acercó su mano a la de ella, despacio, y le entrelazó los dedos.

—Tengo mis restaurantes, pero estoy feliz de saber que por primera vez no tengo el calendario vendido hasta dentro de tres años, que no hay un tío con traje diciéndome lo que tengo que hacer. No sé si volveré a la tele de nuevo y a esos contratos que me hacían ganar mucha pasta. Pero hay algo que sé con una claridad que no había tenido nunca.

—¿El qué? —preguntó Paula, mirándole los dedos, entrelazados con los suyos.

—Que contigo la incertidumbre es distinta. Me da menos miedo. No me siento solo. Pero, en tu caso, creo que lo que te agobia no es el trabajo…

—Sí que me agobia.

—Lo que te da más miedo es que esto pueda salir bien.

Estas palabras le dieron en todo el centro a Paula que soltó una risita temblorosa:

—De momento no he salido corriendo.

Hubo un silencio pequeño. Él levantó la vista y sus miradas se encontraron sin soltarse de la mano:

—De momento…

—Yo también estoy sintiendo cosas —admitió Paula, por fin—. Me paso el día pensando en lo bien que hueles cuando te acercas a darme los buenos días. En lo mucho que me gusta verte cocinar tan concentrado… En lo que me gustan tus manos… Esta arruga que se te hace aquí, junto a la boca —reconoció acariciándola con el dedo índice—. Me has devuelto las ganas de reír a carcajadas, de sentirme viva, de hacer cosas… Y eso me asusta, no te lo voy a negar. Porque yo llegué aquí medio rota y lo que menos esperaba era que la vida me fuera a traer cosas tan bonitas. Y ahora que las tengo… tengo miedo a perderlas.

Diego apretó un poco más su mano y replicó:

—La vida te las va a quitar igual, si quiere. Pero no por eso vamos a dejar de cogerlas cuando pasan.

Ella soltó el aire despacio.

—Me da pánico enamorarme de ti, pero creo que me estoy enamorando —confesó al final, entre susurros.

Los dos se quedaron callados y luego Diego habló con una sonrisa:

—Gracias por decirlo, aunque te dé miedo.

Se inclinó y la besó en la frente, en la punta de la nariz y, finalmente, en la boca.

Paula le quitó la chaqueta del traje y luego tiró de él hacia sí.

El beso se hizo más profundo y más lento. Las manos empezaron a explorar, primero más tímidas y después más decididas.

Paula notó cómo el vértigo se mezclaba con la calma: el cuerpo le pedía una cosa y el corazón, exactamente lo mismo.

Ya medio desnudos, él se acercó a ella otra vez. Y Paula gimió, solo con imaginar lo que venía.

Se besaron desesperados y, cuando acabaron, casi jadeantes, él musitó:

—Entonces, ¿seguimos para adelante? ¿Nos atrevemos?

—¿A qué? —susurró Paula, rozándole los labios con los suyos.

—A querer… y ya veremos cómo se hace —respondió acariciándole la mejilla—. De momento, una frase detrás de otra. No hace falta escribir el capítulo entero de golpe.

Paula sonrió, con los ojos llenos de lágrimas…

—Seguimos, pero no me prometas cosas que luego no puedas cumplir.

—Solo te prometo una cosa —replicó él—, contigo voy a ser siempre el de la gorra. El de la cocina. El que enciende el fuego cada mañana…

—Es que ese es el que me gusta —admitió ella.

—Ese te quiere —se le escapó.

Paula lo miró con el corazón que se le iba a salir, pero no le apartó la mirada ni tampoco se escondió:

—Y este —dijo tocándose el esternón con un dedo— está aprendiendo a quererte. A su manera. Con miedo. Pero de verdad.

Eso fue todo.

No necesitaron decirse más.

Él la tumbó despacio sobre la cama, como si tuviera algo en las manos que se pudiera romper, pero también algo que le salvaba.

Ella le ayudó a quitarse el pantalón y él le bajó las braguitas con cuidado.

Se acariciaron conociéndose ya un poco, pero a la vez buscando caminos nuevos.

Se buscaron con la urgencia más tranquila de quien sabe que esa no será la última vez.

Y cuando no pudieron más, Diego se levantó a coger un condón. Y ella fue detrás.

Él se lo puso y la miró de un modo que Paula se derritió más todavía. Después, Diego agarró el portátil, que estaba sobre la mesa maciza, lo dejó encima de la silla, tomó a Paula por las caderas y la sentó allí.

La guio para que se recostara. Y ya estirada boca arriba sobre la mesa, Paula apoyó una pierna en el hombro de Diego y la otra quedó colgando.

Cuando él entró en ella, ambos soltaron un gemido y empezaron a hacerlo.

Diego era el que marcaba el ritmo y el que no paraba de acariciarla por todas partes.

La luz suave de la mesita de noche dibujaba sombras en su cuerpo y las caricias la tenían en un puro gemido.

Luego, Paula cambió de pierna y él varió el ritmo, que se hizo más intenso y la fricción más excitante.

Tanto que, cuando Paula sintió que estaba a punto de estallar, él la levantó y la dejó de nuevo de pie, en el suelo.

Se besaron devorándose. Después él se sentó en el borde de la cama y la atrajo de espaldas a él. Ella tanteó la entrada y se dejó caer lentamente hasta sentarse.

Paula empezó a moverse, era ahora la que mandaba, la que tenía el control… mientras él le recorría el cuello y la espalda con la lengua y la acariciaba, con la yema de los dedos, las clavículas, los pechos, el vientre…

Cuando llegó a ese punto exacto, justo ahí, lo tocó como si lo conociera de siempre y acabó arrancándole un orgasmo que no

escuchó la casa entera gracias a que él le puso la mano en la boca.

Después, Diego la cogió en volandas y la dejó con cuidado sobre la cama. Apagó la luz con un gesto rápido y se tumbó sobre ella, abrazándola.

Paula le arañó la espalda cuando le sintió otra vez dentro y volvieron a hacerlo.

Todo fue piel, susurros, respiraciones mezcladas y esa sensación profunda de que aquello era más que sexo.

Y así hicieron el amor, hasta que Diego no pudo más. La estimuló con los dedos para que llegara una vez más y cuando él sintió su cuerpo temblar, estalló también murmurándole que la quería.

No lo pudo evitar y tampoco quiso quedarse con esas dos palabras atravesadas.

A Paula esas dos palabras la estremecieron entera…

Respiró hondo y de sus labios salieron también dos palabras:

—Diego, yo…

Diego la besó suave en los labios y susurró pegado a ella, porque con su cuerpo se lo había dicho todo:

—No hace falta que digas nada…

Cuando al fin se quedaron en silencio, ella acurrucada sobre su pecho y él con la mano enredada en su pelo, Paula pensó, justo antes de quedarse dormida, que su tía quizá tenía razón.

La vida pasa igual si te lanzas o no, la diferencia es el recuerdo que te queda.

Y el de esa noche… no lo iba a olvidar jamás…

Capítulo 25

La mañana del dos de enero, Paula despertó con el sonido de la notificación de que tenía un correo electrónico.

Diego dormía a su lado, medio abrazándola, con la respiración lenta y el pelo revuelto.

No podía estar más bueno, pensó.

Y se quedó unos instantes mirándole, con una mezcla de ansiedad, que no sabía aún gestionar, y de ternura.

Luego, agarró el teléfono, abrió el correo y vio que era de la competencia. Lo leyó a toda prisa y alucinó.

La directora de Recursos Humanos de una de las mejores agencias de publicidad de la ciudad, se había enterado de que había dejado su puesto de trabajo, conocía su perfil, sus proyectos y le ofrecía una vacante en su empresa.

Después, le preguntaba que si le venía bien agendar una entrevista para el lunes a las once de la mañana y a Paula le faltó tiempo para responder que sí.

Dejó el teléfono sobre la mesilla y él se despertó. Abrió un ojo y sonrió de un modo que Paula por poco no se derritió ahí mismo. Otra vez…

—¡Buenos días!

—¿Por qué tienes que sonreír así? —preguntó Paula, tumbándose a su lado.

—Para que caigas rendida a mis pies.

Paula estuvo a punto de responder que ya había caído con todo el equipo, pero en su lugar sonrió y respondió:

—Si sigues haciendo cosas como anoche…

—Qué noche.

—No me hagas recordar que me ruborizo —murmuró Paula, que se tapó las mejillas con las manos.

Diego se apoyó sobre un codo, le apartó un mechón de la cara y le preguntó, porque la notaba rara… y no solo por el sexo de la noche anterior:

—¿Estás bien?

—Sí —aseguró retirando las manos—. Es que tengo la cabeza llena de cosas.

—Normal. Yo también —dijo él, pero lo suyo sonó más a: «la tengo llena, pero clarísima».

Paula resopló y le contó, para no hacerlo más largo:

—He recibido un correo electrónico de la competencia. Es una agencia de publicidad muy buena. Se han enterado de que he dejado mi puesto, conocen bien mi currículum y me ofrecen un puesto de trabajo. Bueno, una entrevista. El día cinco de enero tengo que estar en las oficinas de la Castellana.

Diego se quedó quieto un segundo, del palo que le dio escuchar «la Castellana».

—¿Y vas a ir?

—Sí. Tengo que trabajar, Diego. No puedo dejar pasar oportunidades.

—¿Y la cabalgata? —preguntó él, como si fuera la cosa más importante del mundo.

Paula sonrió, porque no le pudo parecer más mono y respondió:

—Es a las once. Llegaré a tiempo para la cabalgata.

—Te puedo acercar a Madrid.

—Haces más falta aquí. Con los desayunos, por favor —le pidió ella.

—Está bien.

—Bajaré en autobús. No sé lo que voy a tardar. Pero voy a estar de vuelta para la cabalgata. Te lo prometo.

Paula le dio un beso suave en los labios, se quedaron en silencio unos segundos, hasta que él lo rompió con la mirada brillante:

—Llevo días pensando en algo y creo que ya va siendo hora de decirlo.

Paula lo miró perpleja, porque no tenía ni idea de por dónde iba a salir:

—A ver…

Él tomó aire y se lanzó, hablando entusiasmado:

—Tengo muchos proyectos en mente y necesito a alguien de tu perfil para que lleve mi marca, mi imagen pública y mi reputación, que se encargue de la comunicación, la promoción, el contenido de

mis redes sociales, las relaciones públicas… Puedes ser mi directora de comunicación o mi socia creativa. Lo que prefieras, pero necesito a alguien que dé voz a lo que quiero construir. Y quiero que seas tú.

Paula pestañeó, y solo se lo pudo tomar a broma:

—Estoy que lo tiro. ¡Dos ofertas de trabajo en la misma mañana!

Diego siguió hablando, pero absolutamente en serio:

—La mía es en firme. No solo porque eres la mejor en lo tuyo… sino porque eres la persona con la que quiero empezar todo esto. Contigo todo funciona.

Paula se pasó la mano por la frente, pues lo que menos esperaba escuchar era esa proposición:

—Diego…

—No quiero que seas parte de mi vida solo fuera de la cocina —la interrumpió antes de que ella dijera nada—. Quiero que estemos juntos también en esto. Quédate. Trabaja conmigo.

Paula se quedó muda. Y él la miraba con una ilusión que ella no se sentía preparada para corresponder.

Era demasiado pronto. Demasiado precipitado. Demasiado arriesgado, pensó. Y replicó, tras acariciarle la mejilla en un gesto íntimo y dulce:

—No creo que sea lo más conveniente mezclar trabajo y… esto. Me parece demasiado. Quiero conocerte poco a poco. Sin contratos de por medio. Sin depender de ti para pagar mis facturas.

—Pero no dependerías de mí —se apresuró a aclarar—. Te estoy proponiendo que trabajemos juntos, como equipo. Sería algo de los dos.

Ella negó, esbozando una sonrisa, porque, aunque sonaba muy bien… prefería optar por la sensatez:

—No creo que sea lo más prudente ahora mismo. Necesito volver a mi vida, a mi rutina, saber quién soy fuera de este lugar y, luego, ya veremos. Quiero hacer las cosas bien. Trabajar fuera y conocernos dentro me parece lo más conveniente para ambos.

Diego intentó esconder la decepción, pero se le demudó el semblante:

—No estoy de acuerdo —habló, rascándose la nuca—. Pero entiendo lo que dices…

—Gracias —dijo Paula, besándole en los labios.

—Pero te pido que no cierres esta puerta. Quizá ahora no le veas el sentido, pero más adelante…

—Está bien —musitó Paula, sin estar convencida del todo.

Y justo cuando él iba a replicar algo se escucharon pasos y voces en el pasillo.

La casa empezaba a despertarse con Milagros riendo, Paco tosiendo y Luna canturreando algo de Rosalía.

—¡La chimenea! —exclamó Diego, incorporándose—. ¡Hoy llevo un retraso tremendo!

—Y yo me voy corriendo. Si salgo de tu cuarto así, con esta cara y estos pelos, me van a hacer un interrogatorio de tres horas.

Diego se rio y la atrapó por la muñeca para darle un beso breve y cálido:

—Luego seguimos hablando. Y, aunque prefería que te quedaras trabajando conmigo, enhorabuena por esa entrevista. Eres la mejor.

—Y tú también eres mi chef favorito. ¡Me voy a la ducha!

Salieron de la habitación por separado y se pusieron rápido con las rutinas del día.

Una hora después, el fuego estaba prendido y los desayunos listos y deliciosos, como siempre.

Porque el chef se empleaba a fondo cada mañana y siempre les sorprendía.

Un rato después, Paula estaba recogiendo las tazas del desayuno cuando llamaron a la puerta.

Un timbrazo largo y seco.

Y no era nadie de la casa, porque estaban todos dentro.

Paula se secó las manos en el paño, fue al recibidor y abrió. En el umbral había una mujer de unos cuarenta años, con abrigo rojo, bufanda negra y el pelo recogido deprisa en un moño con una pinza dorada.

—Hola —saludó, un poco cortada—. ¿Es la Casa Rural de La Encina?

—Sí. Pero estamos completos hasta después de Reyes.

—Soy Mila, la hija de una huésped. De Milagros Contreras.

Paula entonces se fijó en que esa mujer tenía la misma mirada de Milagros, pero mucho más cansada.

—¡Ah! —reaccionó enseguida—. Claro, pasa, por favor. —Se hizo a un lado para dejarla entrar y añadió—: Milagros está aquí. Ahora la llamo.

Mila entró, mirándolo todo con mucha curiosidad.

—¿Y tú eres…? —preguntó, educada.

—Paula. La sobrina de la dueña de la casa.

—Encantada —dijo Mila, dándole dos besos—. Perdona que me presente así, sin avisar, pero es que vengo de Gijón, porque tengo una comida de negocios en Madrid y se me ha ocurrido pasar a saludar a mi madre, a la que no he visto en todas las fiestas.

—Estupendo —repuso Paula, forzando la sonrisa. Porque Milagros estaba en la habitación con Paco. Y Paula supuso que Mila no debía tener ni idea de su existencia—. Espera un momento que la aviso…

Pero no tuvo ni que llamarla, porque Milagros apareció con un jersey de renos canturreando *Qué sabe nadie* de Raphael, hasta que vio que su hija estaba junto a la chimenea.

—¡Milagritos! —exclamó, llevándose las manos a la boca.

—¡Hola, mamá! —masculló ella, de pronto emocionada.

Se abrazaron tan fuerte que a Paula se le hizo un nudo en la garganta.

Milagros le cogió la cara con las manos y la miró como si no se lo creyera:

—Pero niña… ¿qué haces aquí? Pensaba que estabas trabajando en Gijón…

—Hoy tengo una reunión en Madrid. Vengo en coche. Me apetecía pasar a verte, ya que no te he visto ni en Nochebuena ni en Nochevieja. Las primeras Navidades que no te veo el pelo en fechas tan señaladas.

—¿Para qué quieres vérmelo? ¡Con lo fosco que lo tengo! —bromeó Milagros, nerviosa.

—Y tú aquí ¿qué haces exactamente? —replicó Mila, mirando alrededor.

—Estoy… con amigas —improvisó, mirando de reojo a Paula para que le siguiera el juego—. Esta es Paula, que ya has conocido, y

luego están Yoyo, María, Daniela…

Mila arqueó una ceja, mosqueada porque notaba a su madre muy rara:

—Ajá.

Y justo en ese momento aparecieron Daniela y Yoyo con dos cestas de la ropa que iban a colgar al porche aprovechando que hacía sol.

—¡Anda, aquí las tienes! ¡Chicas, no lo vais a creer! ¡Ha venido mi Mila a verme!

Milagros se las presentó, se saludaron con dos besos y Mila replicó desconcertada después de que las tres se fueran a colgar la ropa, porque Paula decidió irse con ellas para que pudieran hablar tranquilas.

—O sea… que estas son tus amigas.

—Sí, hija, mis amigas —repitió Milagros, muy digna—. Unas chicas bien majas y bien estupendas.

—Que podrían ser tus hijas —soltó Mila, mosqueadísima.

—¿Y? Yo tengo un espíritu joven. ¡Tan joven que soy la más dicharachera del grupo! ¡La que siempre cierra el bar!

—¿De dónde son? —preguntó, clavándole la mirada.

—¿Qué más da de dónde sean? ¡Pues de su padre y de su madre! ¡Cómo todo el mundo…! —exclamó Milagros, echando las manos a volar.

—Yoyo es una influencer.

—¿Viste el directo con Diego Márquez? —inquirió Milagros, para cambiar de tema.

Pero no sirvió de nada, porque Mila no iba a parar hasta llegar al final.

—¿Quién no? ¿Pero tú qué pintas aquí? No entiendo nada. Jamás me has hablado de tu amistad con Yoyo y con las otras chicas. Y siempre que te llamo estás liadísima. Aparte de… ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Un tiempín —contestó, intentando escurrir el bulto—. Necesitaba esta… terapia rural. Viene genial para los nervios. ¡Desde que estoy aquí me siento flotar! ¡Y no veas qué bien estoy del

reuma! Es que no me duele nada. ¡Esto es mano de santo, Milagritos! —exclamó moviendo las manos como si bailara sevillanas.

—Te podías haber ido de terapia… rural, como tú dices, viniendo a Candanchú con tu nieta y conmigo —repuso Mila, ofuscada—. No me puedo creer que prefieras pasar la Navidad con esta gente que conoces de tres tardes en vez de con tu familia —soltó, con una punzada de reproche.

Milagros no pudo decir nada porque del fondo del pasillo se escuchó una voz que decía:

—¡Milagroooooooooooos! ¡Te he encontrado las rosquillas! ¡Las tenías en el maletín rosa!

Y Paco se plantó en el salón con la bolsa de las rosquillas en la mano. Sonrió de oreja a oreja a Milagros, se acercó y le plantó un beso en la boca. Un beso largo, además…

Capítulo 26

Mila se quedó helada. Y Paco al verla, se quedó igual porque sabía perfectamente quién era.

—¡Hola! Soy Pa… co… co… —se presentó tartamudeando del corte que tenía.

Luego, le tendió la mano, que Mila le apretó y soltó al instante, como si le diera corriente eléctrica.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó en un tono como si fuera la madre de Milagros y la hubiera pilado con el chico más malo y más canalla del barrio.

—Mila, cariño…

—¡Ni cariño, ni leches! ¿Me puedes explicar por qué te has pasado todas las Navidades aquí, sin ver a tu nieta, y comiéndole el morro a este señor que no he visto en mi vida? —estalló—. Porque, de verdad, mamá, es que no entiendo nada.

Paco carraspeó, incómodo.

—Si queréis, yo os dejo para que habléis… —empezó.

—No, Paco, quédate —le pidió Milagros, cogiendo aire—. Es mejor que escuches tú también.

Mila se cruzó de brazos y habló, muy borde:

—Estoy esperando.

Milagros agarró a Paco de la mano y le dijo a su hija, con una calma que la sorprendió a ella misma:

—Paco no es un señor cualquiera. ¡Y deja de mirarle la boca, que se está poniendo implantes!

—Mamá, por favor. No seas frívola, en este momento, además. ¡Me importa un pito cómo tenga la piñata! ¡Yo no me voy a comer la boca con Pepe!

—Paco. Se llama Paco —corrigió Milagros—. Pero quiero que sepas que se está arreglando los dientes. En Albacete. Él es de allí. Y le conocí en el viaje a Roma. Nos hicimos amigos. Después, hicimos más viajes juntos…

—¿Y desde cuándo os besáis así? —preguntó Mila, con sarcasmo, mientras Paco se recolocaba el jersey como si quisiera esconderse dentro de él.

—Desde que le pedí permiso a tu padre.

—A mi padre. ¡Sí! ¡Ja! Como casi no era celoso papá…

—Estuvimos años como amigos Paco y yo. Luego que sí, que si no, que si es una locura, que si es tarde para estas historias… Pero me di cuenta de que lo quería. Y me planté delante de la tumba de tu padre y le dije que Paco me había vuelto a hacer sonreír. Y desde entonces estoy con él.

—Si quieres saber mi opinión… —soltó Mila.

—Pues la verdad es que no —la cortó Milagros.

—Te la voy a dar: se te ha ido la cabeza. Tu edad, mamá, tu edad… Saca tu DNI…

—No tengo otra cosa que hacer…

—Para mí es una florecilla fresca del campo —intervino Paco.

—¿Ves? —inquirió Milagros, encogiéndose de hombros—. Hay gente que se pasa la edad por el forro.

—Por favor —bufó Mila, horrorizada—. Con lo que has pasado con papá… ¿De verdad estás para meterte otra vez en líos? ¿Y si sale mal? ¿Y si te hace daño?

—Paco tiene una salud de hierro. Levanta pesas. Camina quince mil pasos al día. Y no hace daño ni a una mosca. Y claro que sé lo que pasé con tu padre y lo que lloré cuando se fue. Yo no soy idiota. Se lo que hay. Y por mi piso de Gijón no te preocupes, que es para ti.

—A ver, mamá, no soy una mujer interesada. Es tu piso y…

—Podría venderlo y darme la vidorra padre con Paco —le interrumpió—, pero quiero que sea para ti. Paco y yo somos felices con nada… Y sí, lo digo a boca llena: estoy enamorada. Y lamento que tú estés tan quemada…

Mila se mordió los labios.

—Si yo estoy quemada o no, en este momento no importa.

—Sí, porque respiras por la herida —replicó Milagros—. Después de tu divorcio, solo te has encontrado con impresentables. El que te hacía luz de gas, el que desaparecía tres semanas después de un «ya te llamo», el que te escribía un wasap un sábado a las once de la noche cuando le fallaban los otros planes…

—¡Basta, mamá! —exigió Mila—. Mi lista de tiparracos no es tema ahora.

—Tienes que buscar el novio en Albacete. Te lo digo yo —le sugirió Paco.

—Pues sí, Paco —asintió Milagros—. Pero está cansada, no se fía de nadie y le han hecho tanto daño que ha decidido que mejor sola que mal acompañada.

Mila tragó saliva y se le humedecieron los ojos, aunque intentó que no se le notara:

—Estoy harta. No quiero depender de nadie. Bastante tengo con la niña, el trabajo, la hipoteca…

—Lo sé. Y lo respeto. De verdad —añadió Milagros—. Si decides que no quieres tener una pareja, ni compartir cama, ni facturas, ni comidas de domingo con nadie, está bien. Es tu vida y tu decisión.

—Y tú deberías hacer lo mismo —le soltó Mila.

Milagros se enderezó.

—No quiero lo mismo que tú. —Miró a Paco de reojo y añadió, con la voz entrecortada—: Y, como comprenderás, tengo edad suficiente para saber lo que quiero.

Había tanta verdad en la voz de su madre que Mila solo pudo preguntar:

—¿Estás enamorada de él?

—Le quiero —respondió Milagros sin dudar—. No te he dicho nada porque sabía que no lo ibas a entender.

—Es que mamá… ¿En qué cabeza cabe? —inquirió, dándose golpecitos en la sien.

—En la mía. Y sé muy bien lo que hago —afirmó Milagros, rotunda —. Paco no me ha vendido la burra, ni me ha prometido castillos en el aire. Paco es Paco. Su único vicio son las gambas. Y quiere estar conmigo mientras nos haga bien. Y me hace bien. Me hace reír, me escucha, me mira como si no hubiera más mujer en el planeta. Como si estuviera en la flor de la vida. Como si fuera una amapola. Y, sobre todo, me quiere… y quiere lo mismo que yo.

Mila la miró clavada en el sitio:

—¿Y qué quieres tú, mamá?

Milagros sonrió con los ojos llenos de lágrimas:

—Quiero un compañero con quien pelearme por el mando de la tele. Quiero alguien que me diga: «ponte la bufanda que hace frío», aunque luego yo no le haga ni caso. Quiero un amor tranquilo, pero que me haga cosquillitas cuando me sonríe con sus seis dientes. Quiero un vínculo de pareja bonito, de verdad. Y lo quiero con él —añadió, mirando a Paco.

Paco tomó la palabra, cogiéndola de la mano:

—Yo siento lo mismo. No sé decirlo tan bonito como tu madre, pero también estoy enamorado. Y también sé lo que quiero. Mis intenciones son serias. No quiero aventuras ni rollos. Solo quiero a Milagros. Quiero despertarme con su pelo en la cara y que me riña porque ronco. Y si no lo entiendes hoy, lo entenderás más adelante. Pero a tu madre no voy a soltarla.

Mila resopló, emocionada, y dijo frunciendo el ceño:

—La vida no te prepara para esto. Mi madre con novio…

—Te entiendo, hija. Y tú entiéndeme a mí también. Nunca he dejado de creer en el amor. Y viendo lo que ha pasado en esta casa estas Navidades, con esta gente, solo puedo animarte a que no tires la toalla. Que no te cierres la puerta del todo. Que no tengas miedo si un día aparece alguien y te pone el mundo del revés. Porque, a veces, sale bien…

Mila la miró con el corazón en un puño…

—Por un momento he llegado a pensar que estabas empezando a demenciarte… y ahora siento que estás más lúcida que yo. Y eres más jodidamente feliz. Me has cerrado la boca. Lo vuestro se ve que es de verdad. No te veía tan radiante y luminosa desde yo qué sé cuándo.

Milagros rio entre lágrimas:

—La luz es cosa del tinte y del iluminador —bromeó—. Pero lo de dentro… es cosa de este hombre.

Paco negó con la cabeza y replicó, sintiéndose muy afortunado:

—Yo solo he puesto un poco de alegría. Lo demás lo tenía ella.

Mila sonrió, se recolocó el bolso y dijo:

—Vale. Si tú estás bien, mamá, yo estoy bien—. Luego, se giró hacia Paco y le advirtió—: Y tú, por favor, ni se te ocurra hacerle alguna. Porque te juro que te meto tres kilos de gambas por… ahí.

Paco sonrió con los ojos vidriosos y afirmó:

—Me parece justo. Y te prometo que, si alguna vez tu madre llora por mi culpa, será de risa. O porque me haya cargado la lavadora intentando arreglarla… de ahí no paso.

Mila soltó una carcajada, por fin. Milagros abrió los brazos y le pidió:

—¿Me das un abrazo o qué?

Mila se lanzó y la abrazó con fuerza. Paco las miró un segundo y Mila estiró el brazo para que se uniera.

Después, Milagros le presentó a todos sin parar de repetir «estos son mis amigos», orgullosa. Y Paco aprovechó para salir al porche, móvil en mano.

Y marcó un número, nervioso:

—¿Sí? —respondió una voz masculina al otro lado.

—Paquito…

—¡Papá! ¿Cómo van las fiestas? ¿Sigues en la sierra con tus amigos?

Paco miró a través del cristal del salón: vio a Milagros riendo con Luna, a Mila hablando con Yoyo, a Paula saliendo de la cocina con una bandeja y se aclaró la voz.

—Precisamente por eso te llamo. Para decirte que… no estoy con amigos —confesó—. O sí… O sea…

—Papá no te entiendo. ¿Estás bien?

—¡Fenomenal! Lo que quiero decirte es que estoy con la mujer de mi vida. Me vine aquí con ella… y hemos hecho unos amigos estupendos.

Hubo un silencio al otro lado y Paquito repitió:

—¿La mujer de tu vida? ¿Es broma? ¿No?

—La broma se llama Milagros. Nos conocimos hace cinco años en un viaje a Roma, nos hicimos amigos y después surgió algo más. Y nos hacía mucha ilusión pasar nuestra primera Navidad juntos. No te he contado nada porque no me apetecía escucharte.

—Gracias, papá.

—¡Joder, Paquito! —refunfuñó—. Es que ibas a darme la brasa que si cuidado con esto y con lo otro.

—Con el dinero no creo. ¡Menudo eres tú para la pasta! En la vida he podido sisarte ni un céntimo.

—Ya, pero me olía que me ibas a decir que adónde voy a mis años.

—Adónde va ella, porque para aguantarte a ti… telita —soltó Paquito, entre risas.

—Me ha domado… con cariño.

—Papá, eso hago yo con mi perra. Y los dos somos felices juntos. No necesito a nadie más.

—Porque no has conocido a una de Gijón. Es lo que te falta…

—¡A mí déjame tranquilo! ¿Tú eres feliz? Dentro de lo que se puede ser feliz en este mundo de mierda —rezongó Paquito.

—No sé cómo tu perra no ha acabado cogiendo la puerta y largándose.

—Porque me quiere.

—Como yo a Milagros. Y soy jodidamente feliz. Estoy que ni cuando tenía veinte años.

Paquito resopló, se quedó unos instantes callado y luego dijo:

—No sé qué te has tomado, papá, pero yo quiero lo mismo.

—Cuídate, anda. ¡Y feliz año!

Colgó y, cuando volvió al salón, Milagros le lanzó una mirada que le provocó un escalofrío en el cogote. Y ella le preguntó, después de darle un beso en la mejilla:

—¿Todo bien?

Paco pensó que «todo bien» esta vez no era una frase hecha, sino algo muy parecido a lo que estaba sintiendo…

Capítulo 27

Paula llegó a Madrid con sueño, pero iba bien maquillada, con los pelos en su sitio, las botas de tacón, el abrigo camel y el currículum impreso dos veces por si acaso.

La recepción de la agencia era como todas las de su estilo: moderna, fría, carísima y llena de gente corriendo con cafés en la mano como si el mundo se acabara.

Paula reconoció ese ambiente al instante: el murmullo frenético, la luz blanca y la presión flotando en el aire.

La directora de Recursos Humanos la recibió dos horas después, con demasiada energía para ser un lunes cinco de enero.

—¡Paula! Disculpa la tardanza. Hoy tengo un día de locos.

—No te preocupes —dijo Paula.

La verdad era que esas dos horas le habían venido genial para percatarse de dónde estaba a punto de meterse.

—Muchas gracias. Eres muy amable. ¡Y qué bueno tenerte por aquí! Por fin te ponemos cara. Hemos oído cosas estupendas de ti.

La directora la metió en la sala de reuniones acristalada y Paula vio a un par de empleados detrás, tecleando con gestos de agobio.

Aquello le sonó demasiado…

La entrevista fue rápida, casi atropellada. La mujer, de melena por los hombros, gafas ultramodernas y traje de chaqueta impecable, no le hizo demasiadas preguntas.

La querían ya.

Después de diez minutos, la directora sonreía con todos los dientes.

—Pues si tú quieres… el puesto es tuyo.

—¿De verdad? —preguntó Paula, desconcertada.

—Sí. Aquí valoramos la excelencia. Y tú la tienes. —Luego añadió, como quien no quiere la cosa—: Eso sí… somos un equipo pequeño, así que los horarios son muy flexibles.

—¿Flexibles cómo? —quiso saber Paula, entrecerrando los ojos.

—Pues… flexibles. —Y sonrió mostrando hasta las muelas del juicio—. Entramos cuando toca y salimos cuando acabamos. Ya

sabes cómo es este sector de exigente. Aquí se va a tope. Dándolo todo. Vas a estar genial. Somos una familia, Paula.

Paula tuvo un *déjà vu* tan fuerte que sintió una punzada de ansiedad en el vientre.

Y solo se lo pudo tomar como otra señal…

—Una familia —repitió Paula.

—Sí. Muy bonita. Ya verás. Y, para variar, estamos hasta arriba de curro. De hecho, tengo una campaña para que empieces hoy mismo. Es un cliente grande, hay que tenerlo todo listo para ya.

—¿Quieres que empiece hoy?

—Claro. Para eso estás aquí —respondió la directora, intentando no sonar borde, pero el rictus de los labios la traicionó.

—Es que es víspera de Reyes.

La directora ya no disimuló más y la miró como quien escucha una excentricidad:

—¿Y? Aquí se trabaja como cualquier otro día. A no ser que tengas que comprar juguetes para tus hijos, pero creo que no es el caso, ¿no?

Paula tragó saliva.

—No, no tengo hijos, pero pensaba estar en la cabalgata de mi pueblo. Es a las cinco.

La directora soltó una risita de lo más mordaz.

—¡Ay, Paula! ¡Qué mona! Es todo muy entrañable, pero aquí las cabalgatas nos pillan trabajando. Tu despacho es el segundo a la izquierda. Estas son las claves de tu correo corporativo —dijo entregándole un papelito—. Mándame un correíto ahora con tus datos y te paso el contrato para que lo firmes. ¡Bienvenida! En una hora tienes una reunión con la jefa y te pondrá al día de todo. Antes léete el dossier que te voy a mandar de tu cliente y el *briefing* de una campaña que tenemos un poco atascada. Dale una vueltita, por fa. No hay nada como una nueva mirada fresca. Y yo ya me voy, toma posesión de tus dominios. Ja, ja, ja —se rio de un modo que a Paula le provocó un escalofrío.

Se despidió de ella y entró en su despacho, que olía a cerrado y tenía vistas a la pared de ladrillo de un edificio que no podía ser más triste.

Se quitó el abrigo, lo colgó en un perchero de diseño y al momento apareció un chico de no más de veinte años con un café.

Paula lo aceptó con una sonrisa. Se quedó de nuevo sola, se sentó en la silla giratoria, lo probó y sabía a rayos.

Sí. Exactamente como las natillas.

Se levantó para tirarlo por el váter, volvió a la silla y, sin quererlo, se acordó de los cafés de Diego.

Suspiró. Abrió el ordenador: un Mac último modelo. Entró en el correo de la empresa, envió sus datos y empezó a sentirse mal.

Se le revolvió el estómago, las manos le temblaron, el corazón se le aceleró…

Respiró hondo, para calmar la ansiedad, y abrió el dossier del cliente de cuya campaña se iba a encargar: una firma de neumáticos para coches.

Bufó.

No le apetecía para nada inventar campañas para neumáticos.

Lo que le apetecía era…

Levantó la vista. Enfrente, casi pegado al cristal, vio el cartel publicitario de un restaurante. Y pensó al instante que ella lo habría hecho distinto… Y, sin darse cuenta, pensó en el restaurante de Diego.

En cómo lo haría ella.

En cómo enfocaría su estrategia.

En cómo podría llevar sus redes, sus campañas, sus notas de prensa, sus entrevistas…

Todo eso.

Todo lo que sí le hacía vibrar.

Era increíble, pensó. Pero de solo imaginarse en ese proyecto, y con Diego, se le dibujó una sonrisa involuntaria en los labios que aflojó, como por arte de magia, hasta el último resto de ansiedad.

Al poco, apareció la directora con el contrato en la mano y un bolígrafo:

—Aquí tienes el contrato. ¿Me lo firmas?

Paula lo miró. Vio su nombre impreso y sintió una punzada horrible que le hizo responder:

—No.

—Entiendo que quieras leerlo —supuso la directora, con un deje de fastidio—. Baja si quieres a comer rápido algo al bar de abajo y aprovechas para leerlo.

—¿Comer algo… dices? —repitió Paula, entre dientes.

—Eso aquí es un lujo. Lo normal es comer en la ofi lo que sea a toda prisa entre una cosa y otra.

Paula pensó que si necesitaba más señales ahí tenía otra. Estiró los brazos, agitó las manos y replicó:

—No lo voy a firmar. Lo siento.

La directora frunció los labios, molesta.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque esto —dijo señalando la oficina—, los horarios eternos, el estrés, las entregas para ayer, los «dale una vuelta» y comer fatal apoyada en una columna, ya lo he vivido. Y no lo quiero.

La directora la miró como si estuviera tirando su vida a la basura:

—¿Sabes lo que estás rechazando?

—Sí. Y justamente por eso lo rechazo. Gracias por la oportunidad y por tu tiempo.

Se levantó, cogió el bolso, se puso el abrigo y salió de allí disparada. No corriendo para no matarse con los tacones, pero casi…

Comió algo en el bar de abajo, cogió un taxi y se bajó en la estación de autobuses.

Lo cogió *in extremis* y tuvo suerte de encontrar un sitio libre junto a la ventana.

Otra señal.

Había un sitio para ella.

El paisaje de la carretera no hizo más que confirmarle lo que quería dejar atrás y hacia dónde quería que ahora fuera su vida.

Cuando vio las primeras casitas del pueblo, ya tenía el corazón latiéndole en la garganta.

Eran las cinco de la tarde cuando bajó del autobús y escuchó los tambores, la música de la cabalgata y los niños gritando: «¡Los Reyes! ¡Los Reyes!».

Paula se echó a correr a toda prisa.

En la calle Mayor estaban todos ya esperando.

Luna, junto a Yoyo y Sergio, sujetaba un paraguas del revés para coger caramelos. Milagros se los guardaba en una bolsa de plástico que rebosaba. Paco, con la bufanda hasta las orejas, junto a María y Daniela, competían por ver quién cogía más del suelo.

Diego, con la barba un poco más larga y el gesto inquieto, no hacía más que mirar hacia todos lados, buscando a Paula.

Le había escrito hacía un cuarto de hora unos mensajes, pero no había respondido. Hacía cinco minutos que la había llamado y nada…

Lo que él no sabía era que Paula llevaba todo ese rato corriendo con los tacones y, con el jaleo de la gente, no podía oír nada.

Y la primera que la vio fue Luna…

—¡Paulaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Todos se giraron. Y Diego también con el corazón acelerado y el semblante iluminado como si acabaran de encenderle una luz por dentro.

Paula saludó agitando los brazos y con una sonrisa enorme. Diego ni se lo pensó. Avanzó hacia ella a zancadas largas y la abrazó sin preguntar nada, apretándola contra él, como si llevara muchísimo tiempo sin verla.

—Joder, ¡pensé que no llegabas! —exclamó al fin—. Te he llamado, te he escrito mensajes…

Paula tragó de emoción.

—Con tanto bullicio, no oía nada. Me he bajado del autobús y he venido para acá todo lo rápido que me dejaban los tacones.

—¡Ya estás aquí!

—¡No me lo podía perder! Y tampoco podía estar un segundo más sin decirte algo…

—¿A mí?

Paula lo miró con los ojos vidriosos y respondió con la voz temblorosa pero firme:

—Sí. Estoy aquí porque… te quiero.

Diego se quedó quieto. Tan quieto que ni pestañeaba… No sabía si había escuchado bien, pero necesitaba creer que había escuchado aquello.

—¿Qué? —Logró decir.

—Te quiero —replicó ella—. Cuando me han puesto el contrato delante, me he dado cuenta de que no quiero esa vida.

—¿No has firmado? —inquirió, emocionado.

—No podía firmarlo. No quiero volver a lo mismo. Me han dado un café que sabía a rayos. Me han encargado una campaña para una empresa de neumáticos. Y, de pronto, he visto un cartel de un restaurante y solo podía pensar en el tuyo. Y en mil ideas. De repente, se me fue la ansiedad, volvió la ilusión y las ganas. Y no he firmado… He salido por piernas de allí porque en mi vida he tenido algo tan claro. Lo que quiero es estar contigo. Compartir proyecto, trabajo, días, ideas… Quiero construir algo bonito contigo. Lo nuestro. Quiero quedarme contigo…

Diego cerró los ojos un instante, como si le costara procesarlo. Los abrió y sonrió de un modo que Paula se estremeció entera.

—Paula… —habló pletórico—. Te juro que este año creo más en los Reyes Magos que cuando era un niño.

Ella rio entre lágrimas.

—¿Y eso?

Diego la abrazó más fuerte, la levantó un poco del suelo y susurró al oído:

—Porque este año los Reyes Magos me han traído una novia.

Paula se echó a reír, escondiendo la cara en su cuello.

La cabalgata pasó justo en ese instante. Los Reyes saludaban desde lo alto…

Cayó confeti, caramelos, los niños gritaban…

Ellos devolvieron el saludo a los Reyes Magos y luego se besaron.

Un beso que sabía a decisión, a futuro, a proyecto compartido y a…

—Sabes a turrón del bueno —dijo Paula, al separarse.

—Estaba tan nervioso que antes de salir he partido unos trocitos de la tableta especial de tu tía —confesó él.

Paula lo besó otra vez y dijo con los labios rozando los de él:

—¿Cómo iba a perderme esto?

Luego, volvieron de la mano junto al grupo.

Aplaudieron, silbaron y, Natillas, que salió de la nada, maulló también al verlos. No sabían qué había ocurrido, pero por las caras

que traían estaban seguros de que algo muy bonito.

Y al final, con los ojos muy brillantes, Diego lo confirmó:

—Nada, chicos, que este año los Reyes me han traído la mejor Navidad de mi vida…

EPÍLOGO

Tres años después…

El pueblo olía a leña, a frío del bueno y a ilusión que calienta las orejas.

Paula siempre decía que ese pueblo tenía algo especial, pero desde aquella cabalgata que le cambió la vida, cada rincón parecía llevar su nombre.

El bullicio de la calle Mayor le encantaba. Daba incluso la sensación de que el pueblo había crecido.

Milagros estaba a unos metros, agarrada del brazo de Paco, que lucía una sonrisa nueva, perfectamente implantada, y cargaba con una bolsa para los caramelos, por si con la de Milagros no tenían suficiente.

A su lado estaban Mila, con un abrigo rojo, y su hija Claudia, que ya tenía nueve años y corría feliz junto a Luna.

Y sí, Paquito también estaba allí, charlando con Mila demasiado cerca como para que a nadie se le escapara que entre ellos había algo.

Algo bonito y discreto que, de momento, preferían vivirlo así, haciendo como si solo fueran amigos.

Milagros estaba encantada y no paraba de decirle a quien quisiera escucharla que era lo mejor, que los sentimientos, si se nombraban antes de tiempo, a veces se asustan y salen corriendo.

María y Daniela estaban felices, con las manos entrelazadas y unos churros para sobrellevar la espera.

Yoyo y Sergio guardaban sitio en primera fila para las niñas. Yoyo había vuelto a su trabajo de influencer de viajes, pero ahora viajaba más por España, y muchos fines de semana se escapaba con ellos.

Igual que antes hacía con su madre, cuando la llamaba para contarle lo que veía, ahora lo hacía con Sergio y Luna, que eran… su familia.

Paula sonrió viendo aquel panorama.

Tres años después y todos seguían allí, como si la Navidad los hubiera adoptado.

—¿Estáis todos? —preguntó Diego, que apareció por detrás y le dio un beso en la mejilla.

Paula llevaba en brazos a Nico, que había cumplido nueve meses y era la réplica exacta de Diego, pero con sus ojos.

La tía Lola estaba empeñada en que el niño no pillara ni un constipado.

—Así sí. El gorrito bajadito hasta las cejas, que luego vienen los sustos —le decía mientras le recolocaba el pompón por cuarta vez.

Nico respondió con un «agu» que, según Lola, significaba «gracias tía, Lola, eres lo más».

El bebé extendió los brazos hacia su padre en cuanto lo escuchó y Diego lo alzó con una ternura que a Paula siempre le derretía por dentro.

—Aquí está mi niño. ¿Preparado para ver los Reyes? —canturreó Diego haciéndole cosquillas.

Nico soltó una carcajada que contagió a todos…

Incluido al señor que estaba al lado de la tía Lola: un húngaro que había ido a comer al restaurante que habían montado justo al lado de la casa rural y que se había quedado a pasar las fiestas con ella.

—Pero después de Reyes se va... ¿Qué hago yo con un húngaro que se dedica a exportar foie gras y vinos de Tokaj? —repetía Lola a todo el mundo.

Desde la inauguración del restaurante, Diego había encontrado por fin el proyecto con el que siempre había soñado: un lugar propio, pequeño, cuidado, lleno de sabor verdadero.

Un restaurante más, pero este era el más especial de todos, porque Paula lo había bautizado, diseñado, comunicado y puesto en el mapa.

Y funcionaba de maravilla. Tenía lista de espera incluso entre semana y las críticas de la prensa especializada y de los clientes no podían ser mejores.

Aunque lo mejor de todo era otra cosa: trabajaban juntos sin agobios y sin repetir errores del pasado. Cada uno tenía su espacio, su responsabilidad y su manera de sumar.

Era un equipo, de vida y de trabajo que había empezado a gestarse el día en que ella dejó el contrato en Madrid sin firmar.

Ahí había comenzado todo… y Paula no podía sentirse más orgullosa de lo que habían logrado:

—¿Qué miras? —preguntó Diego, acomodando a Nico en su hombro.

—Esto —respondió Paula—. Todo esto. Parece un milagro.

—Milagros es ella —bromeó Diego. Y la señaló en el momento en que ella intentaba arrebatarle un puñado de caramelos del suelo a Paco.

—¡Esos de ahí son míos, Milagros! ¡Que los he visto antes!

—¿Qué van a ser tuyos? —refunfuñó Milagros—. ¡Están en mi zona! ¡Y ojo con los meniscos, agáchate con cuidado que te los vas a terminar de cargar!

—Ay, por Dios —rio Paula—. A la próxima van a tener que venir con protectores como en el hockey.

La música de la batucada, la que siempre anunciaba a los Reyes, sonaba ya a lo lejos.

Los niños empezaron a saltar nerviosos.

—Ya se acercan —gritó Luna, tras ponerse de puntillas y ver las carrozas reales.

Paula giró la cabeza para ver las luces de la cabalgata y Diego le dijo en voz baja:

—Espera un segundo.

Ella lo miró sin entender qué iba a hacer.

Diego dejó a Nico en brazos de Lola, respiró hondo, y clavó la rodilla en el suelo frío y mojado en medio del gentío.

Paula se quedó helada; y no de frío, sino porque intuía que estaba a punto de suceder algo que le iba a cambiar la vida.

—Diego —susurró, llevándose la mano a la boca.

Él sacó una cajita pequeña roja del bolsillo del abrigo y habló con el corazón golpeándole contra las costillas:

—Hace tres años, en esta misma calle, decidiste volver a por mí. No lo sabías entonces, pero ese día me regalaste toda mi vida futura. Paula… ¿quieres casarte conmigo?

Diego abrió la cajita y, a su alrededor, el mundo se quedó callado de repente. Es que hasta los tambores parecieron alejarse.

Mila se llevó la mano al pecho de la emoción, Paquito los miraba con los ojos empañados y el gato Natillas, que apareció de pronto entre la gente, se sentó junto a Diego y maulló, como pidiéndole a Paula que dijera que sí.

Los demás también miraban expectantes sin atreverse a decir ni mu.

A Paula se le escaparon un par de lagrimitas, Milagros le pasó un clínex.

—Diego… ¿aquí? ¿Delante de todo el pueblo? —murmuró ella, limpiándose.

—Fue aquí donde me cambió la vida. Me parecía justo devolverle el gesto.

Ella le miró, luego bajó la vista hacia la cajita que guardaba un anillo precioso que brillaba bajo las luces navideñas.

Y sin dudar, sin miedo, sin pensarlo ni un instante, porque las cosas importantes no se piensan, se sienten…, respondió:

—Sí.

Diego se incorporó despacio, la rodeó con los brazos y la besó.

Fue un beso precioso, apasionado, romántico, dulce… y con sabor a turrón.

Paula rio tras el beso y le preguntó mientras el bebé los miraba desde los brazos de Lola:

—¿Has comido turrón?

—Los nervios, ya sabes, siempre me da por lo mismo.

Y no pudo decir nada más, porque en ese instante pasaron los Reyes Magos.

Melchor levantó la mano saludando justo cuando los vio abrazados. Gaspar lanzó caramelos que cayeron alrededor como una pequeña lluvia de azúcar. Baltasar les guiñó un ojo, como si supiera que acababa de ocurrir algo grande.

Toda la calle rompió a aplaudir.

Natillas se frotó contra las piernas de Diego. Milagros lloraba y Paco, al ver que Paquito se había emocionado tanto que había cogido a Mila de la mano, exclamó:

—¡Viva el amor y viva Albacete!

Luna y Claudia saltaban y no paraban de gritar:

—¡Boda, boda, bodaaaaaaaaaaaaa!

Daniela y María se miraron, recordando el día de su pedida de mano.

El señor húngaro se puso a jalear como el resto…

Diego abrazó fuerte a su prometida, casi levantándola del suelo, y dijo feliz:

—Pues ya está hecho. Los Reyes han cumplido otra vez.

Paula le miró con el corazón lleno y preguntó:

—¿Y qué te han traído este año?

Diego sonrió, la besó otra vez, y respondió en un susurro que solo ella escuchó… y a lo mejor Natillas también:

—Lo mismo que la otra vez, pero multiplicado por infinito.

Paula apoyó la cabeza en su pecho.

Y Natillas tuvo la certeza de que aquel amor iba a ser como el turrón duro, el de Alicante: ese que no se rompe ni a martillazos…

AGRADECIMIENTOS

Gracias por llegar hasta aquí. Gracias por regalarme tu tiempo, tu emoción y un huequito en tu corazón lector.

Con sabor a turrón nació como nacen las cosas importantes: con una chispa que se enciende cuando menos te lo esperas. Igual que le pasa a Paula y Diego, igual que nos pasa a todos cuando algo nos encuentra sin buscarlo.

A quienes habéis creído en mis historias desde el principio, gracias por seguir ahí.

A quienes llegáis por primera vez, gracias por abrir esta puerta y quedaros un rato conmigo.

Cada novela tiene un pedacito vuestro, aunque no lo sepáis.

Gracias a los lectores que reís, lloráis, subrayáis frases, recomendáis mis libros, los regaláis en Navidad y los colocáis en vuestras estanterías como si fueran un pequeño tesoro.

Esto existe porque vosotros existís.

Si te has sentido acompañada, si esta historia ha hecho que sonrieras, suspiraras o te escaparas un rato del mundo, por favor, déjame una reseña en Amazon.

Tu reseña no solo me ayuda a llegar a más lectores, sino que permite que mi sueño siga creciendo, que más historias como esta vean la luz y sigan tocando corazones.

Tu opinión es el motor que mantiene vivo este sueño. Con unas líneas sinceras me haces el regalo más bonito y me ayudas más de lo que imaginas.

Gracias, de corazón, por regalarme tus palabras y tu tiempo.

Y gracias miles, sobre todo, por leerme.

Nos vemos en la próxima historia…

Muy feliz Navidad.

Con cariño,

Gema Samaro

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/Gema-Samaro/e/B00DXFAW7K/ref=dp_byline_cont_pop_ebooks_1

Amor con vistas
Desayuno contigo
La estrella que lleva tu nombre
No estoy para flechas
Solo faltas tú
Aquí hay amor
El amor vive abajo
No estoy invitada
Me vienes fatal
Lo nuestro es imposible
Me enredas así
¿Tú qué crees?
Incluso el amor
No estoy para ti
Un desastre con patas
Por fin tú
Nada que ver contigo
Volver otra vez
Un momento perfecto
Mi mejor error
Tú y tus ideas
Ella dijo sí
No debería ser amor
Nuestro mágico destino
Eres lo mejor que tengo
Citronela
¡Ni se te ocurra!
Tenía que encontrarte
Lo hago por ti
Antes de que me eches de menos

Burbujas
Dale la vuelta
Magia inesperada
Mauks: Una bicicleta para dos
Beséame
Aunque no lo sepas
Cualquiera menos tú
Eres de otra galaxia
Mientras te esperaba
Como una luna en el agua
Vicky tiene un vestido
Sucederá lo que quieras que suceda
Entre las azucenas olvidado
La última línea del espejo
Navidad en Manhattan
Susana&Co
El hombre que encontró su casa
Brianda
El secreto de tu nombre

REDES SOCIALES

https://www.facebook.com/kaguface/

https://www.instagram.com/gemasamaro_autora/?hl=en

https://twitter.com/gemasamaro

https://www.tiktok.com/@gemasamaro
